

¿EL FIN DEL COSMOS?



FIN

ANTONIO RIBERA



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



Antonio Ribera

FIN

FIN

Existe en este universo una escala, una manifiesta escala de seres vivos que se remonta, no desordenadamente ni de una manera confusa, sino de acuerdo con un armonioso método y proporción.

Sir Thomas Browne

El nacimiento tanto de la especie como del individuo son partes de esa gran secuencia de acontecimientos que nuestro pensamiento se niega a aceptar como el resultado de un ciego azar.

Charles Darwin "The Descent of Man"

...Lo adecuado es tener en cuenta las mutaciones... Lo que cambia, son los propios caracteres a transmitir por los padres, de una manera súbita y permanente. Linneo afirmó: "Natura non fecit saltum"; pero hoy podemos afirmar que ocurre precisamente lo contrario: la Naturaleza da saltos.

H. E. L. Mellersh "The Story of Life"

Las modificaciones, en las especies vegetales o animales, no se producen por una evolución insensible, sino por una mutación brusca, cuando en una célula reproductora un accidente modifica el arreglo de los cromosomas.

José Ramón de Amézola

CAPITULO I

LA REUNION

Jorge Beltrán se volvió maquinalmente para ver si alguien le seguía y luego montó en la acera rodante. A las once de la noche, aquella callejuela de San Gervasio, barrio de la Gran Barcelona, estaba casi desierta. Las placas de neón ahuyentaban hasta la última sombra de los rincones y hacían brillar el acero inoxidable de las fachadas y el iridio de las puertas. Por la acera opuesta de la calle de casitas de un solo piso se acercaban dos figuras inmóviles, estrechamente abrazadas: dos enamorados, que habían preferido la acera rodante al helitaxi. Al pensar en el helitaxi, Jorge levantó la vista al cielo, pero lo vio desierto. "Es igual", pensó. "No tengo que ir lejos".

Su alta figura —pasaba de los dos metros— se cruzó con la pareja de novios, de estatura normal ambos. Estos ni siquiera le miraron, tan abstraídos se hallaban en su íntimo y silencioso coloquio. Por otra parte, pensó Jorge, tampoco le hubieran concedido demasiada atención, de haberlo visto. Los jóvenes y adolescentes de las características físicas de Jorge Beltrán no eran raros, en 2024. Todos ellos

poseían aquella figura alta y un poco desgarbada; los brazos largos y las manos muy finas; la frente enorme, abombada y marcada por dos protuberancias muy perceptibles; los ojos hundidos y ensimismados; el rostro alargado y como sombreado por la frente saliente; el cráneo voluminoso pero armónico, facciones bellas, pero finas y huidizas...

Todos ellos dejaban sorprendidos a sus padres y maestros por su extraordinaria memoria e inteligencia. A sus veintidós años —había nacido el 17 de marzo de 2.002— Jorge poseía ya tres carreras: la de Arquitectura, la de Arqueología marciana y la de Derecho, y a la sazón estaba cursando el cuarto año de Física cuántica. Los pedagogos hablaban del efecto de la supercivilización sobre la glándula pituitaria y los psicólogos atribuían el hecho a los nuevos métodos pedagógicos, como la hipnopedagogía o el estudio durante el sueño, mientras que algunos biólogos, entre los cuales destacaban Fritz von Uhde, habían lanzado la teoría sensacional de la aparición de una nueva especie humana. Von Uhde llegó incluso a darle nombre: "Homo technicus".

La verdad era que aquellos jóvenes superdotados asimilaban y absorbían en pocos meses, conocimientos que antes requerían años enteros de estudio asiduo. Y, lo que aún era más asombroso (pero que la mayoría ignoraba), poseían extraordinarias facultades parapsíquicas, más desarrolladas en los representantes del sexo femenino.

Precisamente Jorge acudía ahora a una cita telepática. Percibió la llamada —imperiosa, inexorable— cuando se disponía a acostarse. Vistiéndose de nuevo, bajó sin hacer ruido a la planta baja —vivía con sus padres y su hermana Ana —normal— en una casita de dos pisos de San Gervasio— y, sin activar las células fotoeléctricas del vestíbulo, salió a la calle abriendo la puerta con la mano. La llamada provenía de número 17 de la calle de Padua. Sólo el número y la calle se habían grabado en el cerebro de Jorge. Nada más. Esto le tenía muy intrigado. ¿Quién le llamaría a aquella hora intempestiva? ¿Y para qué? Indudablemente, era uno de sus semejantes. Jorge, como todos los que eran como él, había visto desarrollarse poco a poco, ya desde niño, un sentimiento de afinidad y solidaridad con los que compartían con él aquellas dotes extraordinarias. En la escuela de primeras letras, ellos ya volvían cuando los demás alumnos sólo empezaban a ir. Esto fue luego tan común, que la espera cortés para que los "normales" comprendiesen lo que ellos ya habían comprendido hacía rato, se convirtió para los "technicus" en una segunda naturaleza. A los diez años Jorge Beltrán leyó "El Patito Feo", de Andersen (junto con obras de Biología cuántica, Dostoyewski, todo Shakespeare y Eddington), y comprendió que él también era un cisne entre patos. Pero él lo sabía, en realidad, desde mucho antes. Este conocimiento no le producía ningún orgullo exagerado, ni le llevaba a despreciar a los "patos". Sólo un tranquilo convencimiento de su propio valor. Así "era". Los demás no tenían la culpa de no ser como él.

Se detuvo ante el número 17 de la calle de

Padua. Una casa de una sola planta, con aplicaciones de acero inoxidable en la fachada, como casi toda la arquitectura de la época. Al empujar la puerta con la mano —las llaves y cerraduras, en un mundo de riqueza y bienestar universal, donde prácticamente no existían ladrones, eran algo anacrónico— observó a la altura de su pecho una placa de latón con un nombre en elegante letra inglesa: "Dr. ANTONIO de P. GALI, biólogo". Se activó la célula fotoeléctrica, que iluminó un vestíbulo decorado por reproducciones de pintura clásica (dos Miró, un Tapies, un Tharrats), Jorge se preguntó por qué la llamada había surgido precisamente de casa del famoso biólogo, al que no conocía personalmente, pero cuya efigie había visto docenas de veces en revistas y tridinoticiarios. Miró a su alrededor. Se hallaba en una casa de lo más corriente. Una casa de la clase media de principios de siglo. Como la suya. Como la de todo el mundo, en una Tierra donde sólo existía una clase social, sin pobres ni millonarios; y donde todas las necesidades estaban resueltas de antemano.

El vestíbulo daba a un living, desde el cual le llegó un rumor de conversaciones. Avanzó hasta la puerta abierta, y en el umbral se detuvo. Seis personas volvieron simultáneamente la cabeza hacia él. Cuatro jóvenes y una muchacha. Todos ellos "technicus". Estaban allí Pedro Gómez Pons, Arturo Lloveras, dos chicos desconocidos y Marga Canals, la pintora neoexpresionista. Los dos primeros cursaban quinto de Medicina. Marga

Canals acababa de ganar la Medalla de Oro en la Bienal de aquel mismo año, como todo el mundo sabía. Estaban todos sentados en divanes, en semicírculo ante un sofá ocupado por la figura rechoncha, calva y sudorosa del eminente biólogo dueño de la casa, que parecía un nuevo Gulliver en el país de los gigantes, rodeado de sus jóvenes amigos. En realidad, el doctor Gali era más bien un hombre bajo, con su metro setenta escaso, y tenía que torcer la cabeza a un lado en gesto violento, en aquellos momentos, para contemplar la cara de Jorge.

—Buenas noches —dijo éste.

Todos contestaron a su saludo con una inclinación de cabeza.

—Pasa, Jorge —dijo Gómez Pons, con gesto invitador.

Jorge Beltrán entró, devolviendo la salutación a los reunidos con otro ademán.

El rechoncho doctor se levantó, y se adelantó a estrecharle la mano.

—¿Cómo estás, Jorge? —le dijo, tuteándole—. Te estábamos esperando. Sólo faltabas tú. Siéntate.

—Mira... —prosiguió Gómez Pons—. Estos son Felipe Hiniesta, que ahora estudia Derecho Interplanetario, y éste su amigo José Luis Domínguez, el único que no es estudiante de nosotros, pues dirige la fábrica de equipos electrónicos de su padre. Los dos acaban de llegar de Madrid, expresamente para asistir a esta reunión.

—Sí —intervino Hiniesta— salimos de Barajas hace diez minutos.

Y consultó furtivamente su cronógrafo.

—En cuanto a Marga Canals... —prosiguió Gómez Pons, que al parecer se sentía muy a sus anchas haciendo las presentaciones— supongo que ya la conocerás, si no personalmente, por referencias. Marga... te presento a Jorge Beltrán.

—Hola —repuso sonriendo Jorge, mientras estrechaba las manos de los reunidos—. Por referencias... y muy buenas por cierto. Pero... —dijo mientras se sentaba entre Gómez Pons y Marga Canals—, ¿a qué se debe el honor de haber sido convocados en casa del Dr. Gali?

—Esperaba que llegases para abordar la cuestión —dijo el menudo biólogo —. Había empezado a decir algo a éstos, pero voy a empezar otra vez desde el principio. —Arrellanándose en su sofá, extrajo una pitillera de oro del bolsillo interior de su túnica, y encendió un largo cigarrillo ruso emboquillado—. ¡Vete, tú! —exclamó, volviéndose a medias.

Un animalillo de seis patas, que acababa de asomar su morro por la puerta del living, dio media vuelta y se alejó moviendo cómicamente sus extremidades.

—¿Por qué no le deja entrar? —preguntó Marga con voz suave y musical —. Los “tarpoils” me encantan.

—Desde que se han puesto de moda esos ridículos bichos marcianos, mi mujer me llena la casa de ellos. Tenemos siete. ¡Ah! Os pido que disculpéis a mi mujer, siempre se acuesta a las diez, y no comprendo cómo éste se ha

escapado del sótano. Bien, dejemos a los “tarpoils”. Os he llamado, amigos, porque necesito a cinco “technicus” para un experimento. —Al ver la expresión interrogadora que se pintaba en el rostro de sus oyentes, levantó una mano—. No temáis. No pienso hacer vivisección con vosotros. Se trata de un experimento a largo plazo, completamente inofensivo... pero que puede ser extraordinariamente útil, beneficioso e interesante. Expuse hace unos días la idea a nuestro amigo Gómez Pons —éste hizo un gesto de asentimiento— y él me propuso los nombres de todos vosotros. Sí, Jorge: ha sido él quien te ha llamado.

—¿De qué se trata? —preguntó Jorge, interesado.

—Verás. —Sin responder de momento, el biólogo paseó la mirada por los semblantes de los reunidos, con expresión grave—. Supongo que todos vosotros habéis visto el tridi de hoy al mediodía.

Todos hicieron un gesto de asentimiento, excepto Marga, la cual dijo simplemente:

—Yo, no. En el estudio no tengo fonotelevisor. Me molesta para trabajar.

—Se refiere usted a lo de Pretoria, ¿verdad, doctor? —preguntó José Luis Domínguez.

El biólogo asintió.

—Exactamente. A lo de Pretoria. —Volviéndose hacia Marga, explicó—: Esta mañana, Marga, en Pretoria ha sido linchado un joven “technicus” negro por una multitud enfurecida de normales blancos y negros.

—¿Por qué? —preguntó suavemente la pintora, mirando fijamente al biólogo con sus ojazos verdes, muy abiertos e imperturbables.

—El motivo no ha sido más que un pretexto... a decir verdad ni siquiera lo recuerdo —dijo el doctor Gali—. En realidad, ha sido un estallido de un complejo de inferioridad que de un tiempo a esta parte se hace cada vez más patente entre los “normales”.

—Por desgracia, así es —murmuró Hiniesta, pensativo.

—Os envidian, amigos —prosiguió el doctor—Os envidian... y os temen. Cualquier pretexto les parece bueno para atacaros. Y lo de Pretoria no será más que el primer chispazo de un incendio que pronto prenderá en todo el mundo.

—¿Usted cree, doctor? —preguntó Jorge, dubitativo.

—Llevamos ochenta años de paz —prosiguió el biólogo, sin responder directamente—. Tras largas luchas, conseguimos por fin dar a todo el planeta un Gobierno Mundial. Parecían terminadas las luchas por la supremacía política. Con el hundimiento del poderío comunista en 1973, a causa de una revolución interna, desapareció el principal obstáculo que, al parecer se oponía a la creación de un solo mundo. Las guerras de religión, de razas y la discriminación por el color de la piel son cosas del pasado. Sin embargo...

—Sin embargo, ahí está lo de Pretoria —completó Marga.

—Y no ha sido el primer brote de hostilidad, podéis estar seguros —siguió el biólogo—. ¿Sabéis que en las colonias de Marte y Venus se ponen grandes

obstáculos a los "technicus", y no se les permite ocupar cargos de responsabilidad, a pesar de que están mucho mejor preparados que los normales?

—Sí, algo sabíamos —repuso Hiniesta—. Les molesta que seamos tan jóvenes y que sepamos mucho más que ellos.

—Exactamente —prosiguió el doctor—. Es un verdadero odio de razas, amigos míos.

—¿Usted cree de veras que somos una raza diferente?—preguntó Domínguez.

—¡Qué duda cabe! —repuso con vehemencia el Dr. Gali.

—¿Habrá que creer pues a von Uhde? —preguntó Marga.

—Marga, yo soy el primer discípulo de von Uhde, como tú sabes. (Perdona mi falta de modestia, pero es la verdad). Estoy "absolutamente convencido" de que asistimos a una mutación genética de la Humanidad, iniciada aproximadamente a principios de siglo. El "Homo sapiens" está engendrando una nueva especie, que será tan distinta del "sapiens" como éste lo fue del "neanderthalensis".

—Pero ambos coexistieron... —observó Domínguez.

—¡Precisamente! Como coexistís vosotros con los "sapiens". Sólo que, con el tiempo, el "neanderthalensis" fue desapareciendo y cediendo su lugar al más apto, al más inteligente, como ahora sucederá. Llegará un día que los "normales" seréis vosotros, no ellos.

Los jóvenes se miraron, pensativos. Los dos estudiantes de Medicina asintieron.

—Sí, Jorge —dijo Gómez Pons—, El doctor Gali está en lo cierto.

—Habéis de saber, amigos —prosiguió el menudo y sudoroso biólogo, cuya calva brillaba bajo los reflejos del neón—. Habéis de saber que llevo estudiando el asunto hace mucho tiempo. El que fue uno de mis maestros, el Dr. Humbert, ginecólogo de la Casa de Maternidad de Barcelona, me facilitó las fichas de muchos "technicus" que nacieron allí a principios de siglo. En las fichas se había registrado todo el proceso de gestación de la madre, e iban acompañadas de radiografías. Siempre lo mismo: embarazos de doce meses, por término medio. A partir del noveno mes, el feto "sobrepasaba" las características humanas —éstas se convertían en una etapa de desarrollo, como antes habían aparecido las características simiescas— y proseguía su desarrollo por cauces insospechados, con un magnífico aumento de la capacidad cerebral y del número de circunvoluciones, entre otros detalles demasiado técnicos para citarlos ahora. El resultado... vosotros, hijos míos. Una nueva especie. "El Homo technicus" de von Uhde, el cual fue el primero en señalar su existencia en 2007, unos seis o siete años después de producirse los primeros nacimientos de nuevos seres humanos en todo el mundo. Porque el fenómeno es mundial, como sabéis, y se produce sin tener en cuenta lo que nosotros llamamos "razas" o subgrupos humanos, porque afecta a algo mucho más profundo: los genes de la propia especie, tomada en su conjunto.

—El biólogo hizo una pausa y se pasó un pañuelo por su sudorosa frente —. ¿No creéis que hace mucho calor? Vamos a beber algo.

Levantándose, se dirigió hacia un mueblecito-bar situado en un ángulo de la pieza. Mientras sacaba copas y vasos, preguntó:

—¿Martini? ¿Limonada? ¿Cerveza? ¿Shanti?

Los jóvenes le pidieron de acuerdo con sus preferencias. El doctor regresó junto al grupo llevando las bebidas en una bandeja de plata, que depositó sobre una mesilla baja, al alcance de todos.

—Vamos a ver, doctor —dijo Jorge, con una copa de ambarino y traslúcido "shanti" en la mano—. En vista de todo lo que nos ha expuesto, ¿cuál es su proposición?

De acuerdo con su costumbre de no contestar directamente, el doctor repuso:

—En los tiempos anteriores al hundimiento del poder comunista, estaba muy de moda este slogan político: "Proletarios de todos los países, unios". Yo ahora os digo: "¡Technicus de todos los países, unios!" Aunque tal unión, desde luego, ya se realizaría por sí sola. La sangre pesa más que el agua, y la Naturaleza es fiel a sus designios y avanza por caminos misteriosamente suyos. Cuando el hombre creíase llegado a la cúspide, y veía al mundo y a la Naturaleza como algo estático, he aquí que surgís vosotros, en un soberano mentís a tal inmovilidad de las cosas. Desde luego, no había ninguna razón para que la evolución de la Vida, iniciada sobre este planeta hace doscientos millones de años, culminara en el orgulloso, necio y por tantos motivos imperfecto, "Homo sapiens", que en el curso de su brevísima historia ha dado tantas muestras de locura y tan pocas de cordura y moderación. Pero por desgracia los "normales" poseen recursos que no tenía el tosco e imperfecto "Homo neanderthalensis" hace sesenta mil años. Los "technicus" aún sois una pequeña minoría, y todos muy jóvenes. Ninguno de vosotros tiene más de veinticinco años.

Os propongo lo siguiente: que os unáis, que hagáis labor de proselitismo entre vosotros, que os preparéis a ser los futuros dirigentes del mundo, que laboréis en silencio para prepararos, para ocupar cuando llegue el momento el lugar que dejará vacante el "Homo sapiens"... nosotros —y al decir esto, por su rostro cruzó una momentánea nube de tristeza— que creéis en vosotros una conciencia de raza y de destino, un espíritu de equipo para dar cima a la elevada misión para la que Dios os ha escogido... Pero también que, como dice el Evangelio, "seáis cándidos como las palomas y prudentes como las serpientes". Eso es todo.

—Gracias, doctor —dijo Jorge, tendiéndole la mano—. No olvidaremos sus palabras. ¿Verdad, amigos? —dijo, volviéndose hacia sus compañeros.

Estos asintieron. Los límpidos ojos verdes de Marga estaban ligeramente empañados por la emoción. Su cabellera rubia brillaba como el oro fundido bajo la luz de neón. Jorge, al contemplarla, sintió algo que jamás había experimentado. La joven notándose observada, le devolvió la mirada. En un

instante brevísimo, las vidas de aquellos dos seres habían quedado unidas para siempre.

—Y esto es todo, amigos —dijo el doctor Gali—. La tarea que os espera es ardua, pero os creo más que capacitados para llevarla a buen fin. De momento regresaréis a vuestras casas y haréis vuestra vida normal. Cuando tenga que comunicaros algo, lo haré por medio de Marga. Ella será mi enlace con vosotros—. Y amagando un bostezo, prosiguió—:

Y ahora, vámonos a dormir, que ya es tarde.

—Un momento, doctor —dijo Marga, cuando ya todos se habían levantado —. Dice usted que nosotros somos el resultado de una mutación. Pero, ¿cuál es la causa de esas mutaciones bruscas?

—El azar —repuso el biólogo. Tomando un libro que estaba sobre la mesita contigua, lo hojeó en silencio unos momentos. Luego dijo—: En 1963 ya lo afirmó así el gran filósofo vasco José Ramón de Amezola, profesor que fue del Eastern Kentucky State College. En esta obra suya, titulada "El Secreto del Cosmos", se esfuerza por hallar la fórmula-resumen del Universo, yendo más allá de Einstein con su "llaves del Cosmos" o Teoría del Campo Unificado. Pero esto ahora no viene a cuento. Lo interesante es lo que escribe en la página 47 de esta obra, en el capítulo consagrado a la Evolución. —Calándose unas gafas, leyó—: "El accidente, la mutación, el cambio brusco, la sorpresa, el salto, el "porque sí", nada tienen que ver con una continuidad evolutiva. El azar es la sola causa de la introducción de un elemento nuevo en la generación. Es por azar —un rayo cósmico por ejemplo— por lo que una célula reproductora es accidentada. La modificación que resulta en el recién nacido, es presentada a la naturaleza. Casi siempre la naturaleza la repele. Algunas veces, la acepta. Puede resultar un trazo superfino, inexplicable para la utilidad. Puede resultar también, un perfeccionamiento, dando entrada a una mejor adaptación a la lucha por la vida. En otros términos: el azar es la sola causa.

"Pero, ¿cómo y quién hace la selección, puesto que de esta selección depende que la mutación accidental, sea o no transmitida a la herencia? ¡Es un misterio! Mas, lo que sí sabemos, es que este misterio preside todas las leyes de la genética, aunque Mendel haya obtenido sus ecuaciones de la realidad observada en las generaciones. Y en todo caso, lo que Mendel ha demostrado es que la vida, en su origen, es un misterio y que este misterio está en Dios, Autor de la Naturaleza, del Cosmos, del Azar, de los genes, de los cromosomas, del virus, de Todo."

Todos guardaron silencio, pensativos. A la puerta del living gemía plañideramene un pequeño "tarpoil", que quería reunirse con los seres humanos, grandes y perfectos... pero el Dr. Gali había cerrado la puerta.

CAPITULO II

LA ESPERA

Terminada la reunión, los seis jóvenes se despidieron a la puerta de la casa del doctor Gali.

Adiós, Jorge —dijo Gómez Pons—. Adiós, Marga. Arturo y yo acompañamos a estos dos —e indicó a los dos madrileños— que se alojan en mi casa.

Tras estrecharse todos la mano, los cuatro jóvenes se alejaron por una cinta móvil. Marga y Jorge quedaron solos.

—¿Me acompañas, Jorge? —le preguntó Marga.

—¿Dónde vives?

— ...En Esplugas.

—Un poco lejos es para ir a pie —observó Jorge—. Vamos a Lesseps a tomar un helitaxi.

A los pocos minutos, Jorge hacía señas a un helitaxi en la parada de la plaza de Lesseps. Cómodamente arrellenados en las butacas traseras, vieron cómo las brillantes luces de neón de la plaza se hundían bajo ellos “El helitaxi casi rozó el campanario de la iglesia, y luego puso rumbo al Oeste, obedeciendo las indicaciones que le había dado Jorge.

Jorge miró distraídamente por la ventanilla. El espectáculo nocturno de la Gran Barcelona, no por visto dejaba siempre de fascinarle. Como un colosal tapiz incrustado de pedrería, la enorme ciudad de ocho millones de habitantes se extendía de rio a río y más allá aún, pues en su crecimiento había devorado en poco más de medio siglo los pueblos y caseríos vecinos, saltando incluso sobre su última muralla, la natural, representada por la cordillera de la costa y el monte Tibidabo que, perforado por dos túneles por los que circulaba un tráfico intensísimo, unían a los nuevos barrios urbanos de San Cugat, Sabadell y Tarrasa con el centro de la colosal metrópolis mediterránea,

—¿Qué opinas de lo que nos ha dicho el Dr. Gali, Jorge? —preguntó Marga, volviendo hacia él su mirada escrutadora.

—Estoy totalmente de acuerdo con sus puntos de vista —repuso el joven —. Es más: creo que no hay otra alternativa.

—¿Crees de verdad que somos “otra” especie?

—¡Qué duda cabe! Verás: yo no había estudiado Biología sino de forma elemental, pero siempre me ha parecido que es absurdo suponer que la evolución humana se detiene en el “sapiens”. Con el advenimiento de la Era Tecnológica, pareció como si el hombre se desligase de la Naturaleza y sus leyes inmutables, pero éstas seguían obrando en secreto... El resultado somos nosotros; tú y yo, Marga, y todos los que son como nosotros. Esta idea de haber alcanzado un “fin”, una cima, es antropocéntrica e idiota. Existirá un

fin, desde luego, pero será el de una especie... el fin del "Homo sapiens", constructor de ciudades, de imperios y de máquinas, belicoso y comido por la soberbia y la presunción. ¡Esto, por ejemplo! —Y Jorge señaló hacia abajo, donde un inmenso óvalo luminoso centelleaba con millones de luces—. Ahí lo tienes... El Camp Nou... el templo a la estulticia y la ignorancia humanas. ¿Qué se puede esperar de una civilización que invirtió millones en la construcción del coliseo romano, de las pirámides de Egipto y de este colosal campo de fútbol? ¿Cómo ha de terminar una cultura —llamémosla así— que sólo idolatra la fuerza bruta, los gladiadores y los futbolistas? Es curioso y significativo como nosotros vivimos al margen de ella. Los gustos de la masa no son los nuestros. Pero no se trata de una actitud desdeñoso de refinamiento aristocrático, sino de que "somos distintos". No se puede pedir a un pitecántropo que le guste la Novena Sinfonía de Beethoven y, viceversa, no se puede pedir a un "sapiens" que se aficione a roer los huesos de las carroñas. Todo es cuestión de gustos, y cada especie tiene los suyos. Y nosotras, Marga, somos más que una raza distinta: somos otra especie.

Ambos jóvenes callaron, pensativos. El helitaxi, entretanto, devoraba los kilómetros. A los pocos segundos se cernía sobre la azotea de la casa-estudio de Marga. El vehículo aéreo se posó suavemente en el rectángulo de caucho endurecido que formaba la pequeña pista de aterrizaje y ambos jóvenes se apearon después de que Marga hubo pagado el vuelo. (La igualdad que existía entre los "technicus" de ambos sexos era absoluta y ninguna muchacha hubiera aceptado que su acompañante, con una galantería trasnochada, intentase pagar el viaje hasta su propia casa).

La entrada de la azotea daba paso a un pequeño vestíbulo tenuemente iluminado. Indicándole la pared del fondo, Marga dijo a Jorge:

—Ahí está mi estudio. Entremos.

Precediéndole, se acercó a lo que aparentemente era una pared pero que, cuando su cuerpo activó la célula fotoeléctrica que interrumpía el funcionamiento del campo de fuerza, se convirtió en una puerta claramente delimitada.

El estudio de Marga era una pieza muy espaciosa, que por su disposición y mobiliario hubiera sorprendido a un hombre del siglo XX, pues más recordaba un taller de electrónica que el estudio de un artista. Marga trabajaba frente a una gran pantalla que hacía las veces del antiguo caballete. Ante la pantalla, una serie de botones y teclas reemplazaban a los pinceles. En realidad, el arte llamado neoexpresionista del siglo XXI era más bien una fusión de la música y la pintura. Era un arte que respondía perfectamente a la concepción einsteniana del universo, pues se desarrollaba en cuatro dimensiones y no en dos, como la antigua pintura, ni mediante una sucesión temporal únicamente, como la música clásica. Al pulsar los botones y teclas del aparato —cada uno de los cuales correspondía a una longitud de onda determinada del espectro solar— se producían las más fantásticas combinaciones de colores en la pantalla, que era tridimensional, al mismo tiempo que dichas combinaciones

se sucedían ininterrumpidamente. El resultado, cuando quien pulsaba las teclas era una persona de fina sensibilidad artística como Marga, era algo que sobrepasaba a todo lo imaginable. Aquel arte poseía la fugacidad de la música y la perennidad de la pintura y la escultura, pues las interpretaciones del artista podían conservarse para proyectarse después indefinidamente. En el curso de la ejecución, empero, el artista pintor-compositor podía borrar y alterar a su antojo, hasta que la obra quedaba perfecta.

El neoexpresionismo era el arte por excelencia del siglo XXI y sus principales adeptos se reclutaban precisamente entre los “technicus”. Alguien lo comparó con el intento miguelangelesco de dar a la escultura la gracia efímera de la música, modelando estatuas de nieve en el jardín de los Médicis, cuando sobre Florencia se abatió una nevada inusitada. Pero las obras de arle de Miguel Angel se perdieron para siempre. En cambio, el arte incomparable de Spiridakis, Negulesco, Kumenius y, recientemente, Marga Canals, no desaparecería como las estatuas del genio florentino, al fundirse la nieve. Aquellos eran los grandes representantes del neoexpresionismo: todos ellos jóvenes y todos ellos “technicus”. Los hombres corrientes, por lo general, no comprendían aquel arte y sentían indiferencia por él. Era el arte de la nueva generación; tan avanzado respecto a la música, la pintura y la escultura como lo eran los “technicus” respecto a los hombres normales.

—Quiero pedirte una cosa, Marga —dijo Jorge cuando ambos se encontraron delante de la pantalla.

—¿Qué es?

—Crea algo para mí... ahora, aquí mismo.

Marga sonrió y lo miró fijamente, pensativa.

—Sí —musitó—. Ahora mismo... Es el mejor momento.

Y, sentándose ante el teclado, oprimió un botón. Inmediatamente el estudio se oscureció, quedando tenuemente iluminado tan sólo por la lechosa claridad blanquecina que se irradiaba de la pantalla.

Marga pareció concentrarse unos instantes y luego, como temerosa, pulsó una tecla con suavidad.

Una larga línea anaranjada hendió la pantalla de arriba abajo, dividiéndola en dos partes asimétricas. Marga levantó la otra mano —había pulsado la tecla con la diestra— y la posó con timidez, casi con vacilación, sobre el teclado, como si buscara un color. Junto a la línea anaranjada surgió una pálida franja verde que, al aumentar Marga la presión de su índice izquierdo, se fue ensanchando hasta extenderse por toda la pantalla, mientras la línea anaranjada permanecía inalterable. Más segura ya, Marga empezó a mover los dedos sobre el teclado. Del fondo de la pantalla parecieron brotar lanzas turquesas que se precipitaron vertiginosamente hacia adelante, deshaciéndose en una cascada de chispas. Trémulas lenguas de fuego parecieron alzarse entonces, en un incendio devastador, sustituido de pronto por una calma azul. Entonces Marga suscitó unas lejanías de oro y púrpura que tenían la grandiosidad de una puesta de sol en medio de nubes barridas por el viento.

Jorge contemplaba en silencio el espectáculo. Sabía que Marga componía para él, pero no porque él se lo hubiese pedido, sino porque era la manera de decirle, por medio de su arte incomparable, lo que no se podía expresar con palabras, de tan puro y secreto. Aquello era más que una sinfonía de colores; más que un simple caleidoscopio; cada color poseía su significado y cada longitud de onda hacía vibrar una sutilísima cuerda en el alma del joven. Sólo un "technicus" podía entender aquel arte, aparentemente ininteligible para el hombre normal. Era un arte que se dirigía a los sentidos, al alma y a la inteligencia; un nuevo lenguaje sin palabras, inventado por unos seres que habían superado la comunicación oral. Más allá de la música, más allá de la poesía, en una nueva e ignota región de fuerzas puras y misteriosas, de energía cósmica y de radiaciones que reinaban libres y soberanas... Alguien propuso bautizar al neo- expresionismo con el nombre de "heliomúsica", música solar, pues su base era el espectro del sol...

La interpretación de Marga duró diez minutos, que para Jorge fueron una eternidad, pues durante ellos vivió fuera del tiempo. Por último Marga separó ambas manos del teclado y las posó sobre su regazo, para quedarse contemplando ensimismada la pantalla vacía. Jorge se le acercó silenciosamente y le puso ambas manos sobre los hombros. —Gracias, Marga —susurró.

Marga levantó la cara hacia él, volviéndose a medias, le miró con sus grandes ojos verdes y le sonrió.

—Gracias a ti, Jorge —repuso—. Sí, porque gracias a ti he creado esto... Se llamará "El Encuentro".

Y entonces Jorge dejó de oír su voz para percibir su llamada telepática:

"Tengo que decírtelo así, Jorge. La voz es demasiado grosera para expresarlo. Supe que éramos el uno para el otro desde que penetré en tu mente para convocarte a la reunión. Tú no lo sabías entonces pero luego, cuando me viste, lo supiste también, ¿no es cierto?"

—Sí —susurró Jorge—. Yo tengo que decírtelo con palabras, pero no por ello es menos cierto y auténtico, Marga. Pero con mi voz humana voy a decírtelo: te quiero.

"Te quiero, Jorge", resonó la voz mental de Marga en su cerebro.

Levantándose, la joven se volvió hacia él y, tomándole la cara entre ambas manos, lo miró a los ojos. Así permanecieron largo rato, sin hablar, hasta que por último se fundieron en un beso.

Aquella noche memorable pasada en el estudio de Marga Canals dio un sentido a la vida de Jorge Beltrán. A partir de entonces tuvo un objetivo concreto: casarse con Marga, fundar una familia y alcanzar la independencia económica que le permitiese realizar estos planes. A la mañana siguiente ya empezó a realizar gestiones encaminadas a este fin. De las tres carreras que poseía, sólo una, la de Arqueología marciana, tenía posibilidades inmediatas, pues en cuanto a las otras dos, Arquitectura y Derecho, no ofrecían de momento grandes posibilidades en un mundo superedificado y en regresión

más bien, por lo que se refería a los índices de población y, en cuanto a la de Derecho, la perfecta regulación de las relaciones humanas, en una sociedad cuyos engranajes funcionaban perfectamente, la hacía poco menos que innecesaria. Jorge las estudió no para ejercerlas, en realidad, sino para dar algo en que ocuparse a su privilegiada mente, siempre ávida de conocimientos. Pero entonces recordó que un compañero de universidad le había hablado de una plaza vacante de arqueólogo en Marte. Por ello aquella mañana subió al primer piso de la Universidad para dirigirse al Seminario de Arqueología marciana, donde sabía que a aquella hora —las once y media debía de encontrarse el profesor Demetrio Santamaría, el gran especialista en Arqueología de Marte, cuyas obras sobre las culturas de la Gran Sirte y los constructores de Fobos y Deimos, los dos antiquísimos satélites artificiales de Marte, se habían convertido en obras clásicas y en libros de texto obligatorios para aquella disciplina en todas las Universidades del mundo.

El ilustre arqueólogo, hombre bajito, enteco, de enmarañada cabellera grisácea y antiparras de gruesos cristales que cabalgaban sobre una nariz descomunal curvada como el pico de un buitre, se hallaba en aquellos momentos atrincherado tras una hilera de viejos volúmenes infolio, que había colocado o hecho colocar sobre la larga mesa del Seminario, en medio de otros libros esparcidos, montones de apuntes, piezas de cerámica sirtiana y algunos de los extrañísimos artefactos helicoidales, construidos en una materia durísima parecida a la ebonita, hallados en dos ciudades marcianas y cuyo uso ni siquiera el profesor Santamaría había conseguido adivinar.

El sabio levantó la cabeza, al oír abrirse la puerta de la sala, y atisbo al recién llegado por encima de la hilera de infolios.

—¿Quién es? —preguntó con voz que parecía el chirrido de una sierra circular.

—Soy yo, profesor... Jorge Beltrán.

—¡Ah, mi número uno de estratigrafía sirtiana! —exclamó el profesor, levantándose.

Jorge observó entonces que el profesor había puesto otro de los infolios sobre la silla, para sentarse sobre él y colocar su desmedrada figura a una altura prudente con relación a la mesa.

—¿Qué le trae aquí, muchacho? —prosiguió el profesor—. Vienes en un mal momento. Estoy preparando una comunicación para el congreso de Milán, que caerá como una bomba entre esos grupos de retrógrados que aún se niegan a ver en la antigua cultura marciana la obra de unos seres en todo iguales a nosotros. Y estoy atareadísimo, como puedes ver, dándole los últimos toques. —E indicando la hilera de infolios, prosiguió—: Pero la comunicación irá muy bien respaldada por toda clase de citas, y todas de una autoridad indiscutible. Lástima que sea la única que existe sobre la materia.

Jorge no necesitaba mirar a los libros para saber cuáles eran: se trataba de una colección completa de las obras del profesor Demetrio Santamaría, encuadernadas en pergamino, a la antigua usanza.

El profesor agregó:

—Necesitamos nuevas autoridades en la arqueología marciana. No puede ser que todo lo diga ese viejo chiflado de Santamaría.

—¡Profesor! —exclamó Jorge—. Su autoridad es indiscutida y por todos respetada... Además, es usted el único arqueólogo que ha obtenido tres veces el Premio Nobel... ¡Qué digo, el único arqueólogo! El único hombre, que yo sepa.

—De todos modos, lo que digo es verdad.

Y a vosotros, los jóvenes, corresponde continuar mi tarea. Y de los seis que terminaron la carrera contigo, es en ti en quien más confío, Beltrán.

—¿Qué hay de esa vacante en Marte, profesor? —preguntó Jorge.

—¿La vacante de la Misión Rockefeller? Creo que aún sigue por cubrir. ¿Te interesa acaso?

—Es que... verá usted, Dr. Santamaría... quiero casarme y necesito contar con algo seguro.

El profesor Santamaría lanzó un bufido y replicó con su voz chillona:

—¿Y querrá ir a Marte tu mujer? Allí no se vive precisamente como en Barcelona, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé, pero anoche hablamos de ello y le pareció bien.

—¿Con quién hablaste, con tu mujer?

—No —repuso Jorge, ruborizándose ligeramente— no es aún mi mujer, pero lo será pronto... es Marga Canals, la pintora neoexpresionista.

El profesor lo miró por encima de las antiparras, rascándose pensativo la mejilla.

—Debe de quererte mucho... si está dispuesta a renunciar a todo por ti e irse a Marte.

—Oh, allí seguirá pintando y componiendo. Ya hemos pensado en ello.

—¿Y tú qué quieres, pues? ¿Qué te recomiende esa plaza?

Jorge asintió.

—Eso mismo, profesor. El título ya lo poseo y, creo que con su aval, se me abrirán todas las puertas.

El profesor Santamaría guardó silencio un momento. Luego dijo:

—Bien, lo haré. Pero únicamente te pido una cosa a cambio.

—¿Qué es, profesor?

—Que continúes mi obra sobre la cultura de la Gran Sirte. Mi edad y mi estado de salud ya no me permiten ir a Marte, pero sé que si vas tú en mi lugar, existirá cierta garantía de que mi labor no se interrumpirá.

—Puede confiar en ello, profesor —afirmó Jorge con seriedad—. No faltaré a su confianza.

—No esperaba menos de ti, Beltrán. Y ahora vete, que tengo que terminar la comunicación para hoy.

El linchamiento de Pretoria señaló el comienzo de una racha de acciones de violencia contra los jóvenes "technicus" en todo el mundo. Los salvajes instintos de la Humanidad, que décadas de progreso y civilización parecían

haber arrinconado a lo más hondo del subconsciente colectivo, si no extirpado definitivamente, volvían por sus fueros. Las multitudes poseían también, a semejanza de los "technicus", su lenguaje informulado y sus sistemas de comunicación misterioso, casi telepático. Los estados de ánimo colectivos se propagaban con la rapidez del pensamiento. El incidente de Pretoria fue la chispa que desencadenó el incendio, el agente catalizador que precipitó la reacción, que sólo esperaba aquello para producirse, pues todos sus elementos componentes existían ya, prefigurados: el odio latente hacía la superioridad de los "technicus", la envidia por sus múltiples talentos y su facilidad de asimilación, el rencor que alimentaban hacia ellos los vulgares y los inferiores, y la incomprensión con que los consideraban los que se creían superiores. La vieja estirpe del hombre reaccionaba violentamente ante los intrusos, y pretendía arrojarlos de su seno.

Los actos de violencia siguieron a los actos de violencia. Algo que se creía ya muerto: el odio de razas, se implantó de nuevo entre los hombres y amenazó con suscitar persecuciones tan enconadas contra los "technicus" como las que sufrieron los cristianos bajo los reinados de Nerón y Diocleciano.

En muchas ciudades del mundo se reunieron las multitudes enfurecidas para perseguir y maltratar a los "technicus". De golpe quedaban borrados veintiún siglos de progreso y la superstición popular se enseñoreaba de nuevo de los espíritus, achacando a los "technicus" toda clase de poderes malignos y propósitos arteros. Muchos perecieron lapidados, ahorcados o torturados. Llegó un tiempo en que pertenecer a la raza maldita era un estigma que, muchas veces, se pagaba con la vida.

En España, como en el resto del mundo, la situación se hizo muy grave para los "technicus". Sin embargo, el atávico espíritu de tolerancia y respeto hacia otras razas que imperaban en la península ibérica desde los tiempos en que en ella convivieron íberos, fenicios, romanos, sarracenos y cristianos, hizo que el mal se manifestara quizás con menos virulencia que en otras partes. Sin embargo, la situación era tensa y grupos de exaltados habían agredido a los "technicus" en algunas ciudades importantes como Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia, Santander, y, en Portugal, Lisboa, Coímbra y Entroncamento. En esta última población, tres "technicus" —dos muchachos y una joven—, perecieron a manos de una airada muchedumbre de campesinos.

Jorge Beltrán salía de la Jefatura Superior de Policía, a donde había ido a retirar su pasaporte, cuando recibió la apremiante llamada telepática de Marga:

"Ven en seguida. Estamos lodos reunidos en casa del Dr. Gali."

Jorge consultó su reloj. Eran las diez de la mañana, una hora muy insólita para celebrar una reunión. Algo grave debía de ocurrir. Con el ajetreo de los últimos días —obtención de visado, preparativos para su boda próxima con Marga y el viaje subsiguiente a Marte, etcétera— casi se le había olvidado el

plan del Dr. Gali. Pero, naturalmente, los graves acontecimientos presentes debían de haber hecho más apremiante su ejecución inmediata, pensó. Era natural.

Se encontraba entonces en la plaza de España, donde desde hacía más de medio siglo se hallaba situada la Sección de Pasaportes de la Jefatura de Policía. Jorge se dirigió dando largas zancadas a la parada de helitaxis más próxima y, subiendo al vehículo, ordenó al conductor:

—A la calle Padua, diecisiete.

Con un leve zumbido de sus turborreactores y sus rotores de estabilidad, el helitaxi se elevó verticalmente, situándose a la altura prescrita por las ordenanzas municipales para la circulación de vehículos públicos: doscientos metros. A cincuenta metros sobre su cabeza. Jorge observaba el intenso tránsito aéreo de vehículos particulares, que circulaban por su zona prescrita mientras, más arriba aún, pasaban los grandes bultos de los vehículos de transporte de mercancías: Así, distribuida en tres niveles, la circulación aérea ofrecía las máximas garantías de seguridad. Los aparatos, además, estaban provistos de radares conectados con un mecanismo que desviaba automáticamente el rumbo del vehículo cuando había peligro de colisión, con el resultado de que los choques aéreos eran prácticamente nulos.

El helitaxi se posó suavemente sobre la azotea del número 17 de la calle de Padua. El conductor, un "sapiens" con facciones simiescas, miró torvamente a Jorge Beltrán por encima del hombro y le dijo:

—Son dos cincuenta... señor.

Jorge le entregó tres créditos, diciéndole:

—Tome. Quédese con la vuelta.

El conductor pareció no haberle oído, porque le devolvió cincuenta céntimos.

—Quédese con la vuelta, le digo —repitió Jorge.

—No —repuso el hombre—. No la quiero. Yo no acepto propina de los de su ralea. Aún puede agradecerme que le haya llevado.

Jorge contempló las brutales facciones del conductor, contraídas por su odio irracional, y no replicó.

Muy despacio, se guardó los cincuenta céntimos, abrió la portezuela y se apeó. Sin darle apenas tiempo a poner los pies en el suelo, el helitaxi saltó hacia arriba, para salir disparado como una flecha. Jorge trastabilló al apartarse con rapidez para evitar que uno de los rotores traseros lo alcanzase.

—¡Qué bruto! —murmuró, contemplando al helitaxi, que ascendía vertiginosamente para reintegrarse a su nivel.

Luego dio media vuelta y penetró por la puerta de la azotea, siempre abierta, como era costumbre en todas las casas.

Al descender por la escalera le llegó rumor de conversaciones desde el salón.

Como la vez anterior, estaban allí todos... es decir, todos no. Faltaba José Luis Domínguez, el madrileño. En cambio, estaba allí su compañero Hiniesta,

con semblante pálido y agitado. Precisamente en aquel instante estaba hablando como si explicase algo. Jorge se detuvo a la puerta para escuchar:

—...pero a pesar de ello, los obreros no se atuvieron a razones. A última hora me telefoneó José Luis para decirme que la situación en la fábrica era muy seria, que él y su padre se veían impotentes para contener a los obreros amotinados y que habían pedido auxilio a la policía.

—¿Pero, por qué se amotinaron? —preguntó Pedro Gómez Pons.

—Porque no querían a José Luis en la fábrica —contestó Hiniesta—. Dijeron que no les importaba que les mandase el señor Domínguez, pero no querían que su hijo les diese órdenes...

—¿Porque es "technicus"? —preguntó Arturo Lloverás.

—Exactamente. Fue entonces cuando José Luis cometió la imprudencia de salir a hablarles, en un intento por apaciguarlos, y aquel energúmeno le arrojó una piedra que le dio en la frente. Entonces salió su padre y le obligó a retirarse al interior, donde se encerraron en espera de que llegase la policía. Supongo que ahora ya debe de haber llegado.

Jorge Beltrán penetró en el living.

—Buenos días —dijo—. He oído lo que contaba Hiniesta sobre José Luis Domínguez. ¿Le causó heridas graves la pedrada?

—Hola, Jorge —le dijo Hiniesta—. No, sólo le partió la ceja y le causó una abundante hemorragia. Una herida aparatosa y nada más.

—Hola, Jorge —le dijo el Dr. Gali, que se sentaba con cara preocupada en un amplio butacón de cuero.

—Hola, doctor. ¿Qué tal, Marga? ¿Y vosotros, chicos?

Todos respondieron a su salutación y Jorge se sentó en el diván, al lado de Marga.

—Amigos, no hace falta que os diga que la situación es grave —dijo el Dr. Gali—. Todos estáis al corriente de lo que sucede en el mundo y creo que lia llegado el momento de actuar. Pero lo que no dicen los tridinoticiarios es que, durante la última semana, se ha producido un aumento extraordinario en el número de nacimientos de "technicus": estos alcanzan ya la cifra del 85 por ciento. A este ritmo, antes de quince días todos los nacimientos que se producirán serán de la nueva especie. El reinado del "Homo sapiens" toca a su fin, amigos... y siento decirlo, porque yo soy "sapiens".

El rechoncho y menudito doctor se enjugó con un pañuelo su sudorosa calva, a pesar de que la agradable temperatura de la estancia no justificaba en modo alguno aquella excesiva transpiración.

—Vosotros ganáis la partida —prosiguió— pero la ganáis a largo plazo... de momento, vuestra situación es muy precaria y el "Homo sapiens" morirá matando, probablemente, antes de extinguirse como especie.

—¿Qué cree usted que debemos hacer?, doctor? —preguntó Jorge.

—De momento, extremar las medidas de prudencia. Vendrán días muy difíciles. Luego, creo que convendría empezar a organizarse... vivir en pie de guerra, pues de una guerra se trata.

—¿Organizamos? ¿Cómo? —preguntó Lloverás.

—De varias maneras. En el siglo pasado existieron fuertes y poderosas organizaciones clandestinas... la masonería, el partido comunistas, especialmente, poseían una organización durante la segunda guerra mundial. Los comunistas, especialmente poseían una organización perfecta, a base de células triangulares... es decir, formadas por tres miembros cada uno de los cuales sólo conocía a otros dos. Así, en caso de delación, no podían caer más de tres militantes. Algo parecido tenéis que hacer de momento. Y luego está el proyecto del Dr. Warren Smith.

—¿Quién es el Dr. Warren Smith? —preguntó Marga.

—Es un colega mío norteamericano, director del Instituto Experimental de Genética de Atlanta, cuyos tres hijos son todos “technicus” El Dr. Warren Smith ha puesto a nuestra disposición el centro que dirige.

—¿Con qué finalidad, Dr. Gali? —preguntó Hiniesta.

—Veréis —repuso el Dr. Gali, sacando un pitillo y aplicándolo al extremo de su encendedor eléctrico de contacto. Después echó una amplia bocanada de humo azulado—. El proyecto del Dr. Smith, que comparte totalmente mis ideas, es de establecer en el Instituto Experimental, so capa de realizar experimentos de genética con “technicus”, el verdadero centro de nuestra organización secreta... el cerebro rector desde donde emanarán las órdenes y las consignas para todo el mundo. Además, el Dr. Warren es albacea y administrador de una cuantiosa fortuna legada por un filántropo norteamericano, Mr. Elliot von Pickering, para fomentar los estudios de genética. El Dr. Smith cree que los momentos que vivimos son excepcionales y está dentro del espíritu del legado destinar su importe a la salvación de la nueva especie superior que poblará la tierra. Por lo tanto, ya veis que nuestra empresa contará con medios, pues la fortuna del difunto Mr. Pickering asciende a mil millones de créditos, cantidad más que suficiente, de momento para llevar adelante nuestros planes.

El rechoncho biólogo hizo una pausa, dio varias nerviosas chupadas a su pitillo y luego miró a sus oyentes.

—¿Bebemos algo, chicos? La genética no está reñida con el whisky. Al menos, esto perdurará de una especie a otra. El “sapiens” morirá bebiendo whisky y el “technicus” brindará por su entrada en escena en el teatro de la evolución con una copa de whisky.

—O de champaña —interpuso Marga Canals.

—O aunque sea con vino tinto —añadió Hiniesta.

Todos rieron de buena gana.

—Pues bien —prosiguió el Dr. Gali—. El Dr. Smith me ha sometido un plan de acción inmediato, que os voy a exponer. En el Instituto se reunirán jóvenes “technicus” de todo el mundo —dos o tres por cada nación de la Tierra— encargados de coordinar los esfuerzos y distribuir las directrices entre los demás grupos de resistencia— pues de momento hay que adoptar las tácticas de los movimientos de resistencia de la antigüedad. Condición “sine

qua non" es que estos representantes de cada grupo posean en alto grado facultades telepáticas, para establecer de este modo una comunicación instantánea con los distintos grupos nacionales. Como sabéis...

—Perdone, Dr. Gali —le atajó Jorge Beltrán— creo que ahora viene a cuento preguntarle por qué nos escogió precisamente a nosotros, y no a otros jóvenes técnicos, quizás más preparados que nosotros para ese cometido.

El Dr. Gali esbozó una sonrisa misteriosa.

—Esto tendrías que preguntárselo a mi colega el Dr. Warren Smith, y no a mí.

Ante la expresión de sorpresa de los presentes, el Dr. Gali prosiguió:

—Olvidé deciros que había enviado a mi colega norteamericano las fichas psicosomáticas de dos centenares de jóvenes "technicus" escogidos cuidadosamente en toda España, atendiendo a sus títulos profesionales y cociente intelectual. No fue tarea fácil procurarse estos datos, pero gracias al Dr. Humbert y otros colegas de los Servicios Asistenciales Públicos, conseguimos reunir las fichas de todos los jóvenes "technicus" nacidos del 2002 para acá. Os repito que no fue tarea fácil, y requirió meses de paciente selección y cribado. Por último nos quedamos con las fichas de unos doscientos "technicus", sacamos copias fotostáticas de las mismas y las enviamos al Dr. Warren Smith. Y éste designó entonces a, vosotros seis.

Arturo Lloveras dijo entonces con gracejo:

—Vaya, con que nosotros somos los elegidos de los dioses.

—Exactamente —asintió el Dr. Gali.

—Pero —interpuso Marga— hay una cosa que no comprendo. Usted ha dicho que sólo tienen que ir dos representantes de cada país al Instituto de Atlanta. Sin embargo, nosotros somos seis.

—Dos irán, dos se quedarán aquí para actuar de receptores y en cuanto a los dos restantes, uno irá a Marte y el otro a Venus.

Marga cambió una consternada mirada con Jorge.

—Dr. Gali —empezó a decir Jorge— hay algo que tiene que saber. Marga y yo vamos a casarnos y precisamente nuestra boda será posible porque yo he obtenido un destino en Marte... una plaza de arqueólogo en la Fundación Rockefeller. Y Marga me acompañará. Por lo tanto...

El doctor Gali lo atajó con un gesto.

—Calma, muchacho, calma —le dijo—. Por lo tanto, parte del problema ya está resuelto. El proyecto original del Dr. Smith consistía en enviar a muy pocos "technicus" a las colonias de Marte y Venus, para no despertar sospechas. Para España, el cupo asignado eran dos, uno para cada planeta. Pero no creo que en vuestro caso tenga inconveniente en hacer una pequeña excepción, y más teniendo en cuenta que así la cosa aún queda más justificada y parece más natural.

Jorge respiró aliviado.

—De lo contrario, no sé cómo lo hubiéramos resuelto. Pasar la luna de miel a ochenta millones de kilómetros de distancia de Marga no resulta una

perspectiva muy tentadora.

Nuevas carcajadas.

El Dr. Gali prosiguió:

—No habrá problema. Precisamente era yo el encargado de escoger entre vosotros los que irán al Instituto, los que se quedarán aquí y los que irán a Marte y Venus. Teniendo en cuenta la situación de Jorge y Marga, son ellos, naturalmente, los que irán a Marte. En cuanto a Venus, tendré que escoger entre los tres o cuatro "technicus" que me guardaba de reserva, previendo cualquier contingencia como la que se ha presentado. Por lo que se refiere a los cuatro restantes, yo me permito sugeriros lo siguiente: Arturo Lloveras y Pedro Gómez Pons podrían ir al Instituto de Atlanta y Domínguez e Hiniesta quedarse en España. De este modo, los enlaces se quedarían en la capital y centro geográfico de la nación.

Gómez Pons levantó la mano, como un alumno que se dispone a hacer una pregunta en clase. El Dr. Gali, obedeciendo a su formación universitaria, hizo el gesto clásico del profesor que asiente con la cabeza, en un implícito "diga usted".

—Yo creo, doctor —dijo Gómez Pons— que, para el caso de que ocurriera algo... de que se agravaran aún más las cosas, convendría tener a un enlace en Madrid y otro en Barcelona, ¿no cree usted? De lo contrario, nos exponemos a que ambos quedasen inutilizados al mismo tiempo.

El Dr. Gali reflexionó.

—Efectivamente, tienes razón, amigo. Sí, tienes razón —prosiguió—. Propongo, pues, que seáis vosotros mismos quienes decidáis los que van y los que se quedan... En el bien entendido de que, los que se vayan, lo harán aparentemente subvencionados por el Instituto de Genética de Atlanta... una especie de beca o cosa parecida... con todos los papeles en regla para cubrir las apariencias. ¿Qué decidís?

Los cuatro muchachos se consultaron con la mirada.

Hiniesta fue el primero en hablar:

—En cuanto a nosotros —hablo por José Luis y por mí— creo que la elección no es dudosa. José Luis no puede dejar la fábrica de su padre. En cuanto a mí, nada me impide irme a los Estados Unidos. Precisamente pensaba ir allí dentro de poco para asistir a unos cursos de Historia Moderna en Yale. O sea que esta oportunidad me viene al pelo.

—¿Y estará de acuerdo José Luis Domínguez? —preguntó el Dr. Gali.

—Sí, completamente —repuso Hiniesta.

—Asunto resuelto, pues —dijo el Dr. Gali—. Vamos a ver ahora vosotros dos —añadió, volviéndose a Gómez Pons y Arturo Lloveras—. ¿Cuál se queda de vosotros?

—Yo —repuso Gómez Pons sin vacilar—. Arturo habla el inglés de corrido. Yo me he especializado demasiado en lenguas orientales y no creo que el sánscrito, el copto, el arameo, el persa antiguo y moderno, el árabe, el indostaní, los dialectos bengalíes...

—¡Basta, basta! —le atajo el menudo biólogo, sonriendo—. No abrumes a este pobre “sapiens” con tus tremendos conocimientos y extraordinarias facultades de asimilación.

—Es que las lenguas orientales y antiguas han sido siempre mi debilidad —dijo modestamente Gómez Pons—. Y ahora me estoy metiendo con el bantú y los dialectos polinésicos, para entretenerme en los ratos que me deja libre el estudio de la Semántica y el neokorzybskismo.

—Yo también aprendí el inglés, junto con el sueco, el alemán el danés, el noruego y el finlandés, para entretenerme —explicó Arturo Lloveras—. En cambio, las lenguas antiguas nunca me han atraído.

Copiosas gotas de sudor perlaban la frente del Dr. Gali.

—Me abrumáis, amigos, me abrumáis. ¡Y pensar que yo sólo hablo un francés detestable con acento de Perpiñán y un inglés de camarero de la Costa Brava!

Pero esto no le impide ser una de las primeras figuras mundiales de la Biología cuántica —observó Jorge Beltrán.

—Sí... Mis trabajos serán tal vez el canto del cisne de la especie... el modesto punto de partida para que un genial “technicus” —tal vez uno de vosotros— lleve la Biología a alturas insospechadas. Pero no divaguemos. Así, pues, quedamos en que Domínguez y Gómez Pons se quedarán en España —en Madrid y Barcelona, respectivamente—, que Arturo Lloveras irá a Atlanta y Marga y Jorge a Marte, ¿no es eso?

Todos hicieron gestos de asentimiento.

—Así se lo comunicaré inmediatamente al Dr. Smith.

—¿Y vosotros dos, cuándo os vais para Marte? —preguntó el Dr. Gali a Marga y Jorge.

—Inmediatamente después de la boda —repuso Jorge.

—¿Y cuándo es la boda?

—Pasado mañana, a las doce del mediodía, en la iglesia de Lesseps —repuso Jorge—. Ni que decir tiene que están todos ustedes invitados a ella y al banquete, si podemos llamarlo así... A pesar de que la boda se celebrará en la intimidad, con asistencia únicamente de mis padres, mi hermana, la madre de Marga y algún invitado de compromiso. Por cierto que quería pedirle una cosa, doctor Gali... ¿quiere usted ser nuestro padrino de bodas?

CAPITULO III
EL VIAJE

El Astropuerto del Prat ocupaba una extensión mucho mayor que el antiguo Aeropuerto Muntadas y sus instalaciones hubieran dejado boquiabierto a un técnico de mediados del siglo XX. Tras la ruidosa, fragorosa y efímera época de los cohetes de combustible líquido, la antigravedad, silenciosa, eficaz y que manejaba fuerzas invisibles y poderosísimas, abrió las rutas del Cosmos para el hombre. En la segunda década del siglo XXI habían quedado ya completamente relegados al olvido los sistemas de propulsión tan arcaicos como los motores-cohete basados en la combustión de la hidracina, el alcohol, el oxígeno y el ácido nítrico, e incluso el motor iónico había sido ya superado y sólo se empleaba para la navegación de cabotaje alrededor de la Tierra.

La astronave que manejaba potentes campos de fuerza mediante motores electromagnéticos era la dueña de los espacios interplanetarios. En 2024 la Astronáutica era una plena realidad y los viajes a la Luna, a Marte, Venus y los satélites de Júpiter se realizaban regularmente y con un porcentaje mínimo de accidentes. En Marte y Venus existían importantes colonias humanas, que habían dado salida a parte del excedente de población del globo. En dos de los satélites de Júpiter —Io y Ganímedes— existían sendos observatorios astronómicos atendidos por un reducido equipo de técnicos. Los de Ganímedes lo eran doblemente... es decir, que eran técnicos “technicus”, sin que en este hecho hubiese mediado designio deliberado alguno... simplemente, en las oposiciones para cubrir los siete puestos vacantes resultaron ganadores siete jóvenes “technicus”, que a la sazón se hallaban desempeñando su cometido en la inhóspita superficie del planetoide, cubierta de una mefítica atmósfera de metano.

Aquella radiante mañana de mayo barcelonés de 2024 Marga y Jorge se apearon de un helitaxi a la entrada del astropuerto y, cuando el vehículo que los había transportado se alejó, ambos quedaron de pie sobre el supe rasfalto de la calzada, mirando a su alrededor en busca de un mozo que quisiera llevarles el equipaje. No muy lejos de allí, apoyados indolentemente a la puerta del Departamento de Equipajes, varios mozos con el emblema de la Astro-Iberia sobre el pecho los contemplaban con expresión ceñuda. Jorge les hizo una seña, indicándoles sus tres maletas y el saco de mano que transportaban. Ninguno de los mozos se movió. Uno de ellos escupió desdeñosamente al suelo. Encogiéndose de hombros, Jorge tomó una maleta en cada mano, sostuvo la otra bajo el brazo e indicó a Marga que tomase el saco de mano.

—Lo de siempre —dijo—. Las llevaremos nosotros, no te preocupes.

Así penetraron en el amplio vestíbulo del astropuerto, de estilo neogaudiniano, con sus atrevidas bóvedas y ventanales ojivales recubiertos de plástico transparente. En el centro se alzaba una inmensa pantalla fluorescente donde podían leerse todas las horas de salida y llegada de estratocruceros, astronaves interplanetarias y naves iónicas transcontinentales. La astronave semanal para Marte salía a las 12,40. Eran entonces las 12,07 y disponían por consiguiente de bastante tiempo para los trámites previos al embarque.

En el inmenso vestíbulo no parecía haber "technicus". Una multitud de hombres y mujeres normales les dirigió miradas de disgusto y prevención. Sin hacerles caso, Jorge siguió avanzando cargado con las maletas. La joven tocada con un coquetón gorrito que lucía las insignias de Astro-Iberia y que atendía al público en el mostrador de esta compañía les dijo secamente, cuando Jorge tendió sus dos pasajes:

—Tengan la bondad de esperar.

Jorge había depositado las maletas en el suelo, junto al largo mostrador de bruñido duraluminio y, apoyándose negligentemente en él, sacó un pitillo.

—¿Quieres uno? —dijo a Marga que, sin soltar el saco de mano, permanecía de pie a su lado, con expresión preocupada.

—No, gracias, Jorge. —Tras una pausa, añadió—: ¿Has visto cómo nos miraban todos?

Jorge se encogió de hombros.

—"C'est normal". Ya estamos acostumbrado a ello. Lo raro sería que nos sonriesen.

Ambos guardaron silencio. Transcurrieron cinco minutos... seis... siete... ocho... y la joven de Astro-Iberia no volvía.

Jorge consultó el cronógrafo.

—A este paso, perdemos la astronave. Aún tenemos que pasar por Aduanas y Pasaportes.

A los diez minutos regresó la joven, acompañada de un sujeto fornido y con cara de pocos amigos, que lucía las insignias de Astro Iberia en las solapas de su chaqueta azul cruzada.

—¿Son ustedes Jorge Beltrán y Marga Canals? —les espetó sin más preámbulos.

—Sí —repuso Jorge—. ¿Pasa algo? Nuestros pasajes están en regla.

Sin responderle, el sujeto de torva catadura continuó:

—Quiero ver sus documentos de identidad.

Jorge escuchó la voz telepática de Marga que le decía:

"¿Sospecharán algo?"

Jorge sólo era un telépata receptor y por lo tanto no podía contestar mentalmente. Así, se limitó a mover negativamente la cabeza, mientras pensaba: "No pueden saber nada... Sólo lo hacen para fastidiar. Luego tendió el carnet de identidad suyo y el de Marga al empleado.

Este examinó minuciosamente ambos documentos, comparando la imagen

tridimensional de sus poseedores —obtenida mediante el método galvo-Priestley— con estos. Entonces se los devolvió a regañadientes y dijo:

—Está bien. ¿Sus pasajes?

—Los hemos entregado a la señorita —repuso Jorge.

La señorita asintió:

—Sí; aquí los tiene, señor Gálvez.

El sujeto llamado Gálvez tomó los dos pasajes que la empleada le ofrecía, y los sometió al mismo atento y escrupuloso examen. Finalmente los devolvió a Jorge, diciendo:

—Sí, todo está en regla. Pueden seguir a la Aduana.

Y sin siquiera despedirse de ellos, dio media vuelta y se marchó. La joven, entretanto, atendía ya a otros pasajeros, desentendiéndose por completo de ellos.

En la Aduana, los equipajes de Marga y Jorge fueron registrados minuciosamente y sus personas cacheadas. Jorge, muy molesto, intentó evitar que Marga fuese sometida a aquella humillación, pero tuvo que callarse la boca y consentir que una forzuda matrona registrara y cacheara a su esposa, mientras los demás pasajeros pasaban por el largo mostrador, sin abrir siquiera las maletas, sobre las que los aduaneros hacían una cruz con tiza.

Tras un detenido careo en la sección de pasaportes, y responder a un sinfín de preguntas, finalmente Marga y Jorge pisaron la pasarela de la astronave, cuando faltaban dos minutos escasos para la partida.

Un hosco camarero los acompañó a su camarote —el número 15 de la segunda cubierta— sin ofrecerse para llevarles el equipaje, con el que Jorge tuvo que cargar nuevamente, ayudado por Marga.

Apenas se había cerrado la puerta del camarote a espaldas del camarero, que no se dignó aceptar la propina que le tendía Jorge, conciliador, cuando por toda la nave resonó la sirena indicadora del despegue. La nave se alzaría sobre sus campos antigravitatorios dentro de un minuto. Al hallarse sometida toda la astronave y sus pasajeros a la acción del mismo campo de fuerzas, estos últimos no notarían ninguna aceleración ni molestia. Habían pasado a la historia los tiempos de las bruscas aceleraciones para atravesar las capas más densas de la atmósfera y alcanzar la velocidad de liberación; sólo eran un recuerdo ya las colchonetas y asientos anatómicos, la opresión causada por las varias G que se iban acumulando, la sensación de ingravidez final, cuando la astronave entraba en órbita... A la sazón, nada diferenciaba aquellos viajes de los antiguos viajes por mar, como no fuese la ausencia de oscilación y cabeceo, la falta de posibles tempestades y la imposibilidad de contemplar amplios espacios marinos... imposibilidad compensada por la posibilidad de contemplar el maravilloso y amedrentador espectáculo del espacio interplanetario en toda su pureza, desde la gran cúpula astronómica de la nave.

Jorge y Marga estaban deshaciendo el equipaje y preparando sus cosas para el largo viaje de más de dos meses, cuando sonó el zumbador de la puerta. Abriendo, Jorge se encontró con las facciones inmutables y hoscas del

camarero.

—El capitán desea verles. Tengan la bondad de seguirme.

—¿El capitán? ¿Y tiene que ser ahora? —preguntó Jorge.

—¡Sí, ahora —contestó el camarero.

—Vamos, Jorge —dijo Marga, dirigiéndose hacia la puerta.

Ambos siguieron al camarero, que les precedió por el corredor que contoneaba la periferia de la inmensa astronave circular de ciento veinte metros de diámetro y sesenta de altura, verdadera maravilla de la técnica contemporánea, salida de los astilleros del Norte de España seis años antes y bautizada con el nombre de “Orión”.

Luego de ascender por una escalerilla a la primera cubierta —la nave tenía seis cubiertas más las bodegas, y una capacidad para mil quinientos pasajeros y varios miles de toneladas de carga— siguieron un corredor y, tomando un ascensor neumático, el camarero los condujo hasta la cámara de mando, situada en la cúpula central, de la nave. La cámara de mando era una enorme sala circular donde trabajaban una docena de técnicos y especialistas, sentados ante un gran tablero de mandos. El capitán les recibió en el camarín de derrota, que se abría a un lado de la gran sala.

El capitán Jaime de Aragón era un hombre alto —medía más de 1,80 metros—, robusto. y de cabello entrecano a sus cincuenta y dos años de edad. Tenía el rostro atezado propio de todos los navegantes el espacio, las facciones aquilinas y enérgicas y llevaba con negligente elegancia la guerrera azul, casi negra, de los astronautas civiles, y muy echada hacia atrás sobre la cabeza la gorra de plato con las tres astronaves de plata, insignia de su grado. Una larga y zigzagueante cicatriz cerúlea le cruzaba en diagonal la mejilla izquierda... recuerdo del único accidente que sufrió en su ya larga carrera: un meteorito gigantesco que hendió la nave que entonces mandaba, la “Altair II”, en las inmediaciones del cinturón de Asteroides y en ruta hacia Ganímedes.

En el reducido camarín de derrota se hallaban tres personas más, sentadas en sendas sillas de dural... todas ellas “technicus”, según vieron inmediatamente Jorge y Marga: un joven chino o birmano, de gruesas gafas de concha de un tipo anticuado; un joven moreno de tipo español, y un larguísimo muchacho, que aparentaba unos diecisiete años, rubio y de aspecto escandinavo.

A diferencia de todos cuantos habían encontrado hasta entonces, el capitán De Aragón les recibió afablemente.

—Señor Beltrán... señora —les dijo, indicándoles dos sillas con la mano— tengan la bondad de sentarse.

Ambos jóvenes le obedecieron. Luego el capitán se sentó a su vez ante una mesita metálica. Apoyando los codos sobre ella y juntando las yemas de los dedos de ambas manos, miró gravemente a los cinco jóvenes “technicus”.

—Señores, señora —empezó a decir, haciendo un movimiento deferente de cabeza en dirección a Marga— les he reunido para darles la bienvenida al “Orión”, en primer lugar, y luego para exponerles, muy a mi pesar, pueden

creerlo, una cuestión delicada. —Hizo una pausa, carraspeó y, sin mirar a nadie en particular, agregó—: He recibido órdenes de la compañía de mantenerles a ustedes separados del resto del pasaje. —Ante la expresión de sorpresa de los cinco jóvenes, añadió—: Comprendo su sorpresa, pero se trata de una norma dictada por la prudencia, que ustedes serán los primeros en agradecerme. Ni yo ni —así lo espero— ninguno de mis oficiales, tenemos nada en contra de los "technicus", ni abrigamos esos absurdos prejuicios de raza que ahora parecen estar en boga, pero ciertos incidentes muy desagradables ocurridos a bordo de algunas astronaves —de nuestra compañía y de otras— incidentes que pudiéramos llamar de tipo racista, nos obligan —muy a pesar nuestro, se lo repito— a implantar de antemano ciertas medidas de... llamémosla discriminación racial, a bordo del "Orión".

Los cinco jóvenes se miraron, mudos, estupefactos, consternados. A pesar de que cinco minutos antes no se conocían, de pronto surgió entre ellos un vínculo invisible, que hizo que todos se sintiesen compartiendo la misma suerte y sufriendo la misma injusticia.

—Pero —dijo el joven moreno en un correctísimo castellano— pero esto es absurdo. Oficialmente, nosotros tenemos los mismos derechos y prerrogativas que los demás pasajeros.

—Desde luego, señor Suárez —repuso calmosamente el capitán—. Pero le repito que la medida se adopta por prudencia y en su propio y exclusivo beneficio... para evitar que se produzcan incidentes tan desagradables como los que se registraron la semana pasada en el "Cruz del Sur", un poco antes a bordo del "Antares", y…

—¿Qué pasó en esas naves, capitán? —le atajó el joven chino o birmano, en un español muy aceptable. De pronto Jorge pensó que tal vez fuese filipino.

—Cosas muy desagradables, señor Rizal (sí, filipino, pensó Jorge; se llama nada menos que Rizal, como el héroe de la independencia filipina); cosas muy desagradables. Vale más no recordarlas aquí, en presencia de la señora Beltrán, se lo aseguro.

El joven filipino guardó silencio, al parecer impresionado.

El capitán De Aragón prosiguió:

—Por lo tanto, vivirán ustedes aparte de los restantes mil cuatrocientos ochenta y tres viajeros durante los setenta y nueve días que durará la travesía. Sus camarotes son contiguos —del 14 al 17 inclusive— y se encuentran todos ellos en la segunda cubierta, al lado de un comedor que les ha sido reservado especialmente. No será necesario que alternen con el pasaje durante esos días; estarán ustedes perfectamente atendidos. (Desde luego, pensó Jorge, recordando al camarero, la azafata de tierra y al empleado de la Astro-Iberia y a los funcionarios de Aduanas, lo más probable es que se desvivan todos por atendernos).

—Perdóneme, señor —interpuso el joven de aspecto escandinavo, con marcado acento extranjero—. ¿No podremos tampoco subir al astrodromo? A mí esto me interesa muy particularmente... soy astrónomo... mejor dicho,

estudiante de cuarto año de Astrofísica.

—Señor Björnson —replicó el capitán—; lo veo un poco difícil. Sin embargo, intentaremos arreglarlo, no sólo para usted, sino para estos señores también.

E indicó con la mirada a los restantes “technicus”.

—¿Así? —dijo Marga, hablando por primera vez— tendremos que permanecer durante todo el viaje confinados en nuestros camarotes?

—Yo no he dicho que estarán ustedes confinados, señora —contestó amablemente el capitán—. Dispondrán casi de una tercera parte de la segunda cubierta para ustedes solos, lo cual significa que tendrán acceso al comedor, a un cinematógrafo, a un bar y a un pequeño salón de lectura. En realidad, su situación casi es envidiable, pues realizarán el viaje en forma muy tranquila y sosegada, sin el peligro de que ocurran incidentes desagradables.

—Como usted ordene, capitán —repuso Jorge, interpretando el sentir de todos—. Usted manda.

—Les agradezco mucho su colaboración —dijo el capitán, levantándose y dando la entrevista por concluida—. Siempre que de seen algo, no duden en acudir a mí. Me tienen completamente a su servicio.

—Muchas gracias —respondieron todos. Después de esas palabras, estrecharon la mano del capitán y abandonaron el camarín de derrota.

En la cámara de mandos les esperaba el mismo camarero de antes, con rostro ceñudo, para conducirlos de nuevo a sus respectivos camarotes. Una vez llegados al corredor donde éstos se encontraban, Jorge y Marga vieron que el joven sueco ocupaba el 14, contiguo al suyo, Rizal el 16 y el joven llamado Suárez el 17.

Cuando el camarero se hubo marchado, todos se quedaron con aire indeciso en el corredor, sin decidirse a entrar en sus respectivos camarotes. Suárez fue quien rompió el silencio:

—Bien, amigos —dijo—. Creo que ya podemos llamarnos así y tutearnos, después del regalo que acaba de hacernos el capitán.

—En efecto —musitó el filipino que, a diferencia de sus compatriotas normales, medía más de un metro ochenta... estatura baja con relación a los “technicus” de raza blanca, pero alta para un asiático. En cambio, el joven escandinavo llamado Björnson sobrepasaba a todo lo imaginable; su cabeza casi rozaba el techo del pasillo —a pesar de que éste medía por lo menos ‘tres metros de altura— y los demás “technicus” tenían que alzar la cabeza para contemplarlo... situación en verdad insólita para ellos.

—El capitán ha hablado de un bar —prosiguió Suárez—. ¿Por qué no vamos a tomar unas copas... y a charlar un poco para irnos conociendo?

—La idea me parece muy bien —dijo Marga—. Unicamente les pido media hora de plazo, para terminar de desembalar y arreglar nuestras cosas. —Consultó su cronógrafo de pulsera con montura de brillantes—. Son ahora la una y diez. ¿Qué les parece a las dos menos veinte? Podemos reunimos en el bar para tomar el aperitivo.

—Perfecto —asintió Suárez, mirándola con intensidad—. A las dos menos veinte, pues.

En aquel instante, Marga notó un contacto telepático desconocido... era una llamada in formulada, una especie de súplica acuciante y perentoria. Sobresaltada, dio un respingo. ¿Quién la estaría llamando?

—Como yo no tengo nada que hacer de momento —continuó el filipino— si os parece, iré en su busca y luego pasaré a recogeros, a las dos menos veinte.

—De acuerdo —dijo Jorge.

Acto seguido se fueron a sus respectivos camarotes y Rizal partió en busca del bar.

A la hora convenida, Marga y Jorge oyeron unos discretos golpecitos a la puerta del camarote. Jorge fue a abrir. En el umbral se erguía sonriente el joven filipino, que les saludó con una inclinación de cabeza. Marga lo miró, preocupada. Acababa de percibir una nueva llamada telepática, sin palabras como la anterior, pero más insistente y apremiante aún. ¿Sería de Rizal, de Suárez, del sueco... o procedería del exterior?

—¿Estás lista, Marga? —le preguntó Jorge.

—Sí, ahora voy —respondió Marga, dirigiéndose con el último de sus vestidos al armario empotrado en una pared del camarote. Una vez colgado el vestido en la percha, se volvió hacia Jorge, diciendo:

—Podemos irnos.

En el pasillo esperaban ya sus restantes compañeros. Rizal les hizo seña de que lo siguiesen y los precedió por el pasillo, en dirección opuesta a la que habían seguido con el camarero. Así cruzaron un comedor para unas veinte personas, atravesaron una puerta de dos batientes oscilantes de tipo antiguo y penetraron en un reducido bar, iluminado tenuemente y en el que se destacaba una gigantesca barra de vidrio bruñido, tras la cual se veía una rutilante exhibición de botellas de las más variadas formas y tamaños. Entre la barra y las botellas, secando unas copas con una servilleta, estaba un camarero de chaqueta blanca... un joven moreno, espigado, de facciones simpáticas, que les saludó con un amable “buenos días”.

En un rincón del bar había dos mesitas y algunas sillas.

Suárez y Rizal juntaron las dos mesas, distribuyeron las sillas a su alrededor e invitaron a sentarse a sus compañeros. Una vez se hubieron acomodado ante las mesas, el joven camarero acudió, solícito, con la servilleta al brazo y cuidadosamente doblada.

—¿Qué tomarán los señores?

—Un Martini dulce para la señora; para mí, seco. Ambos con hielo y sifón —dijo Jorge, que conocía los gustos de Marga.

—Shanti —musitó el joven sueco.

—Un jerez seco para mí —ordenó Suárez, imperioso—. ¿Y tú, qué tomarás? —preguntó, volviéndose a Rizal.

Este sonrió bondadosamente.

—Yo, una caña —dijo al camarero.

—Muy bien —contestó éste—. ¿Quieren algo de tapas los señores?

Todos se consultaron con la mirada e hicieron simultáneamente gestos negativos.

—No, nada —contestó Jorge.

A los pocos instantes el camarero les servía las bebidas que habían encargado. Levantando su copa de jerez, Suárez dijo:

—Brindemos. Por nuestra amistad, por un buen viaje y porque tengamos éxito en las respectivas misiones que nos llevan a Marte.

Todos levantaron sus copas y bebieron.

—¿Sabéis que estamos virtualmente prisioneros? —dijo Rizal.

—No me extraña —repuso Suárez—. A propósito, Rizal... ¿Cuál es tu nombre de pila?

—José —contestó el filipino.

—¿Como el "otro" Rizal? —preguntó Suárez.

—Sí... mi padre era biznieto suyo y lo admiraba fervientemente. Por eso me puso José, como él.

—¿Y vosotros, cómo os llamáis? —prosiguió Suárez—. Yo me llamo Enrique —dijo, antes de que nadie se lo preguntase.

—Yo, Jorge... y mi esposa, Marga —repuso Jorge Beltrán.

—¿Vais de viaje de bodas? —preguntó Enrique Suárez.

Jorge asintió. No sabía por qué, pero Suárez le irritaba con sus preguntas.

—Muy bien, ahora ya nos conocemos mejor —dijo Suárez—. Decías, pues que estábamos prisioneros, Pepe... o ¿prefieres que te llame José?

—Prefiero que me llames José —respondió Rizal con sequedad—. Y además, aún no le hemos preguntado cuál es su nombre de pila a Björnson.

—Hjalmar —respondió con voz apagada el joven sueco.

—¡Vaya, niño, tienes un nombre que es un verdadero trabalenguas! —comentó Suárez—. ¿Por qué no te podrías llamar Pérez?

—Pues mi nombre es tan vulgar en Suecia como Juan Pérez en España —murmuró el altísimo sueco.

—¿Qué decías antes, José? —preguntó Jorge al filipino, cansado de tantas interrupciones y de los frívolos comentarios de Suárez.

—Decía que estábamos prisioneros —contestó el filipino —. Cuando salí en busca del bar, me fui hacia éste lado y no tardé en dar con él. Pero luego, como sobraba tiempo, quise hacer un poco de exploración de "nuestros dominios"... Así, pasé a la sala de lectura —a la que se va por la otra puerta del comedor— al cine —que está a continuación de aquélla— y a un corredor que viene después, junto a los tocadores. Allí me encontré al primero de los centinelas.

—¿Centinelas? —preguntó Marga, enarcando las cejas.

—Sí, centinelas. Un guardia de las Patrullas del Espacio, armado con una metralleta, bombas de gases lacrimógenos en la cintura, casco de acero y una expresión que no me gustó nada en la cara. Al verme aparecer, me ordenó sin

contemplaciones que diese media vuelta v me marchase por donde había venido. El del otro extremo fue un poco más amable.

—¿Había otro? —preguntó Jorge.

—Sí. En el corredor que hemos seguido al ir a visitar al capitán. Entonces no había nadie, pero ahora hay un fornido mocetón de las Patrullas apostado al pie de la escalera que conduce a la primera cubierta y armado de punta en blanco, como su compañero del extremo opuesto.

—“Son medidas de protección” —comentó irónicamente Suárez—. El capitán nos quiere mucho y vela porque nada nos suceda.

—Pues a mí el capitán me ha parecido una buena persona —observó Rizal — y me parece animado de las mejores intenciones hacia nosotros.

—De acuerdo —asintió Björnson—. Es una buena persona.

—Lo que pasa —prosiguió Rizal— es que tiene que cumplir órdenes.

—El viaje no me preocupa —murmuró Marga—. Lo que me preocupa es el recibimiento que nos harán en Marte.

—¿Qué vais a hacer allí? —preguntó Enrique Suárez.

—Yo voy para trabajar en la Misión Rockefeller como arqueólogo —repuso Jorge—. Mi mujer es pintora y podrá trabajar allí como en cualquier otra parte, ¿no es verdad, Marga?

Ella asintió.

—¿Marga? —dijo Suárez—. ¿No será acaso Marga Canals, la pintora neoexpresionisia?

—La misma que viste y calza —respondió Marga.

—¡Yaya! Tanto gusto —exclamó Suárez—. ¿Y tú? —preguntó a Rizal—. ¿Qué vas a hacer allí?

—Voy como profesor de Matemáticas superiores a la Universidad Laboral de Martstown. En mis ratos libres, haré mis pinitos arqueológicos... La Arqueología marciana es mi “hobby”. ¿No te molestará, verdad, Jorge?

—En absoluto —contestó éste, sonriendo—. Agradeceré tu colaboración. —Y volviéndose a Suárez, preguntó—: ¿Y tú, Suárez, qué vas a hacer?

El súbito cambio de papel, de interrogador a interrogado, pareció pillar desprevenido a Suárez.

—Pues yo... la verdad... aún no lo tengo decidido. —Recuperando inmediatamente su aplomo, prosiguió—: Se murió un tío mí de América, que me legó una cuantiosa fortuna, y, como mi afición ha sido siempre los viajes, decidí ir a darme una vueltecita por Marte.

—¿Todavía existen tíos de América? —dijo Marga con cierta ironía en la voz.

—Sí, todavía existen... Yo tenía uno, y el pobre se murió, con gran alegría de su sobrino, aquí presente —añadió con cinismo.

—¿Y nuestro amigo Hjalmar, qué va a hacer a Marte?

El joven sueco parecía azorado.

—Astronomía... faltaba un astrónomo en el equipo de Monte Palomar destacado en la Thaumasia, yo me presenté a las oposiciones y salí elegido.

—¡Tan joven! —se burló Suárez—. ¡Quién lo diría!

—Tengo dieciocho años —protestó Hjalmar—. No sé por qué tiene usted que burlarse. Habla como si no fuese un "technicus".

—No me burlo. Y además, haz el favor de tutearme —replicó Suárez, súbitamente ceñudo.

Reinó un embarazoso silencio, roto finalmente por Marga al apuntar:

—¿Y si pasáramos al comedor? Son más de las dos. ¿No tenéis apetito?

En el comedor les habían preparado una mesa redonda con cinco cubiertos. Marga se sentó con Jorge a su izquierda y el joven sueco a su derecha. A la izquierda de Jorge se sentó el filipino, con lo que Suárez quedaba más o menos frente a Marga. Lo primero que hizo este último fue quitar un florero con flores naturales que había en el centro de la mesa y colocarlo en la mesa vecina.

—Para que nos veamos bien las caras —dijo.

Durante la comida se hicieron pocos comentarios. Todos permanecían sumidos en sus propios pensamientos. Les sirvió el mismo camarero del bar que, por lo visto, parecía haberles sido asignado.

Dos o tres veces durante el almuerzo, Marga notó posada en ella la mirada de los negros y ardientes ojos de Suárez. Esto le hizo experimentar una leve sensación de incomodidad y embarazo.

Cuando trajo los postres, el camarero les dijo:

—A las 14,30 se da el segundo noticiario de la nave por los altavoces. El tercero es a las 21 horas. ¿Desean escucharlo los señores?

Los "technicus" se miraron. Marga hizo un gesto de asentimiento.

—Podemos escucharlo, ¿no os parece?

Inclinándose, el camarero desapareció en el bar. A los pocos instantes resonaba en el comedor, saliendo de todas partes y de ninguna, una agradable voz masculina que, después de saludar a los pasajeros de la astronave interplanetaria "Orión", en travesía hacia Marte, les anunciaba que en aquellos momentos, la nave se hallaba a treinta mil kilómetros de la Tierra y proseguía su rumbo con toda normalidad. A continuación ofreció un resumen de las últimas noticias de la Tierra, por el que se enteraron de que el angoleño Ferreira da Silva, había sido reelegido presidente de la Confederación Mundial de Estados ; que se habían producido violentos disturbios racistas de signo "anti-technicus" en Johannesburgo, Nueva Orleáns y Calcuta; que los servicios de defensa meteorológica norteamericana habían deshecho el ciclón "Edith", que avanzaba hacia las Bahamas; y que próximamente se celebraría en París el XIV Congreso de Semántica General, bajo los auspicios del Gobierno mundial.

El camarero escuchaba también el noticiario, de pie en el fondo del comedor y con la servilleta al brazo. Cuando se acercó para retirar los platos del postre con ademán deferente, Jorge le preguntó:

—Ha sido usted asignado a nuestro servicio, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Y le gusta?

—Sí, señor —continuó el camarero—. En realidad, se realizó una encuesta entre los setenta camareros de a bordo para saber los que deseaban servir a un grupo de “technicus” que viajarían en la nave. Nos ofrecimos voluntarios siete.

—¡Exactamente el diez por ciento! —murmuró Rizal.

—¿Y a usted, por qué no le importa servirnos? —le preguntó Marga.

El joven abrió mucho los ojos, como si aquella pregunta casi le ofendiese.

—Porque yo no tengo nada contra los “technicus”. Para mí son personas como las demás. Mis dos hermanos mayores y mi hermana menor lo son, y siempre nos hemos llevado muy bien.

—Misterios de la genética —dijo por lo bajo el filipino—. ¿Por qué no podía serlo él también?

—¿Y los demás camareros... se negaron a servirnos? —preguntó Marga.

—Sí, señora, se negaron —respondió el camarero—, ¿Desean los señores que les sirva el café?

—Sí —respondió Suárez—. Y trae también licores. Brindaremos por ti... ¿Cómo te llamas?

—Miguel, para servirle, señor.

—Pues brindaremos por Miguel. Por uno de los pocos normales que nos comprenden.

Sin saber por qué, las palabras de Suárez desagradaron a Jorge. Le parecían presuntuosas y además... le sonaban a falso.

El viaje transcurrió sin incidentes dignos de mención hasta el vigesimosegundo día. La jornada comenzó como de costumbre: desayuno en el comedor a las nueve, escuchando el noticiario de la mañana; luego un rato de tertulia en el salón fumador; lectura de libros o de revistas, paseo por el reducido ámbito de la segunda cubierta para estirar las piernas; aperitivo en el bar a la una y media, almuerzo y luego un rato de descanso en los respectivos camarotes, antes de reunirse de nuevo en la sala de lectura o en el cinematógrafo tridimensional. Aquella tarde Marga no asistió a la proyección, pues se trataba de una película que ya había visto en la Tierra y no le interesaba. En cambio, Jorge no la había visto y asistió con Rizal a la proyección.

Suárez se había quedado en su camarote, pretextando que tenía que tomar algunas notas (nadie sabía de qué). Björnson también se quedó en su camarote, para leer, como hacía todas las tardes.

De pronto, aproximadamente a la mitad de la proyección, Jorge sintió resonar en su cerebro, fuerte y angustiosa, la llamada telepática de Marga:

“¡Jorge! ¡Me atacan! ¡Defiéndeme!”

Jorge se puso inmediatamente en pie y observó que Rizal hacía lo propio, como si él también hubiese recibido la llamada.

Jorge y el filipino chocaron al salir simultáneamente al pasillo y correr hacia la salida. Después de atravesar el salón de lectura, el comedor y de

recorrer un trecho de pasillo sin pronunciar palabra, ambos se detuvieron frente al camarote número 15. Jorge se detuvo sólo el tiempo suficiente para frenar su vertiginosa carrera. Acto seguido se lanzó sobre la puerta, de tipo ordinario, y la abrió violentamente. Marga, de pie en el centro del camarote, muy pálida, contemplaba en actitud retadora a Enrique Suárez, jadeante, desmelenado y medio vuelto de espaldas a los dos recién llegados.

—¡Marga! ¿Qué ha pasado? —exclamó Jorge—. ¿Y tú, qué haces aquí? —añadió, dirigiéndose a Suárez.

El moreno y apuesto Suárez se volvió inmediatamente.

—Entré a conversar un poco con ella... en visita de buena vecindad y Marga se cree...

—¡Mentira! —le apostrofó la joven—. Ha empezado por hacerme una serie de insinuaciones que prefiero no recordar y luego, viendo que yo no le hacía caso, ha intentado abrazarme. ¡Niégalo si te atreves! —dijo a Suárez.

Jorge se plantó en dos zancadas junto al intruso y lo agarró por las solapas de su chaqueta.

—¡Vamos, niégalo si te atreves! —repitió, zarandeándolo—. ¡Parece mentira! ¡Abusar así de nuestra confianza y de nuestra amistad! Este proceder es indigno de un “technicus”.

—Enrique Suárez no es un “technicus” —dijo tranquilamente José Rizal —. Es un hombre normal y corriente, con los bajos instintos propios de su especie, aunque de estatura aventajada, gracias a la cual ha podido engañar al capitán De Aragón, pero no mí. Lo he estado observando durante estos veintidós días sin que él se diese cuenta y sin que supiese que la tesis que presenté en la Universidad de Manila para doctorarme en Biología (carrera que también poseo) se titulaba, precisamente: “De las diferencias fundamentales entre el filum Sapiens y el filum Technicus”.

Enrique Suárez dio un paso atrás, con el rostro contraído por la furia; —¡Sí, soy un normal, y qué! —exclamó—. Pero he pretendido demostrar al mundo y demostrarme a mí mismo que nada separa a los hombres normales de los “technicus”, y que la pretendida superioridad de éstos no es más que una patraña. ¡Y lo he conseguido! Os he engañado a todos... aunque ahora tú, Rizal, asegures que me has descubierto. Pero de momento no me descubriste, ¿no es verdad?

“Tengamos cuidado —resonó en los cerebros de Marga y Jorge la voz telepática de José Rizal, que les hablaba por primera vez por aquel medio—. Tengamos cuidado. Puede ser un agente de las organizaciones racistas... del neo-Ku-Klux-Klan (a raíz de la persecución desencadenada contra los “technicus”, junto con los sentimientos racistas habían resucitado viejas organizaciones y grupos, entre los que se contaban el aludido por Rizal y los neo-nazis de la Europa Central e Inglaterra). Tenéis que saber, Marga y Jorge, que estoy al corriente de todo... Yo también estoy al servicio del Instituto de Genética del Dr. Smith... podéis pedir confirmación telepática a vuestro enlace con el Instituto...”

Marga y Jorge cambiaron una mirada de sorpresa, momento que aprovechó Suárez para desasirse con un gesto brusco de Jorge, que aún lo mantenía agarrado por las solapas.

—¡Suéltame, "technicus" asqueroso! ¡No ensucies con tu contacto a un hombre sano y normal!

—¡Sal inmediatamente de este camarote! —le ordenó Jorge—. O de lo contrario te...

No llegó a completar nunca la frase, porque ocurrieron simultáneamente tres cosas: una súbita oscuridad los envolvió, un enorme alarido pareció rasgarles los tímpanos y la súbita cesación del campo magnético de la nave los proyectó hacia lo alto, para chocar violentamente con las cabezas en el techo y quedarse luego flotando, desvanecidos por el golpe, en un estado de anticuada ingravidez.

CAPITULO IV
EL METEORITO

Había una probabilidad entre un millón de que un meteorito de dimensiones apreciables chocara con una astronave en ruta por el espacio. Pero la probabilidad de que dicho accidente se repitiese dos veces en la vida de un solo hombre aún era más escasa y, si se hubiese tenido que expresar numéricamente, hubiera requerido una cantidad impresionante de ceros a la derecha. Sin embargo, esto fue lo que le ocurrió al capitán Jaime de Aragón, en aquel su cuadragésimo viaje a Marte. Esto demuestra que el azar vuelve de vez en cuando por sus fueros y que a veces los hechos del universo real (el antiguo macrocosmos), parecen hallarse regidos por las leyes caprichosas que imperan en el mundo cuántico infinitesimal, o microcosmos.

Pero filosofías aparte, esto fue lo que le ocurrió al capitán De Aragón en el vigésimo- segundo día de travesía a Marte, hallándose al mando de la astronave "Orión", de la compañía Astro-Iberia y cuando la nave había cubierto aproximadamente una tercera parte de su ruta.

Los super-radares de a bordo funcionaron correctamente, señalando la presencia del macrometeorito por la banda de estribor y a una elevación de diez grados sobre el horizonte artificial de la nave, y siguiendo un rumbo tangencial en unos quince grados con el de la propia nave. Si la astronave no desviaba su rumbo, el meteorito, que viajaba por el espacio a una velocidad de cuarenta mil kilómetros por hora y poseía una masa de unas doscientas veinte toneladas, abordaría tangencialmente al "Orión" a los diecisiete minutos de haber sido detectada su presencia por los instrumentos de a bordo. Si bien aquel vagabundo del espacio era de tamaño bastante más considerable que los que solían encontrarse en la ruta Tierra-Marte, al capitán no le preocupaba mayormente su presencia, pues había navegado por el Cinturón de Asteroides, donde los timbres de los detectores y las luces rojas estaban funcionando casi continuamente y la nave tenía que efectuar frecuentes correcciones de rumbo para no chocar con los fragmentos de materia cósmica que surcaban el espacio.

Así es que aquella vez tampoco se inmutó y, con voz tranquila, ordenó a Roberto Pardillo, su segundo oficial, que efectuase las maniobras necesarias:

—Corrección: dos grados a babor, Don Roberto. Luego rumbo tres siete nueve cero.

Don Roberto, sentado ante el tablero de mandos, pulsó los botones correspondientes. Se escuchó un desagradable zumbido y se encendió una luz roja en lo alto del cuadro de mandos.

El segundo oficial palideció.

—¡Hay una avería en la transmisión, don Jaime! —dijo.

—Llame inmediatamente a Electrónica.

A los pocos instantes, dos técnicos cubiertos con el mono azul de Electrónica se afanaban junto al cuadro de mandos, del que habían quitado uno de los paneles laterales.

De pronto uno de los técnicos lanzó un juramento en voz baja.

—¡Fíjate, Jorge! —exclamó, dirigiéndose a su compañero—. Parece como si aquí se hubiese producido una desintegración nuclear en miniatura. Se han fundido todas las válvulas de selenio... La avería afecta también al cerebro de la navegación por inercia. Los giróscopos se han detenido.

Levantó un rostro contraído hacia el capitán.

—La avería es grave, señor —dijo—. Necesitaremos por lo menos media hora para repararla.

—¡Imposible! —exclamó el capitán De Aragón—. Se nos echa encima un meteorito y el "Orión" tiene que rectificar absolutamente el rumbo antes de quince minutos.

Muy pálidos, los dos técnicos se miraron.

—Que suban veinte válvulas de selenio del almacén, Jorge —dijo el que había hablado a su compañero.

Pero el capitán ya las estaba pidiendo por el interfono de la nave. Asimismo, ordenó que se cerrasen todas las compuertas estancas que separaban a las distintas cubiertas e hizo sonar la alarma.

A los tres minutos tenía las válvulas de selenio y los dos técnicos se pusieron febrilmente manos a la obra. En la cámara de mandos se hubiera oído volar una mosca. Los seis o siete técnicos que ocupaban sus puestos ante los distintos cuadros de mandos se habían acercado silenciosamente al puesto de pilotaje, para ver trabajar a los dos hombres. Gruesas gotas de sudor perlaban la frente de éstos mientras efectuaban conexiones y empalmes con una rapidez pasmosa, hija de una larga práctica y sin que sus manos temblasen.

El silencio sólo era interrumpido por sus monosilábicas interjecciones y comentarios.

De vez en cuando, todos consultaban furtivamente el gran cronógrafo de la sala de mandos, cuya manecilla, implacable, se acercaba al momento crítico en que la órbita del gigantesco meteorito se cruzaría con la ruta que seguía la astronave, abandonada a su inercia e incapaz de rectificar su rumbo.

Cuando faltaban dos minutos y catorce segundos para la hora fatal, los dos técnicos se pusieron vivamente en pie, exclamando:

—¡Listo! ¡Avería reparada!

El segundo oficial, que esperaba con el dedo sobre el botón del tablero de mandos, lo apretó con gesto convulsivo.

De nuevo volvió a encenderse la luz roja en lo alto del cuadro de mandos.

Los dos técnicos se miraron, demudados.

—¡La avería alcanza a otras zonas del cuadro de mandos, Jorge! —exclamó el que llevaba la voz cantante—. ¡Estamos perdidos!

—¡Trabajen! —les ordenó secamente el capitán.

Ambos se precipitaron hacia el cuadro de mandos y procedieron febrilmente a destornillar el panel superior.

Cuando el panel cayó a un lado, rebotando sobre el piso metálico de la cabina de mando con un estrépito que resultó ensordecedor en el profundo silencio, faltaba medio minuto para el momento de la colisión.

Un oficial se precipitó hacia una portilla de estribor.

—¡Lo tenemos encima, mi capitán! —exclamó.

Cumpliendo las órdenes dadas anteriormente por el capitán, todos se habían revestido ya de sus trajes del espacio, de una sencillez y perfección suma, consistente en un globo esférico de glasita y un traje suave como un guante, que se colocaba en medio minuto.

El meteorito abordó la nave tangencial mente por estribor —babor y estribor, así como proa y popa, eran denominaciones convencionales, empleadas únicamente con relación al rumbo que llevaba la nave y para facilitar la maniobra de la misma— desviándola unos quince grados de su rumbo y abriendo un tremendo boquete al nivel de la cuarta cubierta. Después, el gigantesco peñasco cósmico, desviado también de su órbita, se alejó poco a poco, para perderse en los espacios infinitos.

Dos circunstancias evitaron que el “Orión” se perdiese totalmente. En primer lugar, el hecho de que las trayectorias de ambos objetos fuesen casi paralelas, con lo que sus dos velocidades eran casi idénticas. Si el choque se hubiese producido de frente o en un ángulo muy abierto, el enorme calor generado por el impacto hubiera reducido la astronave a pavesas. (Sin contar con que la súbita deceleración hubiera aplastado materialmente a tripulantes y pasajeros). En segundo lugar, la propia masa del “Orión”, superior incluso a la del gigantesco meteorito, equilibró la partida, por así decirlo. De haberse tratado de una pequeña astronave, la “caricia” que le hizo aquella montaña errante por el Cosmos hubiera bastado para destrozarla por completo. Pero aun así, la “caricia” no resultó muy agradable.

Inmediatamente el capitán De Aragón dirigió los equipos de socorro a la zona siniestrada. Probablemente una gran parte de la cuarta cubierta se había quedado sin aire y era de temer que hubiese perecido un número considerable de pasajeros.

Así fue, por desdicha. Cuando los equipos de socorro, provistos de trajes del espacio y sopletes atómicos, consiguieron abrirse paso hasta el lugar de la colisión —utilizando las compuertas estancas de las cubiertas tercera y quinta, en una zona previamente evacuada de pasaje—, sus lámparas iluminaron un espectáculo dantesco en la espantosa oscuridad que allí reinaba: docenas de cadáveres flotaban arracimados por los pasillos, salas y comedores de aquella lujosa parte de la gran nave sideral, todos ellos de personas sorprendidas por la muerte al escaparse a los espacios interplanetarios el aire de la cubierta cuarta y penetrar en ella el frío espantoso del espacio, el vacío y la horrenda muerte. Súbitamente descomprimidos, los cadáveres ofrecían un aspecto

espeluznante. Parecían haber estallado literalmente, y las gotas de sangre y los fragmentos de materia orgánica flotaban por doquier, obstaculizando el paso de las brigadas de socorro, que avanzaban penosamente, utilizando calzado de suela magnética, pues el campo de fuerza propio de la nave estaba momentáneamente abolido.

Por último los equipos de punta llegaron al lugar de la colisión: un enorme boquete de veinte metros de diámetro, de bordes metálicos dentellados y retorcidos, por el que pudieron asomarse al espacio exterior, tachonado de miríadas de estrellas. En lontananza divisaron al gigantesco meteorito, que se alejaba indiferente a la obra de destrucción realizada. Frente al boquete flotaban también muebles, fragmentos de la nave y... cadáveres, que acompañaban al "Orión" como un fúnebre cortejo.

El capitán De Aragón comprendió que la avería era demasiado grande para poderla reparar allí, con los medios de que disponía la nave. Había que evacuar la zona afectada, aislarla herméticamente y esperar que la nave pudiese llegar a Marte por sus propios medios, para proceder allí a la reparación.

Pero una nueva dificultad, que había pasado desapercibida en los primeros momentos de confusión, se presentó entonces. La nave había sido desviada de su rumbo en unos quince grados y, de no rectificarse aquella desviación, pasaría a gran distancia de su meta, para perderse en los espacios infinitos. Había que rectificar el rumbo, pues, y volver a la antigua órbita. Pero para ello había que efectuar complicados y cuidadosos cálculos... y los cerebros electrónicos que debían efectuarlos habían sufrido daños irreparables a consecuencia de la colisión. En realidad, se trataba de instrumentos muy delicados y que no habían sido construidos para soportar choques ni sacudidas. Los técnicos consultados dijeron que estaban dañados irreparablemente y que no tenían a bordo los recambios necesarios para repararlos.

La situación era grave, muy grave. Pero de momento, menesteres más urgentes absorbían la atención del capitán y de sus oficiales: hacer el recuento de las víctimas de la catástrofe y disponer de sus restos.

Una vez efectuada esta penosa tarea, se supo que en la colisión habían perecido ciento veintitrés pasajeros, entre hombres, mujeres y niños, diecisiete tripulantes y seis miembros del servicio de la nave: en total ciento cuarenta y seis víctimas. No hubo heridos graves, sólo muertos. Pero muchos pasajeros resultaron contusionados y magullados al cesar el campo de fuerza.

A las dos horas, la nave volvía a estar iluminada. Pero los mecanismos que producían el campo de fuerza también habían sido afectados, y la gravedad artificial no había podido ser restablecida aún. Ello exponía a los pasajeros, no acostumbrados a la ingravidez, a múltiples molestias, que se hicieron especialmente patentes a la hora de cenar. Hacía muchos años que no se empleaban a bordo de las astronaves las peras, jeringas y botellas especiales para ingerir el alimento líquido de los tiempos heroicos de la Astronáutica.

Por lo tanto, aquella noche fue materialmente imposible tomar el consomé a bordo del “Orión”, y los pasajeros, prescindiendo de la etiqueta, obligados por las circunstancias, tuvieron que beber agua mineral directamente de las botellas, sorbiéndolas como si fuesen biberones.

Pero es preciso decir que muchos pasajeros, especialmente del sexo femenino, no probaron bocado aquella noche, afectados por la tragedia, por la pérdida de familiares, amigos o conocidos o, sencillamente, víctimas del mareo del espacio, enfermedad desconocida desde hacía años.

Denodadamente, el capitán De Aragón y sus hombres se esforzaban por restablecer el orden y los equipos de técnicos trabajaban afanosamente en el restablecimiento del campo magnético. Pero aún tenían que transcurrir bastantes horas antes de que lo consiguiesen. Entretanto, y después del desgraciado espectáculo que ofrecieron los pasajeros durante la cena, arrastrándose por el techo, las paredes y el suelo de los corredores, sujetándose a esquinas y salientes, a los muebles fijos o a la decoración de los lujosos salones, el capitán ordenó que todos permaneciesen en sus camarotes hasta nueva orden, aconsejándoles que se atasen con sábanas a las camas, en la seguridad de que pronto se restablecería el campo de fuerza.

Una vez repuesto del aturdimiento momentáneo que le produjo el golpe contra el techo del camarote, Jorge se halló flotando ingrávido y rodeado de la más completa oscuridad. A sus oídos llegaban ruidos confusos, como de lejanos golpes y sollozos. Movió brazos y piernas, tratando de asirse a algo y su pie derecho chocó con una cosa sólida. Doblándose sobre sí mismo, extendió la mano en aquella dirección y localizó un objeto duro, plano y angular. Sujetándose a él, fue descendiendo —o, así lo suponía— en dirección al suelo. Por medio del tacto identificó el objeto que le servía de asidero: la puerta del armario empotrado, que estaba abierta.

Cuando sus manos tocaron el piso del camarote, se detuvo y llamó débilmente:

—Marga, Marga... ¿Dónde estás?

Un gemido apagado le respondió desde lo alto:

—Jorge... Jorge...

Jorge recordaba que en la maleta más pequeña de las tres que constituían su equipaje, llevaba una lámpara de bolsillo. Recordaba también que la maleta estaba guardada en el estante superior del armario. Volvió a trepar, pues, por la puerta, y rebuscó con la mano en el estante superior. Sus dedos pronto tocaron el suave cuero de la maleta y, haciendo presión con el pulgar sobre el cierre automático, la abrió fácilmente. Luego fue cosa de un instante rebuscar en su interior y apoderarse de la lámpara.

Dirigiendo su rayo hacia lo alto, vio a Marga flotando en el centro de la estancia y muy cerca del techo. Al lado opuesto de donde él se hallaba vio la inmóvil figura de José Rizal. Paseando el rayo de la lámpara por el resto del camarote, Jorge distinguió, en las más inverosímiles posiciones, sábanas y mantas, ceniceros, libros, periódicos y una cantidad de objetos heterogéneos

que antes estaban colocados ordenadamente en distintos puntos. Pero Enrique Suárez no se veía por parte alguna. En cambio, la puerta del camarote que daba al pasillo estaba completamente abierta...

Midiendo bien la distancia con la mirada, Jorge apoyó ambos pies en el suelo y se proyectó suavemente en dirección a Marga. Se elevó flotando despacio y, en una trayectoria perfecta, ascendió hasta el lugar del techo que ocupaba Marga. Sujetándola por el brazo con la mano derecha, mientras con la izquierda empuñaba la lámpara, le hizo dar la vuelta y examinó su rostro. La joven aún parecía hallarse medio aturdida por el golpe y sólo balbuceó quedamente, cuando él la tocó:

—Jorge... Jorge... ¿Qué ha pasado?

—Seguramente una avería... —repuso Jorge—. Lo peor es que se ha suprimido la gravedad artificial. ¿Te encuentras bien?

—Me duele la cabeza... aquí.

Y Marga se llevó la mano a la cabeza. Al retirarla, Jorge observó que tenía los dedos manchados de sangre. Asestando la luz de la lámpara a la cabeza de la joven y apartando los cabellos con la mano, Jorge observó un hematoma con un corte central de unos dos centímetros de longitud.

—Habrá que darte un par de puntos —dijo—. Sin duda te diste contra un objeto cortante.

—Sí... La rejilla del aire acondicionado —dijo Marga—. ¿Y Rizal?

—Aquí estoy —contestó una voz plañidera.

Jorge enfocó su lámpara hacia el filipino, y lo vio braceando en el aire, como un nadador desmañado.

—Creo que me he roto todos los huesos del cuerpo —dijo—. Os oí hablar y me desperté. ¿Y Suárez?

—No sé. Ha desaparecido —repuso Jorge.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rizal—. ¿Un choque?

—Algo parecido —contestó Jorge—. Salgamos y lo averiguaremos. Además, Marga se ha hecho una herida en la cabeza y quiero que la vea el médico de a bordo.

La tarea de salir del camarote resultó muy difícil. Al no hallarse acostumbrados a la ausencia de gravedad, sus movimientos eran torpes y los impulsos que se daban, excesivos y mal calculados. Más de una vez salieron disparados hacia los lugares más inverosímiles, recibiendo bastantes golpes y coscorrones contra los objetos que llenaban el camarote o flotaban por el aire. En una ocasión, Rizal se enredó con una sábana y costó Dios y ayuda sacarlo de ella. Por último, llevando a Marga en el centro entre los dos y agarrándose con las manos libres a los escasos salientes de las paredes ultramodernas, arañando y gateando, consiguieron llegar a la puerta. Era una especie de pesadilla hecha realidad; uno de aquellos sueños en que se quiere avanzar y no se puede, en que los pies se hunden en arenas movedizas o se flota en el aire o se vuela sobre inmensas extensiones boscosas.

En el corredor, el avance fue más fácil, gracias a un providencial

pasamanos que seguía uno de los lados. Jorge se dirigió hacia la escalera de la primera cubierta, con la in-tención de llegar a la cámara de mando. De pronto se detuvo.

—¿Y Hjalmar? —preguntó.

En aquel momento acababan de pasar frente al camarote número 14, ocupado por el joven sueco.

—Quedaos aquí —dijo Rizal—. Jorge, préstame la lámpara.

Una vez con la lámpara en su poder, el filipino se impulsó para cruzar el pasillo, yendo a chocar contra la puerta del camarote número 14. Asiéndose rápidamente al tirador, llamó fuertemente con los nudillos. Del interior respondió una voz débil, en un extraño e informulado gemido.

—¡Hjalmar! —gritó Rizal—. ¡Soy yo... abre... soy José Rizal!

En el interior del camarote se escucharon sones confusos, un golpe sordo y un gemido de dolor. Tras un breve silencio, se escucharon nuevos golpes y se oyó un jadeo de angustia.

Entretanto, Rizal forcejeaba con la puerta. Mediante una acrobática contorsión que le hubiera envidiado un titiritero, consiguió apoyar ambos pies en el suelo y, arrimando el hombro a la puerta y accionando al propio tiempo el picaporte, consiguió abrirla.

Enfocó la lámpara al interior y allí, en medio de un amasijo de los objetos más diversos, flotaba el larguísimo Hjalmar Björnson, hecho un verdadero lío con las ropas de la cama y con la cabeza metida entre la puerta abierta del armario y la pared. Rizal, que ya empezaba a acosumbrarse a la ingravidez, se disparó con elegancia hacia el sueco y, al llegar junto a una de sus interminables piernas, lo asió por el tobillo y tiró hacia él... con el resultado de que ambos empezaron a girar en el centro de la estancia, mientras Rizal se enredaba a su vez en las sábanas que flotaban alrededor del sueco.

Tras ímprobos esfuerzos y de explicar en pocas palabras la situación a Hjalmar, Rizal consiguió desenredarse y arrastrar a su larguirucho amigo hacia la puerta. La salida de Hjalmar al corredor fue interminable, pero por fin sus dos metros ochenta de humanidad más la sábana que aún llevaba arrollada a la pierna salieron del camarote, como una inmensa serpiente rubia, blanca y azul (el joven vestía un pijama azul monopieza, lo cual indicaba que, en el momento de producirse el accidente, se hallaba descansando o leyendo en la cama).

Una vez reunidos los cuatro junto al pasamanos, y libre ya Hjalmar de la sábana, se prosiguió el avance hacia la primera cubierta. Cuando estaban cerca de la escalera se cruzaron con tres o cuatro tripulantes de la nave, provistos de calzado con suela imantada y lámparas de mano, que avanzaban presurosos por el corredor. Ni siquiera les hicieron caso ni se detuvieron y mucho menos se dieron cuenta de que eran “technicus”. Pasaron con semblante preocupado y cambiando breves interjecciones, alejándose por el corredor, que resonaba con sus fuertes pisadas.

El ascenso por la escalera resultó un juego de niños y lo mismo el

recorrido por el corredor de la primera cubierta. Allí se tropezaron con más tripulantes y algunos pasajeros, que, como ellos, flotaban por el corredor, asiéndose al pasamanos. Tampoco nadie les hizo el menor caso, pues cada cual tenía más que suficiente con sus propias preocupaciones.

Por último llegaron a la cámara de mando de la astronave. Por su puerta surgía un brillante resplandor... probablemente los técnicos habían hecho funcionar un sistema de iluminación de emergencia. A la puerta nadie les detuvo. Se cruzaron con varios tripulantes que salían, pisando fuertemente con su suela imantada y observaron que varios de ellos vestían trajes del espacio, con casco globular transparente.

En el centro de la cámara de mando, vistiendo también traje del espacio se hallaba el capitán De Aragón, dando órdenes por el interfono y rodeado de varios oficiales.

Jorge se acercó a uno de ellos, asiéndose a la balaustrada circular que rodeaba protectoramente los cuadros y tableros de mando, abandonados a la sazón.

—Oficial... —dijo—. ¿Puede atenderme un momento?

—¿Qué desea? —respondió el interpelado, un oficial bajito, pelirrojo y de cara pecosa, con la cabeza metida dentro del globo transparente de su escafandra. La voz del oficial le llegó apagada a Jorge, pero perfectamente audible.

—Se trata de mi esposa... se ha producido una herida en la cabeza cuando cesó la gravedad.

—¿Una herida grave? —preguntó el oficial.

—No, por fortuna... Un corte que requerirá un par de puntos, supongo.

El oficial se encogió de hombros.

—Tenemos cientos de muertos y heridos en la cuarta cubierta (de momento, las cifras se habian exagerado mucho, como ocurre siempre en estos casos) y ahora quiere usted que nos molestemos en curar a su esposa de un rasguño... —Viendo la expresión de Jorge, se apresuró a añadir—: Perdone que le hable así, pero es que estamos todos muy nerviosos. Ha ocurrido una tremenda catástrofe, de consecuencias aún incalculables.

—¿Qué ha sido, exactamente? —preguntó Jorge.

—Un meteorito... con una masa de más de doscientas toneladas... que nos ha abordado por estribor. Por fortuna, el choque se ha producido tangencialmente: de lo contrario, no estaríamos usted y yo aquí para comentarlo.

—¿Y no pudieron evitar el choque?

—En el último instante, sufrimos una avería en los sistemas de dirección, que no pudimos reparar a tiempo. Pero... —agregó mirando a Marga y Rizal, que esperaban asidos a la balaustrada, en compañía de Hjalmar—. ¿Son ustedes “technicus”, ¿verdad?

Jorge asintió.

La expresión del oficial cambió instantáneamente, haciéndose ceñuda y

grave.

—Lo siento, pero ahora estoy muy ocupado. No puedo atenderle.

Y le volvió ostensiblemente la espalda, para contemplar al capitán.

Rizal, entretanto, había empezado a deslizarse por la balaustrada y, agachándose, apoyó ambos pies en ella y se proyectó hacia el centro de la cámara de mando, con tan buena puntería, que fue a chocar contra el mismísimo capitán De Aragón.

Este se volvió, sorprendido.

—¿Qué quiere usted? —preguntó a Rizal, que flotaba en el aire, haciendo cómicas contorsiones en un intento desesperado e inútil por poner los pies en el suelo.

—De... de momento... ponerme en pie —repuso el filipino—. Después, hablar con usted.

—Lo primero se lo voy a resolver yo —dijo el capitán, agarrándolo por los hombros, volteándolo y haciéndole apoyar los dos pies en el suelo—. En cuanto a lo segundo, temo no poder atenderle en estos momentos. Hable con uno de mis oficiales.

La estatura casi normal del filipino y sus facciones pronunciadamente asiáticas hacían que para muchos pasase desapercibida su condición de "technicus". Así les ocurrió al capitán y a los oficiales que le rodeaban en aquellos momentos, los cuales lo tomaron por un chino alto, pues los chinos de aventajada estatura abundan más de lo que se supone, especialmente en las regiones limítrofes con la Manchuria.

—Deseo únicamente ayudar, capitán —repuso Rizal—. En momentos así, creo que todos debemos ayudar.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, pero no creo que pueda sernos útil. —El capitán, por lo visto no había reconocido aún a Rizal—. Además, no creo que pudiese resolvernos nuestras dificultades. Tenemos gravemente averiados los cerebros electrónicos que calculan el rumbo de la nave...

—Soy matemático, capitán —le repuso Rizal.

Una súbita luz de reconocimiento brilló en los ojos del capitán De Aragón.

—¡Ah! Ya sé quién es usted. Es uno de los cinco "technicus" que viajan a bordo.

—Cuatro —le corrigió Rizal.

—¿Cómo cuatro? ¿No son ustedes cinco... cuatro caballeros y una señora?

—Uno de ellos se introdujo de matute... No es "technicus".

—Bien, ya hablaremos de ello. —El capitán se volvió hacia uno de sus oficiales—. ¿Qué dicen de Electrónica?

El oficial, que había estado hablando por un interfono, repuso:

—Todo sigue igual... La avería no tiene remedio.

El capitán guardó silencio por unos momentos, como si reflexionase.

Luego se volvió de nuevo hacia Rizal.

—¿Dice usted que es matemático? Y "technicus" por añadidura —agregó, hablando más para su capote que para Rizal.

—Sí, doctor en Matemáticas Superiores por la Universidad de Manila... especializado en cálculo diferencial. Y “technicus”, si señor —añadió con cierta ironía en la voz.

El capitán pareció tomar de pronto una resolución.

—Habrá que intentarlo —dijo—. Si le damos a usted las coordenadas astronómicas, ¿se vería capaz de calcular un nuevo rumbo teniendo en cuenta la desviación sufrida?

—Probablemente —repuso Rizal—. Sobre todo, contando con el concurso de mi compañero Hjalmar Björnson, astrónomo especializado en el cálculo de paralajes.

—¡Muy bien! —dijo el capitán De Aragón—. Voy a dar las órdenes oportunas.

—Pero ante todo, capitán, por favor, proporciónenos calzado imantado a mí y a mis compañeros —le suplicó Rizal—. Estoy harto de hacer volatines por el aire...

El puesto de pilotaje provisional se instaló en el astrodromo de la nave, una inmensa cúpula transparente a través de la cual brillaban miríadas de estrellas sobre el fondo negro intensísimo del espacio interplanetario. Provistos ya del calzado magnético, los cuatro “technicus” se reunieron allí con el capitán De Aragón, el segundo oficial y varios tripulantes. Un médico había dado tres puntos de sutura a Marga en el cuero cabelludo y había aplicado un producto antibiótico y cicatrizante sobre la herida. El capitán De Aragón había hecho instalar una extensión del interfono en el astrodromo, conectada con la sala de mando principal y los puestos de pilotaje. Rizal y Björnson, sentados ante una mesita metálica, provistos de regla de cálculo y compás, efectuaban minuciosas mediciones sobre una carta celeste tridimensional que el capitán había hecho subir al astrodromo. De vez en cuando, Hjalmar echaba una ojeada por el ocular del horizonte artificial o ajustaba ligeramente el pequeño telescopio enfocado a un punto fijo de la bóveda celeste. Luego volvía a la mesa, para reanudar sus cálculos y consultar con Rizal.

Marga y Jorge los contemplaban sentados en sendos butacones de cuero —aunque ello no era en realidad necesario en la ausencia de gravedad, que no producía cansancio en el organismo, por más tiempo que se permaneciese de pie. El capitán había hecho traer varias peras de goma llenas de café caliente, que distribuyó entre los presentes. De vez en cuando, Jorge se llevaba la pera a los labios y daba una chupada. Asimismo, en el astrodromo se había instalado una iluminación provisional, limitada a la mesa de derrota, pero que esparcía una luz difusa hasta la mitad de la inmensa pieza. Por lo demás, ésta permanecía sumida en las sombras y el espacio sideral podía admirarse en todo su majestuoso esplendor.

El capitán De Aragón se acercó a Jorge y Marga.

—¿Se encuentra usted mejor, señora? —preguntó.

—Sí, gracias, capitán —repuso Marga—. Y este café caliente me sienta a las mil maravillas.

El capitán agregó:

—Su compañero, el señor Rizal, me ha dicho que uno de ustedes... Enrique Suárez, supongo, no era “technicus”. ¿Saben ustedes algo sobre el particular?

—Efectivamente, no lo es —dijo Marga.

—¿Cómo lo averiguaron?

—Intentó propasarse conmigo y... entonces acudieron mi marido y el señor Rizal, y este último declaró que no era un “technicus” y que se había propuesto engañarnos. Entonces se produjo el accidente.

—¿Lo han vuelto a ver después del accidente? —preguntó el capitán.

—No, desapareció como si la tierra... es decir, la astronave, se lo hubiese tragado —repuso Marga.

—Sin duda recuperó el sentido antes que nosotros y salió del camarote a tientas —observó Jorge.

—Es posible —dijo el capitán—. Bien, ya adoptaremos las medidas oportunas respecto a ese sujeto cuando la situación se haya normalizado un poco. De momento, tenemos cosas más importantes que hacer.

Y dirigió una pensativa mirada a la mesa donde Hjalmar y José Rizal, inclinados sobre las cartas, trabajaban afanosamente.

Al poco rato, en el puesto de pilotaje se empezaron a recibir las primeras órdenes para el cambio de rumbo, comunicadas por el capitán desde el astrodromo, después de oír las indicaciones que le daba Rizal. Poco a poco, la inmensa astronave volvía al rumbo primitivo, gracias a los datos que le facilitaban los cerebros privilegiados de los dos “technicus”. A las seis horas, la nave cruzaba los espacios rumbo a Marte, como si nada hubiese sucedido. Cansados y soñolientos, Hjalmar y Rizal se acercaron al capitán. Rizal le dijo:

—Mantenga este rumbo, capitán y llegará usted a la estación interplanetaria de Deimos sólo con un retraso de dos horas y media sobre el horario previsto.

—Gracias, amigos —repuso el capitán estrechándoles las manos con calor —. Con ustedes a bordo, podemos pasarnos de los cerebros electrónicos. Han realizado una labor magnífica. Gracias a ustedes, el “Orión” con todos sus pasajeros y tripulantes, se ha salvado. De lo contrario... nos hubiéramos perdido irremisiblemente por los espacios siderales... perspectiva nada agradable, desde luego...

—Desde luego —repitió Rizal—. Aunque, con las coordenadas de su última posición que usted nos facilitó y las mediciones astronómicas de Hjalmar, la cosa ha sido relativamente fácil.

—Fácil para usted. Pero yo no me hubiera visto capaz de hacerlo. Hubiera necesitado muchos días, en el mejor de los casos... semanas tal vez.

—Se trataba únicamente de integrar nuevos factores variables, de efectuar algunas trasposiciones y unos cálculos diferenciales... total, un poco de aritmética... un juego de niños para Hjalmar y para mí.

—Pero nos han salvado la vida —le repitió el capitán—. Como en los cuentos de hadas, dígame lo que desea, y se lo concederé.

—Un perro caliente y una buena cama —repuso Rizal—. ¡Ah! Y un vaso de cerveza... o mejor, una jeringa de cerveza —añadió.

—Los pediremos al instante. ¿Y su compás ñero, desea algo?

—Dormir —repuso el altísimo sueco, bostezando.

—¿Y ustedes —preguntó el capitán volviéndose a Marga y Jorge.

—De momento, si no le importa, seguiremos un rato aquí —repuso Marga —- antes de volver a nuestro encierro.

Una arruga cruzó verticalmente la frente del capitán, que ya se había despojado de su traje del espacio.

—¿Encierro? ¿Quién habla de encierro? Son ustedes pasajeros libres del "Orión", con los mismos derechos y prerrogativas que los demás. Al diablo las disposiciones de la compañía.

—Gracias, capitán —repuso sencillamente Jorge—. Gracias.

CAPITULO V
EL PLANETA ROJO

Restablecido el campo magnético a las catorce horas después de producirse el accidente, las cosas fueron volviendo a la normalidad a bordo del “Orión”. Por la nave se había esparcido ya la noticia de que los cerebros electrónicos habían resultado dañados en la colisión y de que, merced a los cálculos efectuados por dos jóvenes “technicus”, la astronave había vuelto al rumbo perdido, evitando así extraviarse en los espacios infinitos con toda su carga. Por lo tanto, cuando a la mañana siguiente, después del desayuno, aparecieron por primera vez las cuatro altas figuras de los “technicus” en el astrodromo, para contemplar el espacio en compañía del capitán, nadie les hizo la menor objeción; por el contrario, fueron muchos los que los miraron con curiosidad mezclada de simpatía y agradecimiento, indicándoselos unos a otros. A partir de entonces, los “technicus” se mezclaron indistintamente con los demás pasajeros y tripulantes y, con cierta sorpresa por su parte, observaron que todos los trataban con deferencia y respeto. Los camareros se desvivían por atenderlos, y, dos días antes de llegar a Marte, se acordó celebrar un banquete de homenaje a Rizal y Björnson, bajo la presidencia del capitán de la nave.

Los dos homenajeados se sentaron a ambos lados del capitán, en el gran comedor de la primera cubierta. Marga y Jorge ocuparon sendos lugares a la derecha de Rizal, el cual se sentaba, a su vez, a la derecha del capitán. Hubo brindis, discursos y un ramo de flores para Marga, ofrecido por un oficial en nombre de la tripulación.

Al final del banquete, y atendiendo a los insistentes ruegos de a concurrencia, el capitán De Aragón se levantó para hablar:

—Señoras y señores, amigos todos, y especialmente vosotros, Rizal y Björnson: yo no soy orador y por lo tanto voy a ser muy breve y escueto. De lo ocurrido, seguí mi parecer, se desprende una lección que no debemos echar en saco roto. Y esta lección es la de que todos los seres humanos —y fijaos que subrayo lo de seres humanos— debemos colaborar para ayudarnos mutuamente, en lugar de enzarzarnos en luchas y odios estériles que a nada conducen. Entre los cuatro amigos “technicus” que hoy nos acompañan, se introdujo solapadamente un individuo que, en su soberbia, pretendía hacerse pasar por uno de ellos. Su propia vileza lo delató y hoy lo tenemos encerrado a buen recaudo en su camarote, esperando que las autoridades de Marte lo juzguen a nuestro arribo. Os cuento esto porque demuestra que con malas intenciones y métodos arteros no se consigue alcanzar una auténtica comprensión y hermandad entre los seres humanos. Por el contrario, si todos nos ayudamos olvidando diferencias de raza, estatura y dotes intelectuales... escuchando más al corazón que a la cabeza, pues éste es idéntico para todos... yo os digo que la paz volverá a reinar sobre el globo terráqueo y en el

Universo, y esta época de persecuciones y luchas se hundirá en el olvido, para ir a reunirse con las épocas más negras de la Historia, cuyo recuerdo debemos esforzarnos todos por borrar. Por lo tanto, hoy alzo mi copa con vosotros para brindar por nuestros queridos compañeros Rizal y Björnson, a los que de manera tan modesta queremos demostrar nuestro agradecimiento y simpatía, y también para hacer fervientes votos de paz y en favor de una comprensión y afecto mutuo entre todos los hombres.

Una tempestad de aplausos, vítores y exclamaciones de "¡Muy bien, muy bien!" acogió las nobles palabras del capitán. Cuando la tempestad se calmó un poco, alguien gritó:

—¡Que hable Rizal!

El grito fue coreado inmediatamente por varios entusiastas.

Rizal, sonriente, se puso en pie.

—Voy a ser muy breve —dijo, cuando se hubo producido un relativo silencio—. Me limité a cumplir con mi deber, y lo mismo hizo mi compañero Hjalmar; mi deber como hombre y como pasajero de esta nave. Una afortunada casualidad nos puso en ella y nos permite recibir hoy este inmerecido homenaje. Otros pudieran haber hecho lo que nosotros hicimos.

Resonaron en la sala voces de "¡No, no!"

Rizal levantó una mano reclamando silencio:

—Sea como fuere, lo hicimos. Fue tarea relativamente fácil para nosotros y nos congratulamos por ello, ya que, gracias a nuestros conocimientos, aprendidos con miras completamente desinteresadas, hemos podido dar cima a una misión eminentemente práctica, que ha permitido salvar a esta magnífica nave, aunque no a todos sus tripulantes y pasajeros... y a nosotros mismos.

Varias carcajadas resonaron en el comedor, mientras Rizal se sentaba.

—¡Que hable Björnson! —gritaron entonces—. ¡Que hable!

Cuando el desgarbado sueco se levantó, la mesa le quedó apenas más arriba de las rodillas. Todos volvieron la cabeza hacia lo alto para contemplarlo, en medio de regocijadas exclamaciones y comentarios.

—Yo... —empezó a decir el sueco en su detestable español— no hice más que ayudar... Rizal lo hizo todo.

—¡Vamos, vamos, no te hagas el modesto! —gritó uno.

—La verdad... es así —prosiguió Hjalmar—. Con las coordenadas que nos dio el capitán, todo resultó bastante sencillo. Cuestión de tomar alturas y posiciones para las nuevas coordenadas. Pero me alegro muy sinceramente de que nuestra intervención fuese útil y de que todos ustedes puedan llegar sanos y salvos a Marte. He dicho.

Cuando se sentó, contorsionándose para introducir sus largas piernas bajo la mesa, las ovaciones y las carcajadas fueron delirantes y duraron sus buenos cinco minutos. Entretanto, Rizal y Björnson contemplaban satisfechos sendas maquetas de la astronave, de veinte centímetros de diámetro, colocadas ante ellos sobre un pie circular en el que había sus nombres grabados y la fecha del

accidente, regalo de uno de los tripulantes, experto aficionado a la construcción de modelos de astronaves.

La llegada a la estación interplanetaria de Deimos se realizó sin dificultad. El "Orión" permaneció atracado un par de horas junto al satélite artificial marciano, construido por una raza viejísima y cuyas instalaciones habían sido habilitadas de nuevo para estación de enlace. Después reanudó su marcha para descender sobre la superficie del planeta rojo y posarse en el astropuerto terminal, situado en la región del Trivium Charontis, cerca de un "oasis" en el que convergían varios canales.

La noticia del accidente sufrido por la gran astronave interplanetaria ya se había esparcido por todo Marte y un ejército de técnicos y obreros especializados esperaba, junto con los familiares de las víctimas, la arribada de la astronave. Cuando de ésta se desembarcaban los ciento cuarenta y seis féretros que contenían los restos mortales de los que habían perecido en la catástrofe, se produjeron las naturales escenas de dolor entre los deudos y amigos de los desaparecidos, que contemplaban el fúnebre cortejo a través de la inmensa cúpula plástica del astropuerto. La astronave se había posado en una gran llanura de arena rojiza y en aquellos momentos los empleados del astropuerto estaban acoplando los extremos de un largo tubo flexible de tres metros de diámetro a la escotilla de acceso principal. Los empleados trabajaban protegidos por trajes del espacio, ya que era necesario utilizarlos en la enrarecida atmósfera marciana. Todas las colonias terrestres del planeta rojo, en efecto gozaban de atmósfera artificial y se hallaban protegidas por inmensas cúpulas transparentes. Era posible que otrora hubiese existido una atmósfera más densa en Marte, a cuyo amparo floreció una brillante civilización, como lo atestiguaban las grandes ruinas monumentales esparcidas a las orillas de sus canales y la existencia de estos mismos canales, antiquísimos medios de irrigación y de comunicación fluvial, que irradiaban de los llamados "oasis", donde se habían localizada los centros de población más importantes de lo que el profesor Santamaría llamaba "cultura de la Gran Sirte".

Los grupos "anti-technicus" que operaban en Marte se sintieron momentáneamente desconcertados ante la noticia de lo sucedido y del cálido recibimiento que se preparaba a Rizal y Björnson. Pero comprendieron que aquel entusiasmo era pasajero y que las cosas pronto volverían a su cauce... y el cauce, para ellos, era el odio implacable a los "technicus".

El recibimiento que se tributó a los dos "technicus" fue en verdad muy caluroso. En la gran sala central del astropuerto esperaba una compañía de Patrulleros del Espacio, en uniforme de gala, y un representante del Gobierno Autónomo de Marte, junto con otras personalidades. Después de saludar efusivamente a Rizal y Björnson en nombre del gobernador y darles la bienvenida a Marte, el alto funcionario del Gobierno Autónomo les invitó a pasar revista a las fuerzas que les rindieron honores. Acto seguido, y en nombre del gobernador, impuso a ambos, la medalla de Servicios

Distinguidos. Luego añadió que si bien el gobernador, retenido por sus urgentes deberes oficiales, no había podido acudir personalmente a darles la bienvenida, como era su deseo, tendría mucho gusto en recibirlos, junto con los esposos Beltrán, en el edificio del Gobierno Autónomo, al día siguiente al mediodía.

Terminada la ceremonia, el funcionario —que dijo llamarse Mr. Keller— les anunció que les habían reservado habitaciones en el Marte Ritz y que él mismo les acompañaría muy gustoso hasta el hotel.

—¡Pero éste es un hotel de lujo! —exclamó Rizal, pensando en la cuenta.

—No se preocupen —respondió Mr. Keller—. El Gobierno Autónomo corre con todos sus gastos durante una semana. Considérenlo como una pequeña muestra de atención.

—Le estamos muy agradecidos —intervino Jorge— pero mi esposa y yo tenemos que trasladarnos lo antes posible a la región de la Gran Sirte, para reunimos con la misión arqueológica Rockefeller.

—Y yo aún tengo que ir más lejos —dijo Björnson—: A la Thaumasia, cerca del Polo Sur y casi en los antípodas. Tampoco puedo perder mucho tiempo aquí, pues mis compañeros del Observatorio me esperan con impaciencia.

—¡Ah! Perdón, me olvidaba —dijo el funcionario, rebuscando en un bolsillo interior de su chaqué—. Tenía que entregar este telegrama a la señora Beltrán. Se recibió hace algunos días en el Gobierno Autónomo.

Y, sacando una hoja de papel azul doblado, la tendió a Marga.

Todos se detuvieron —estaban a la puerta de salida de la gran sala central, rodeados de una multitud bulliciosa que iba y venía—cuando Marga, con el ceño fruncido rasgó el cierre del telegrama y lo desdobló. Pasando la vista por él, una súbita palidez se esparció por su rostro.

—No es posible... —balbuceó—. No puede ser.

—¿Qué pasa, Marga? —le preguntó Jorge, inquieto.

—Mi madre ha muerto —respondió Marga, tendiéndole el telegrama—. Y murió... el 17 de mayo... cuando iniciábamos prácticamente el viaje por el espacio... a la misma hora en que yo oí las dos llamadas misteriosas y apremiantes.

—Pero tu madre no era telépata —objetó Jorge.

—Pero fue ella... no hay duda... ¡Pobre madre!

Todos guardaron silencio, muy apenados.

—Vamos, Marga no nos detengamos aquí —dijo Jorge—. Acepta lo inevitable.

Y rodeando con el brazo los hombros de su esposa, se alejó en compañía de los demás.

Con las manos a la espalda y dando pensativas chupadas a su pipa, Lucius D. Clarke, Gobernador electo de la antigua colonia de Marte, recientemente miembro de la Comunidad de Naciones Planetarias, después de obtener su autonomía política —aunque para muchas cuestiones aún estuviese unida a la

Tierra en el orden administrativo—, paseaba de un extremo a otro de su espacioso despacho. Sus pies se hundían hasta el tobillo en la mullida alfombra de fibra sintética que imitaba la piel de oso y de vez en cuando se detenía ante, uno de los tres amplios ventanales, para contemplar los jardines del Palacio del gobernador, con sus surtidores, grupos escultóricos y estanques. En lo alto, el cielo azul pálido de Marte, cruzado por altísimas nubes violeta, se extendía más allá de la inmensa cúpula de plástico, hinchada como una burbuja.

Lucius D. Clarke era un hombre de media edad, perteneciente a una distinguida familia inglesa cuyos miembros se habían destacado en la literatura, la política y las artes. Era nieto del famoso Arthur C. Clarke, que a mediados del siglo anterior escribió importantes obras de anticipación sobre Marte, amén de obras de Astronáutica que a la sazón se consideraban clásicas. Marte, pues, había sido una tradición familiar para los Clarke y por lo tanto era natural que Lucius D. Clarke viese recompensada toda una vida de lucha en favor de los ideales marcianos y la autonomía del planeta rojo, con el alto puesto que entonces ocupaba al frente de sus destinos.

Era un hombre alto, delgado y nervioso, de cabellos plateados en las sienes y enérgica mandíbula de anglosajón. Vestía siempre a la última moda de Londres, pero no desdeñaba enfundarse en un traje del espacio y salir a explorar los fríos desiertos de Marte cuando era necesario hacerlo. Era la versión siglo XXI del clásico "gentleman" británico y, tras su exterior atildado, se ocultaban el temple y la astucia de un Lawrence de Arabia.

Eran las once y cincuenta y ocho minutos de la mañana y dentro de dos minutos recibiría en su despacho oficial a los "technicus" que habían salvado la astronave "Orión", que acudirían a cumplimentarlo en compañía del matrimonio Beltrán, "technicus" como ellos.

Aquel suceso había colocado en una delicada posición al gobernador. Los sentimientos "anti-technicus", si bien no muy vivos en la antigua colonia, tenían aún cierto peso, y por ello el gobernador decidió no comprometer su bien cimentada popularidad saliendo a recibirlos personalmente. Por otra parte, no quería mostrarse descortés con los salvadores de un millar y medio de vidas humanas y de una astronave valorada en muchos millones de créditos. Así es que optó por una solución de compromiso: envió a uno de los altos funcionarios del Gobierno Autónomo y concedió una audiencia de los "technicus" al día siguiente.

Sonaron unos discretos golpecitos a la puerta y Clarke se volvió, a tiempo de ver entreabrirse la puerta y asomar por ella la cabeza de miss Parkinson, su secretaria, una señorita ya cuarentona, seca y huesuda y que gastaba gafas de concha negra.

—Los visitantes, señor —dijo con tono indiferente—. ¿Los hago pasar?

—Sí, Joan, hágales pasar.

La cabeza desapareció y a los pocos segundos la puerta se abría de par en par y miss Parkinson se apartaba para franquear el paso a los cuatro

“technicus”, que venían acompañados de Mr. Keller, el obeso funcionario del Gobierno.

El gobernador Clarke vio ante él a cuatro personas de elevada estatura: una agraciada joven rubia, de ojos verdes, que, a pesar de su talla, era esbelta y de armoniosas proporciones; a su lado un apuesto joven trigueño, alto y un poco desgarbado, con una frente enorme y abultada de “technicus”; un chino —no, un filipino, se dijo— de gran estatura para su raza y por último un altísimo joven escandinavo, de hombros algo caídos y espalda ligeramente encorvada, La joven iba de luto riguroso y sus compañeros vestían sencillos trajes de calle.

El señor Keller hizo las presentaciones, mientras el gobernador les estrechaba cordialmente la mano. Luego les indicó con un gesto una mesita colocada frente a un amplio sillón de cuero y con dos o tres butacones a su alrededor.

—Sentémonos ahí... Ustedes me contarán su odisea y yo les invitaré a unas copitas...

Hizo una seña a miss Parkinson, que se había quedado de pie en el umbral.

—Bebidas, Joan.

Miss Parkinson desapareció, mientras ellos se dirigían al lugar indicado por el gobernador. Luego que todos se hubieron sentado, a los pocos instantes apareció un camarero con la librea del Gobierno Autónomo y cargado con una bandeja muy amplia, provista de vasos y copas. Cuando todos estuvieron servidos, excepto Marga, que rehusó la invitación, el gobernador, con una copa de “shanti” en la mano, tomó la palabra para decirles:

—Señores, señora, todos nos sentimos muy orgullosos de tenerles a ustedes en Marte. El capitán De Aragón estuvo ayer aquí y me hizo un relato detallado de lo sucedido, pero yo ahora desearía oírlo de labios de los propios protagonistas.

Rizal le hizo entonces un relato detallado de su intervención, procurando no sobrecargarlo con datos técnicos excesivos.

El gobernador escuchaba muy interesado. La fascinación que sentía por las cosas del espacio era algo proverbial. ¡No en balde era nieto de Arthur C. Clarke, pensó Jorge, al observar su expresión de intensa concentración!

El gobernador sólo interrumpió un par de veces el relato de Rizal para hacer atinadas preguntas que demostraban su gran conocimiento de la navegación interplanetaria.

Luego se volvió hacia Marga, una vez terminado el relato de Rizal:

—Señora, siento de veras la mala noticia que la esperaba al llegar a Marte. Reciba mi más sentido pésame.

—Gracias, señor gobernador —repuso Marga, visiblemente emocionada.

—¿Sabe usted cómo se produjo el fallecimiento de su madre?

—Un colapso cardíaco... Siento no haber podido estar a su lado en los últimos momentos.

Todos guardaron silencio, con la vista fija en el suelo.

De pronto Jorge preguntó:

—Dígame, señor gobernador, ¿qué ha sido de ese individuo... de Enrique Suárez?

El rostro del gobernador se ensombreció:

—De momento está detenido. Si ustedes no retiran su acusación, se le juzgará por intento de rapto. Además, el capitán De Aragón lo ha acusado de abuso de confianza y dolo. —Hizo una pausa antes de agregar—: Se trata de un verdadero indeseable. Su verdadero nombre es Miguel Casado. Es un aventurero nicaragüense que se procuró una falsa documentación para venir a Marte... con fines inconfesables.

—¿No se sabe cuáles eran? —preguntó Rizal.

—Más o menos. Sabemos que últimamente había recibido dinero de varias organizaciones "anti-technicus"... una de ellas el grupo neo-nazi de Basilea. Pero la naturaleza concreta de su misión es desconocida. Sea como fuere, no podrá realizarla, porque el gobierno de la Tierra nos ha solicitado su extradición y lo enviaremos en la primera nave que regrese al planeta materno.

—Entonces, el hecho de introducirse entre nosotros formaba parte de algún plan preconcebido —observó Jorge.

—Sin duda alguna —repuso el gobernador—. ¿Un cigarrillo?

Y, abriendo su pitillera de oro, les ofreció aromáticos "Capstan" ingleses.

En aquel momento entró miss Parkinson, quien, acercándose al gobernador, le susurró algo al oído.

Clark frunció el ceño y, levantándose, dijo a sus invitados:

—Les ruego que me disculpen un momento.

Y en compañía de miss Parkinson, salió del despacho.

A los pocos instantes regresó, pisando sin hacer ruido sobre la tupida alfombra. Pero esta vez no se sentó, sino que permaneció de pie, con las manos hundidas hasta los pulgares en los bolsillos de su elegante chaqueta de mezclilla gris oscura, cortada por el mejor sastre del Bond Street londinense.

—Señores, siento no poder seguir atendiéndoles. Me reclaman asuntos urgentes. Acaban de comunicarme que Miguel Casado, alias Enrique Suárez, acaba de escapar de su encierro, con la ayuda de elementos "anti-technicus" de la población, y que se ignora su paradero.

En el "Marte Ritz", el Gobierno Autónomo había reservado tres lujosas "suites" para Rizal, Björnson y los Beltrán. Las tres "suites" eran contiguas y se alineaban junto a un corredor del segundo piso. Eran los números 263 a 265, inclusive. A la hora de almorzar se reunieron los cuatro, después de dejar sus equipajes en sus habitaciones, en el salón comedor del hotel, primera categoría A con cuatro estrellas.

Entre los comensales reconocieron a algunos pasajeros de elevada posición que habían venido con ellos en la astronave interplanetaria y que correspondieron a su saludo con una amable inclinación de cabeza.

El "maitre" les acompañó personalmente a una mesa circular,

profusamente adornada con flores. Una vez estuvieron sentados, el “maitre”, deferente, les tendió la carta.

—Entremeses variados... consomé... —fue leyendo Jorge a media voz...—. Tarpoil con setas venusianas... pata de venado mechada con salsa “Gran Sirte”... filetes de lagarto del Mare Chronium.... —Interrumpiendo la lectura, Jorge exclamó—: ¡Pero esto es un ver dadero banquete. —Y prosiguió—: Luego, postres variados, seis tipos de vinos —shanti y champaña incluidos—, café y licores.

—¿Es la minuta del agrado de los señores?

—Algo excesiva, quizás —apuntó Marga—. Yo prescindo del venado.

—Recomiendo a la señora los filetes de lagarto —dijo el “maitre”, solícito —. Son una especialidad de la casa.

—Aunque ya sé que no es muy protocolario —dijo Rizal— a mí tráigame una cerveza con el tarpoil.

—Muy bien, señor —dijo el “maitre”, tomando nota.

En el mismo instante en que el “maitre” daba media vuelta para alejarse, Marga percibió la llamada telepática. Esta vez era clarísima y su origen no ofrecía dudas: el Instituto de Genética Experimental de Atlanta. En su cerebro resonaron fuertes y claras las palabras siguientes, pronunciadas por la voz mental de Arturo Lloveras:

“Marga... Marga... soy Arturo, desde Atlanta... Hemos estado tan ocupados últimamente, que no hemos podido prestaros atención... Además, sabíamos que de momento estabais en el espacio, viajando. Pero ahora ya debéis estar en Marte y conviene que sepáis inmediatamente lo que ha ocurrido, para que adoptéis las oportunas medidas de protección... El “technicus” suplente que el Dr. Gali designó para ir a Venus ha sido asesinado. Apenas puso su planta en el planeta, cayó en una emboscada que le tendieron unos grupos “anti-technicus” venusianos... Tememos que os pueda ocurrir algo parecido... a pesar de la magnífica hazaña que realizaron vuestros compañeros Rizal y Björnson, de la que ya estamos enterados por los tridinoticiarios... Esto ha sentado muy mal entre los grupos “anti-technicus”, quienes dicen que todo es una treta del capitán De Aragón para favoreceros, pues son harto conocidos los sentimientos humanitarios del capitán... De modo que precaveos y extremad las medidas de prudencia... Saluda a tus compañeros de nuestra parte. Animo y adelante.”

Marga contestó brevemente al mensaje telepático de Arturo, refiriéndole los últimos acontecimientos, la visita al gobernador y dándole sus señas actuales. Todo este intercambio mental, realizado en la dimensión misteriosa donde se desenvuelven los fenómenos parapsíquicos, al margen del Tiempo y del Espacio, no requirió prácticamente tiempo alguno apreciable. La comunicación telepática es instantánea... es algo así como el maravilloso universo de los sueños, donde las acciones se comprimen en un espacio increíblemente reducido, a pesar de que en el sueño parezcan poseer una extensión temporal.

Pero la PSI (nombre que dieron los investigadores del siglo XX a las facultades paranormales de que estaban dotados los seres humanos) se manifestaba con una potencia inusitada en los “technicus” y no sólo abarcaba fenómenos de conocimiento, sino que comprendía también modos paranormales de acción; es decir, casos en que la materia entraba en acción sin que existiese una explicación plausible del hecho, sino por medio de un influjo mental. Tales eran los fenómenos PK o de psicokinesis.

Y entre los cuatro “technicus” allí reunidos, había uno que poseía en grado extraordinario la facultad PK: Hjalmar Björnson.

El joven sueco poseía sólo en grado mediano la percepción extrasensorial, o ESP, pero era un extraordinario PK, hasta tal punto, que muchas veces hacía venir a él pequeños objetos situados a cierta distancia, para ahorrarse la molestia de ir a buscarlos. En cambio, Rizal era un ESP superlativo, que sobresalía en la clarividencia de hechos extrasubjetivos sin previas impresiones sensoriales, y en la presciencia al margen de inferencias lógicas. Así, cuando a los postres el camarero asignado a su servicio por el “maitre” les trajo un monumental pastel de manzanas terrestres, su mente extraordinariamente aguda y clarividente percibió una inminencia de peligro e inmediatamente sondeó el pastel, que el camarero acababa de dejar sobre la mesa. En su centro, perfectamente oculta por varias capas de riquísimo bizcocho, estaba una pequeña esfera: una bomba de superplástico, con un pequeño mecanismo electrónico que fijaba el momento de la explosión para... ¡dentro de diez segundos!

—¡Huid! ¡Ahí dentro hay una bomba! —exclamó, retirando precipitadamente su silla—. ¡Va a estallar!

Pero cuando pronunció estas últimas palabras, el pastel ya no estaba sobre la mesa. Había volado como una exhalación a través del ventanal abierto del amplio comedor —el clima uniforme y artificial de las cúpulas marcianas hacía innecesarios los postigos y las ventanas cerradas— y, ocho segundos después, se escuchó una terrible explosión fuera del hotel, que parecía proceder de un punto situado en lo alto.

Algunos comensales se levantaron, con semblante demudado y preguntándose qué había ocurrido.

Hjalmar sonrió, secándose el sudor de la frente.

—Aún me han sobrado ocho segundos —dijo—. Espero que la habré hecho explotar a suficiente altura para que resulte inofensiva.

Marga y Jorge, aún no repuestos de su asombro, se miraban desconcertados. Todo había sido cuestión de segundos. Rizal levantó su propia silla, que había derribado al levantarse precipitadamente y dijo, con talante sombrío:

—Atentado número uno... fallido. ¿Fallará también el número dos?

Todos se miraron, sin pronunciar palabra.

CAPITULO VI
LA MISION

Cuando Miguel Casado, alias “Enrique Suárez”, conocido en el mundo del hampa y en los centros de ocio y placer de medio mundo y de tres planetas, se encontró en libertad gracias a la ayuda de la organización clandestina neo-nazi que funcionaba en Marte, sabía

que su libertad era más ficticia que real, pues de todos modos se hallaba encerrado bajo una inmensa cúpula de cinco kilómetros de diámetro, que albergaba a Marstown.

La fuga se realizó sin dificultades. La organización que amparaba al elegante delincuente poseía fondos muy considerables y la cantidad destinada a sobornar a los dos guardianes de Casado —pues convendrá que ahora en adelante lo llamemos por su verdadero nombre— hubiera hecho tambalear los principios morales de funcionarios mucho más encumbrados que aquellos dos oscuros oficiales de Prisiones.

Así, la fuga no revistió dificultad. Pero la libertad conquistada había que mantenerla y conservarla. De esto se ocupaba también la organización. En un velocísimo monorrueda de tres plazas, Casado fue transportado a los suburbios de Marstown entre dos ceñudos y silenciosos acompañantes, que no pronunciaron ni media palabra durante todo el trayecto. En los suburbios de Marstown se hallaban instalados los tugurios, casas de juego y de placer, donde se burlaba a la Ley de muy diversas maneras, pues el hombre ha sido siempre un ser muy fértil en recursos para engañar a sus semejantes, pasando por encima de las leyes establecidas o, en su defecto, escurriéndose por debajo de ellas. En aquellos barrios de la capital marciana, pues, convivían y se daban cita los picaros y demás gente de vida airada, haciendo honor a unas tradiciones de la humanidad que, pasando por la Corte de los Milagros, los barrios bajos de una docena de grandes capitales y la Suburra romana, se remontaban a los mismos albores de la especie. Los acompañantes de Casado condujeron a éste a un garito llamado “Las Siete Estrellas”. Su dueño era un armenio llamado Abragiadan, un sujeto obeso, de cara siempre sudorosa y risueña, con escasos cabellos negros peinados en diagonal sobre su luciente calva, a la que permanecían adheridos mediante grandes cantidades de fijapelo. Vestía siempre trajes cruzados a rayas y calzaba deslumbradores zapatos de charol. Sus corbatas eran de seda y carísimas y en su centro lucía un alfiler rematado por un brillante gordo como una nuez, que hacía juego con el monumental brillante de su anular izquierdo.

Los dos esbirros que transportaban a Casado entraron con éste en el despacho de Abragiadan, situado en el fondo del garito, después de las tres salas de juego, desiertas a la sazón.

El armenio, en realidad, era el jefe de la organización clandestina en Marte y a él hubiera tenido que presentarse Casado, de haber llegado felizmente al planeta rojo.

Contrariamente a su costumbre, Abragiadan lo recibió con semblante hosco, sin aceptar la mano que le tendía Casado. Luego ordenó secamente a sus dos matones que se quedasen a vigilar la puerta, para que nadie los interrumpiese. El despacho de Abragiadan era de reducidas dimensiones y contenía numerosas fotografías de artistas del tridi y de la escena, con afectuosas dedicatorias, pues antes de dedicarse a sus actuales ocupaciones, el armenio había sido una figura del mundo del espectáculo, por el que sentía una irresistible nostalgia. Sin embargo, a raíz de un escándalo financiero de grandes proporciones, en el que él se vio mezclado junto con una estrella conocidísima y un político francés de nota, las autoridades terrestres lo obligaron a expatriarse, asignándole una residencia vigilada en Marte... que no le impedía dedicarse al juego, la trata de blancas y sus inconfesables actividades de conspirador a sueldo —a muy buen sueldo— de los neo-nazis de Basilea.

Sentándose ante su mesa de ébano bruñido, sacó uno de los cuatro cigarros que llevaban en el bolsillo superior de su chaqueta cruzada y, sin ofrecer otro a Casado, le indicó con un ademán que se sentase en una de las dos butacas que había frente a la mesa. Luego arrancó con los dientes la punta del cigarro, la escupió a un lado y procedió a encenderlo calmosamente, con su encendedor atómico de mesa, adornado por un zafiro.

Entre tanto, sentado en la butaca, Casado lo contemplaba en silencio, con las mandíbulas contraídas por la ira.

Por último el armenio se decidió a dirigirle la palabra:

—De momento, ya nos cuestas cincuenta mil créditos. ¿Cómo justificaré esta suma a Basilea? Además, ya se ha dado la alarma y la bofia está sobre aviso.

Casado hizo un gesto iracundo:

—¿Yo qué quieres que te diga? ¿Cómo podía sospechar que ese filipino me descubriría y sabría que no soy un “technicus”? Hasta ahora, todos se lo han tragado, siempre que me lo he propuesto.

—La culpa fue tuya y solamente tuya, Casado —repuso fríamente Abragiadan—. ¿Te crees que no estamos enterados de tus actos y palabras a bordo del “Orión”? Hubieses empezado por comportarte como un “technicus”, nada de esto hubiera sucedido.

—¿De modo que teníais espías a bordo de la astronave, eh?

—El propio camarero que te servía todos los días nos informó de tus palabras jactanciosas, las miradas que dirigías a la señora Beltrán y tus frívolos comentarios. No basta con parecer un “technicus” en lo físico... hay que hablar como si se fuese uno de ellos. Y para acabar de enredar las cosas, ese estúpido intento tuyo de seducir a la señora Beltrán, para demostrarte que eras hombre, sin duda... Afortunadamente, ocurrió entonces el accidente...

—De modo que el camarero... —musitó Casado.

—Sí, el camarero. Y lo que dijo acerca de su pretendida simpatía por los “technicus’’ era falsa, por supuesto, Es uno de los mejores agentes que tenemos a bordo del “Orión”... mucho mejor que tú, desde luego, y que no nos cuesta tanto dinero. Empiezo a creer que los de Basilea se han equivocado al escogerte. Tu única utilidad consistía en hacerte pasar por un “technicus”, pero ahora eso ya no sirve. Dime, ¿qué vamos a hacer de ti?

Y se acarició pensativo la barbilla, mientras lo miraba fijamente.

Casado se meneó, inquieto. La expresión del astuto armenio no le agradaba en absoluto. Aquel hombre era más frío que una cobra y más despiadado que Herodes.

—Podríamos haber dejado que te pudrieras en la prisión, pero sabías demasiado. Aunque el veneno hubiera resultado más eficaz, y sobre todo más barato.

Y en su rostro apareció su habitual expresión risueña.

—Vivo, no nos traes más que complicaciones —agregó—. Estoy empezando a pensar seriamente que la mejor solución sería liquidarte.

Un escalofrío recorrió la espalda de Casado y notó un sudor helado en las palmas de las manos. Sabía que el armenio no bromeaba y que era muy capaz de hacer lo que decía. Cuando se tienen varios asesinatos sobre la conciencia, uno más no importa.

Con voz nerviosa, repuso:

—Te equivocas, Abragiadan... Vivo te seré más útil que muerto. Existe una solución muy sencilla, en la que no sé si habrás pensado, para que recupere plenamente mis... facultades, por decirlo así.

—¿Cuál es? —preguntó imperturbable el armenio, dando chupadas a su cigarro—. Tiene que ser muy buena, Casado, o de lo contrario tu carrera terminará dentro de muy poco. Aunque no se perderá nada, te lo aseguro.

Y sonrió de su propia gracia.

—Antes, contéstame a una pregunta: ¿Cuántos “technicus” viven en Marte?

Sin vacilar, Abragiadan respondió:

—Dos mil ochocientos veintisiete. Aproximadamente un poco más de la mitad son varones.

—Bien —dijo Casado—. Entre éstos, habrá sin duda un hombre que tenga más o menos mi estatura y mi conformación física.

—Sí —repuso el armenio—. ¿Para qué?

—Para suplantar su personalidad —repuso Casado—. Vosotros lo suprimís a él en vez de a mí y yo ocupo su puesto, después de pasar por vuestro Instituto de Belleza, donde me convertiréis en su doble exacto. No creo que esto sea tan difícil. Conviene que el sujeto elegido sea soltero y viva solo, a ser posible.

—Además, que tenga una ocupación que yo también pueda desempeñar. Buscando un poco, creo que se puede hallar un sujeto que reúna esas

condiciones. Así se cumple una doble finalidad: yo desaparezco sin dejar rastro, burlando a los sabuesos del gobernador, y surge un nuevo agente secreto de la organización, incrustado entre los “technicus”.

Abragiadan reflexionó, dando pensativas chupadas a su carísimo habano, y con la vista perdida en el espacio.

—Sí —dijo por último—. El plan es factible y tal vez nos permita resarcirnos en parte del dinero que EOS has costado. Ese sujeto existe. Lo elegiremos y tú suplantarás su personalidad.

Una astuta sonrisa plegó su boca de carnosos labios. Sacando otro cigarro del bolsillo de la chaqueta, lo tendió a Casado.

—Toma —le dijo—. Fuma.

Casado lo tomó con mano temblorosa, y una sonrisa plegó también sus labios.

—Gracias, jefe —dijo y acto seguido procedió a encenderlo, utilizando el encendedor atómico de la mesa. Luego agregó—: ¿Y qué planes hay para esos cuatro “technicus” que hicieron el viaje conmigo?

Abragiadan consultó su cronógrafo de pulsera, de oro y rodeado de brillantes.

—Dentro de poco se sentarán a la mesa. Nuestros agentes del “Marte Ritz”, hotel donde el gobernador los ha alojado, les están preparando en estos momentos un postre que será muy de su agrado... Pastel de manzanas “á la bombe de superplastique...” Aunque mucho me temo que se les va a indigestar.

Ambos rieron.

Poniéndose súbitamente serio, Abragiadan añadió:

—En efecto, hay que liquidar a esos tipos. Son muy peligrosos. Tengo informes de la Tierra según los cuales los envía una organización de “technicus”, cuya sede aún no hemos podido descubrir. Lo supimos por el hermano —normal— de un tal Hiniesta. Este es miembro al parecer de su organización y se confió demasiado a su hermano, sin saber que estaba en contacto con nosotros.

—¿Todos ellos? —preguntó Casado.

—No... al parecer, sólo los esposos Beltrán. Pero no se perderá nada con que desaparezcan también el filipino y el sueco... Dos “technicus” menos, ¿no te parece?

—Sí, dos “technicus” menos —asintió Casado—. En total, cuatro...

El atentado frustrado contra los cuatro “technicus”, que en aquellos momentos gozaban de una enorme popularidad entre la población de Marte, produjo una gran indignación.

Aquella misma larde se celebró una rueda de Prensa en el hotel, pues los informadores de los siete periódicos marcianos deseaban ofrecer a sus lectores una versión de primera mano del emocionante salvamento del “Orión”.

Al día siguiente, toda la prensa marciana publicaba en primera plana las entrevistas con Rizal y Björnson, mencionando también a los esposos Beltrán

y dedicando enérgicas frases de condena a los autores del traidor atentado. Los sentimientos anti-technicus nunca habían sido muy vivos en la antigua colonia, donde los "technicus" eran muy apreciados por sus grandes dotes y capacidad de trabajo, tan necesarias en un planeta aún en plena explotación.

La policía tomó inmediatamente cartas en el asunto, consiguiendo detener a unos de los presuntos autores del atentado... un repostero llamado Williams, de antecedentes neo-nazis y que trabajaba en el hotel. Estrechado a preguntas, el repostero se encerró en el mutismo más absoluto, negándose a delatar a sus cómplices. Entretanto, la fuga de Casado había puesto en conmoción a todas las fuerzas de seguridad marcianas. Se organizó una batida en los barrios bajos de la capital y entre los lugares de mala fama visitados, se hallaba el garito de Abragiadan. El armenio recibió sonriente a los inspectores de policía, a los que con frases zalameras invitó a visitar todo su local, de los sótanos a la azotea. Pero Casado no se encontraba allí, ni en parte alguna de los lugares visitados. Parecía habérselo tragado la tierra.

Aquella misma tarde, terminada la rueda de Prensa, llamaron desde el Palacio del Gobernador al "Marte Hotel". Jorge y Marga se hallaban descansando en sus habitaciones, cuando llamaron con los nudillos a la puerta.

Abrió Jorge.

Eran Rizal y Björnson.

—Acaba de telefonearme el gobernador —dijo Rizal— para decirme que lamenta mucho lo sucedido y que se adoptan inmediatamente las necesarias medidas de seguridad hacia nuestras personas. Entre ellas, figura una escolta permanente... cuya llegada me anuncia para dentro de diez minutos.

A los diez minutos, en efecto, se situaban estratégicamente varios agentes en el vestíbulo del hotel y el corredor del segundo piso, con la misión de detener a cualquier persona sospechosa que pretendiese acercarse a los cuatro "technicus" o a sus habitaciones.

Así transcurrió aquella semana, sin que ningún nuevo incidente viniese a turbar la paz y el bien merecido reposo de los cuatro amigos. Terminada la semana, visitaron de nuevo al gobernador, para darle las gracias por las atenciones recibidas y luego cada cual se dispuso a incorporarse a su destino. Rizal se quedaba en la Universidad Laboral de Marstown; Björnson tomaría el día siguiente el reactor transcontinental que lo llevaría al observatorio astronómico de la Thaumasia, que hacía escala en la Gran Sirte, donde desembarcarían los Beltrán, quienes lo acompañarían hasta allí para incorporarse a la Misión Arqueológica Rockefeller.

El reactor estratosférico CLM-37, de las Líneas Aéreas de Marte, era un modernísimo aparato Heron-Havilland recientemente adquirido por la compañía en Inglaterra. Poseía capacidad para ciento cuarenta pasajeros, más la carga y equipajes y, en la tenue atmósfera marciana, compuesta principalmente de nitrógeno, podía alcanzar un techo de cuarenta mil metros, gracias a la sustentación que le proporcionaban sus alas en delta. El poderoso

turborreactor esperaba en la pista de despegue del astropuesto, situado fuera de la cúpula transparente. El pasaje realizaba su acceso al mismo mediante un sistema parecido al que se seguía con las astronaves: tubo flexible, formado de secciones anilladas, que empalmaban perfectamente con el "airlock" del avión y las compuertas del astropuerto, el cual tenía comunicación directa con la ciudad.

El vuelo hasta la Gran Sirte se realizó sin incidentes. A bordo del reactor, los pasajeros se hallaban servidos por seis azafatas y cuatro camareros, dos de ellos "technicus", que circulaban por los cuatro pasillos longitudinales de la espaciosa astronave, atendiendo los menores deseos de los pasajeros. A Jorge le sorprendió un poco que dos de los camareros fuesen "technicus", pues los miembros de la nueva especie humana, de tan privilegiadas facultades, no solían ocupar puestos subalternos ni ejercer empleos serviles. Sin embargo, no concedió al hecho mayor atención. ¡Incluso entre los "technicus" había categorías, después de todo!

Cuando se hallaban volando sobre la porción septentrional de Hesperia, oprimió el timbre del brazo de su sillón para llamar al camarero que atendía a su pasillo.

Este era precisamente uno de los dos "technicus", un joven alto y apuesto, rubio pero de ojos oscuros.

—Una botella de agua mineral, por favor —le pidió.

—Al instante, señor —repuso el camarero.

Mas en lugar de alejarse, miró fijamente a Marga. Esta, notándose observada, levantó la mirada hacia él.

Inmediatamente el camarero se alejó.

—¿Te has fijado, Jorge? —dijo Marga.

—¿Que si me he fijado? ¿En qué?

—En ese camarero. Me miraba de un modo que... No sé, no es natural. Dejémoslo.

Jorge se encogió de hombros.

—Desde lo del pastel de manzanas te has vuelto muy desconfiada, Marga. No irás a suponer que ese camarero sea un agente de ellos. Si intentase algo, no lo haría precisamente a bordo del avión. Eso equivaldría a un suicidio. Además, no olvides que aún tenemos a nuestros guardaespaldas.

E indicó con la cabeza a los asientos posteriores, donde se sentaban Björnson y los dos agentes de Seguridad que el gobernador les había asignado para su custodia, hasta que se hallasen sanos y salvos en sus respectivos puntos de destino. Una vez allí, las fuerzas locales asumirían la misión de protegerlos, ejerciendo una discreta vigilancia a su alrededor.

—¡Oh! —exclamó Marga—. ¡Fíjate en eso!

E indicó el espectáculo que se divisaba por la ventanilla del crucero estratosférico.

A cuarenta kilómetros por debajo de ellos, una gigantesca tempestad de arena barría los bordes de Hesperia, procedente del inmenso desierto rojizo.

Las nubes de arena avanzaban en un amplio frente, impelidas por un viento veinte veces superior en fuerza al más violento simún de la Tierra. La tempestad de arena formaba una inmensa nube sobre el desierto marciano; una nube semejante a la observada por los astrónomos del siglo anterior y bautizada con el nombre de "nube amarilla". Entre el avión y el suelo, a más altura y flotando en la tenue atmósfera del planeta, se veían varias nubes azules, finas y alargadas, constituidas por diminutos cristales de hielo. Eran las ocho y media de la mañana y el sol, que brillaba sobre el horizonte oriental del planeta, de un tamaño aparente bastante menor que el que se veía desde la Tierra, iluminaba nítidamente los contornos de la enorme nube de arena, que avanzaba a una velocidad de doscientos kilómetros por hora.

—¡Imagina que estuviésemos ahí abajo! —comentó Marga.

—En un jeep estanco, nada nos ocurriría —repuso Jorge—. Vete acostumbrando a la idea de hacer largas excursiones por el desierto marciano con esos chismes, a la búsqueda de civilizaciones perdidas.

—¿Pero yo también tendré que acompañarte? —preguntó Marga, sonriendo—. ¿No me dejarás en casa pintando y componiendo?

—No siempre. Alguna vez también tendrás que acompañarme, para inspirarte contemplando las ruinas del pasado marciano. Te aseguro que el viaje en uno de esos jeeps es muy cómodo y nada puede ocurrimos. Estaremos más seguros allí que en el "Marte Ritz". Allí no creo que nos den pasteles con sorpresa.

En aquel momento oyó la voz de Björnson, que lo llamaba:

—¿Has terminado de leer el periódico, Jorge? —preguntó.

—Sí, Hjalmar —repuso Jorge—. ¿Lo quieres?

—Sí, pero no hace falta que te molestes en dármelo.

El periódico, que estaba doblado sobre las rodillas de Jorge, dio un buen brusco salto, y, pasando sobre la cabeza del joven, describió un elegante arco sobre el respaldo de su asiento, para ir a caer en las manos tendidas del sueco. Tomándolo, éste lo desplegó y se enfrascó en su lectura como si tal cosa.

Pronto fueron visibles desde el avión las construcciones prefabricadas que constituían la Misión Arqueológica Rockefeller. Esta se hallaba instalada en la Gran Sirte, en su parte occidental y a orillas de una de las numerosas depresiones marcianas, que formaban ciénagas y marismas de escasa profundidad, últimos restos de sus mares en regresión. Pues la orografía marciana sólo presentaba dos rasgos distintivos; mejor dicho; tres: inmensos desiertos de arena rojiza, en los que abundaban las combinaciones de óxidos y compuestos de hierro y sílice; zonas más oscuras, formadas por ligeras depresiones en las que se depositaba el agua que permitía la subsistencia de la flora marciana —representada por algas, hongos y otras talófitas, amén de musgos y algunos líquenes—, y los dos casquetes polares, recubiertos de una fina costra de escarcha y hielo, y de los que, al fundirse dicha costra en primavera, irradiaba la famosa "ola verde" que tanto había intrigado a los astrónomos del siglo XX y que, como había apuntado acertadamente Slipher,

se debía a la propagación estacional de “una especie de vida vegetal propia de Marte.

En cuanto a las montañas, eran prácticamente inexistentes en el planeta rojo. La obra de erosión atmosférica, consumada en el transcurso de los siglos, las había reducido a simples eminencias redondeadas que apenas se alzaban un centenar de metros sobre el terreno circundante.

Pero hubo un tiempo en que Marte era un mundo vivo, con altivas montañas y cordilleras, mares surcados por centenares de naves y una atmósfera rica en oxígeno y vapor de agua, cruzada por veloces aparatos voladores. Ello ocurrió antes de que en la Tierra el Hombre anduviese en posición erguida... hacía millones de años. Pero los seres que crearon una floreciente civilización marciana eran también humanos y cuando el oxígeno y el vapor de agua empezaron a escaparse hacia el espacio interplanetario en cantidades apreciables y la vida se hizo inhóspita en Marte, ellos se adaptaron e iniciaron la construcción de una gigantesca red de canales —cuya presencia señaló el astrónomo terrestre Schiaparelli en 1877— para llevar el agua a las regiones desecadas del planeta y para luchar contra el avance incesante del desierto.

Muchos años antes, un grupo de exploradores partió hacia aquel brillante planeta azul, que los astrónomos marcianos llamaban Thul y que brillaba esplendoroso en el cielo nocturno. Mandaba la expedición Osir y su hermana-esposa Is (los matrimonios incestuosos eran norma entre las clases altas de Marte). Desembarcaron de su nave espacial en un desierto, en el que construyeron un canal y fundaron una dinastía, cuyos reyes llevaron el título de “Defensores del Canal”; educaron y civilizaron a los hombres de la región y así nació el Egipto de los Faraones, señores de las Dos Tierras y que a su muerte regresaban al país de Os-ir (al que pronto llamaron Osiris) en la nave celestial del Dios. Los faraones, descendientes de Os-ir, conservaron en la Gran Pirámide todo el saber cosmogónico de sus antepasados del planeta Rojo, aunque el recuerdo de su origen ya se perdiera en las primeras dinastías, siendo preservado únicamente por los sacerdotes de Heliópolis.

Pero Marte agonizaba ya, y sólo otras dos expediciones pudieron llegar a Thul: una, mandada por Vircox y su esposa-hermana; desembarcó en una isla del lago que los indígenas llamaban Titicaca y fundó Tiahuanaco, ciudad de los dioses. La otra nave, que partió de Marte mucho más tarde, se estrelló en la parte boreal de Thul, en el año 1908 según el cómputo de aquel planeta y en la región siberiana de la Tunguska...

Las primeras expediciones terrestres a Marte, realizadas en la última década del siglo XX, comprobaron la realidad de los canales y que éstos eran colosales obras de ingeniería, construidas por una raza antiquísima. La anchura uniforme de los canales era de 8 kilómetros y partían de unos centros llamados convencionalmente “Oasis”, para desparramarse sobre toda la superficie del planeta. A ambos lados de los canales, se extendían zonas fértiles irrigadas por un sistema automático de albercas y diques con

compuertas, que aún seguían funcionando, pese a los miles de años transcurridos desde su construcción. En realidad, cada canal marciano era un gigantesco Nilo, con un valle mucho más amplio que el del río egipcio.

Pero lo que más sorprendió a los arqueólogos que figuraban en las primeras expediciones, fue la presencia de numerosas "pirámides escalonadas", semejantes a la de Sakkara, en las márgenes de los canales. Estas pirámides eran tumbas, como muy acertadamente se supuso desde el principio, y ofrecieron un rico ajuar funerario, junco con momias humanas en sarcófagos antropomórficos idénticos a los egipcios. El pasmo que esto produjo en los medios científicos de la Tierra no es para descrito. Entre aquellas primeras expediciones se encontraba un arqueólogo español, relativamente joven a la sazón: el profesor Demetrio Santamaría, quien consagró su vida, a partir de entonces, al estudio de la que él mismo bautizó con el nombre de "cultura de la Gran Sirte", pues en esta región marciana fue donde con más abundancia se hallaron los enterramientos escalonados del tipo descrito. En 1996 vio la luz el primer tomo de la obra monumental del profesor Santamaría sobre la cultura sirteana, bajo el título de: "Relaciones de la cultura de la Gran Sirte con el Egipto de las primeras dinastías". A esta obra siguió el segundo tomo, titulado: "El mito osiríaco y su trasfondo histórico marciano".

Pero lo que más sorprendía al sabio español y a los demás investigadores que estudiaban la cultura de la Gran Sirte, era no hallar su centro de dispersión. Las tumbas escalonadas, los edificios cuadrangulares del tipo mastaba que jalonaban las orillas de los canales, y los propios canales, parecían haber surgido de la nada. ¿Dónde estaban la ciudad o ciudades desde donde se irradió aquella espléndida cultura que llegó a conquistar el vuelo espacial, a construir los satélites artificiales llamados Fobos y Deimos por los terrestres, y que incluso envió expediciones interplanetarias a la lejana Tierra? ¿Dónde estaba la capital de Marte? Este era uno de los objetivos —el principal tal vez— que se proponía la Misión Rockefeller y al cual Jorge Beltrán aportaría todas sus energías.

Con un silbido de sus reactores, el potente avión estratosférico de las Líneas Aéreas de Marte se posó en la larga pista de cemento que se extendía a un lado de los edificios estancos de la Misión, deteniéndose finalmente ante un enorme gasómetro esférico, con capa cidad para dos millones de metros cúbicos de gas, que almacenaba las reservas de oxigeno de la colonia.

Esta vez el transbordo de los cuatro pasajeros que se quedaban en aquella escala del avión —además de Marga, otras dos personas iban a quedarse en la Misión Rockefeller— no se efectuó de la forma acostumbrada, sino que se acopló un pequeño "sas" al "airlock" del avión, a través del cual los cuatro pasajeros transbordaron a una furgoneta del desierto tipo "Weaver", provista de tracción de oruga. Con cierta sorpresa, Jorge y Marga vieron que uno de los que desembarcaban era el camarero que los había servido en el avión, vestido ahora con una chaqueta oscura. El otro era un caballero desconocido,

alto y de media edad, bigote rubio como su pelo y tez sonrosada de anglosajón.

—¿Usted por aquí? —preguntó Jorge al camarero, cuando los cuatro se hubieron acomodado en los asientos posteriores del “Weaver”.

—En la Misión necesitaban un camarero —repuso el interpelado—. Yo me ofrecí, y me aceptaron. Prefiero trabajar en tierra que en el avión.

—Pero yo creía que estaba usted al servicio de la compañía de Aviación —observó Marga—. ¿No fue usted quien nos sirvió?

—En efecto, señora. Pero mi contrato expiró anteayer. Si hoy les serví, lo hice voluntariamente, para ayudar a mis tres compañeros, pues había mucho pasaje.

Después de cambiar estas palabras, los tres guardaron silencio. El caballero de rostro rubicundo permanecía sentado, con una pipa apagada entre los dientes, contemplando con expresión irritada un rótulo en el que, en letras rojas, podía leerse: NO SMOKING. El coche-oruga de la Misión, después de que sus dos tripulantes —el conductor y el mecánico— hubieron cerrado la compuerta neumática y recogido el “sas” de acceso plegable, se alejó de la pista de aterrizaje en dirección a la hilera de edificios achaparrados que constituían la misión arqueológica. Entretanto, el poderoso turborreactor daba lentamente la vuelta, según pudo ver Jorge por la ventanilla posterior del “Weaver”, para enfilar nuevamente la pista de aterrizaje, que entonces iba a convertirse en pista de despegue. Cuando estuvo en la posición deseada, sus seis motores tronaron simultáneamente —el sonido les llegó con claridad a pesar de la tenue atmósfera marciana y la gruesa plancha de acero que formaba las paredes del coche-oruga—, y partió como una flecha, para lanzarse casi verticalmente hacia el espacio, después de recorrer unos centenares de metros…

El caballero desconocido que iba con ellos en el coche se volvió de pronto.

—¿Saben ustedes si permiten fumar en la Misión? —les preguntó, sin dirigirse a ninguno de los tres en particular.

—No lo sé, pero supongo que sí —repuso Jorge—. ¿Lo sabe usted? —preguntó a su vez al camarero.

—Sí... dejan fumar, se lo aseguro —repuso éste con aplomo.

—Perdonen, no me he presentado —dijo el caballero desconocido—. Gomo supongo que vamos a convivir ahí algún tiempo, voy a hacerlo ahora: Cyril Heathfield, ingeniero electrónico.

Y les tendió la mano, que ellos estrecharon.

—Mucho gusto, Mr. Heathfield —dijo Jorge—. Yo soy Jorge Beltrán, en estos momentos arqueólogo, y ésta es mi esposa Marga.

—José Fernández, para servirles —dijo el camarero rubio.

—Tanto gusto.

—Por lo que veo, ustedes tres son “technicus” —dijo Mr. Heathfield.

Lo dijo sin ninguna entonación particular, como si se limitase a constatar un hecho que saltaba a la vista.

Ellos asintieron.

—Dígame, Mr. Heathfield —preguntó Jorge—. ¿Qué va a hacer un ingeniero electrónico como usted a una Misión arqueológica?

Mr. Heathfield esbozó un ademán vago con la mano.

—Oh, no todo es arqueología en la Misión Rockefeller —dijo—. Tienen un calculador digital y luego aparatos muy delicados para efectuar distintas mediciones... contadores Geiger, detectores de metales y un laboratorio muy completo para análisis de todas clases, incluida la datación por el método del carbono 14.

—Oh, sí, debiera haberlo pensado —repuso Jorge—. A veces, los “technicus” no somos tan inteligentes como dice la fama.

—Sí, lo son —dijo Mr. Heathfield, sonriendo—. Lo que pasa es que, como todos los sabios, son distraídos. La distracción denota precisamente inteligencia, no la falta de ella. Sólo los necios pretenden fijarse en todo y saberlo todo... porque su espíritu no se halla embargado por preocupaciones elevadas, como les sucede normalmente a los sabios.

—Tiene usted razón —asintió Marga.

En estos dimes y diretes llegaron a la puerta de uno de los edificios de la Misión. Decir que llegaron ante la puerta es un eufemismo; en realidad, el coche-oruga se situó paralelamente a la fachada de la construcción y de su lado se proyectó el tubo de acceso extensible, de 1,20 m. de diámetro, que, mediante los electroimanes de que estaba dotado en su borde encajó perfectamente en el borde circular del “airlok” de entrada. Una vez efectuada la conexión y asegurado el tubo mediante grapas automáticas, sonó un timbre en el interior del edificio y el “sas” se llenó inmediatamente de aire. Muy agachados, a causa del pequeño diámetro del tubo, los cuatro recién llegados fueron saliendo del “Weaver”, precedidos por el conductor y seguidos por el mecánico.

Traspuesta la compuerta neumática de entrada, se encontraron en presencia de un joven alto, “technicus” como ellos, que los recibió sonriendo amablemente.

—¿Cómo están? —les dijo—. ¿Han tenido buen viaje? Soy Richardson, ayudante del profesor Palmer. ¿Qué tal, Mr. Heathfield? Y usted es el nuevo camarero, ¿verdad? Tengan la bondad de seguirme todos.

Se hallaban en un reducido vestíbulo de paredes de cemento, iluminado por un anticuado tubo fluorescente. De una pared pendían varios trajes del espacio sobre los cuales, en un estante, se alineaban los respectivos cascos globulares. No había nada más en la estancia de cemento, salvo la compuerta metálica del “sas”, provista de un volante en su centro y que recordó a Marga la escotilla de un submarino.

Abandonando la desnuda estancia, Richardson los precedió por un corredor iluminado también por tubos fluorescentes y por último se detuvo ante una puerta sobre la que podía leerse: PRIVATE.

Llamó discretamente con los nudillos y una voz repuso:

—Adelante.

Richardson abrió la puerta y penetró en una estancia provista de una gran mesa en el centro y, en torno a las paredes largas estanterías de madera sin pintar —artículo carísimo y de importación en Marte—, en las que se alineaban multitud de cachivaches, pedruscos, fragmentos de cerámica y estatuillas. La mesa se hallaba cubierta de libros, papeles y más trozos de cerámica y tras ella se sentaba un caballero alto, de pelo escaso y entrecano, nariz aguileña y tez muy pálida. Sus ojos, enrojecidos y cansados, les miraban por encima de vinas gruesas gafas de concha. Un leve bigotillo apenas perceptible cubría su labio superior. Vestía un traje bastante usado, marrón oscuro, pero limpio. Cuando los vio entrar se levantó.

—Mr. Palmer, le presento a los recién llegados a la Misión. Señores, señora, éste es Mr. Palmer, nuestro director... los esposos Beltrán, Mr. Heathfield, el ingeniero electrónico y José Fernández, el nuevo camarero.

A todos ellos saludó el profesor Palmer con igual deferencia y sin hacer ninguna clase de distingo.

—Bienvenidos a la Misión —les dijo—. ¿Han tenido buen viaje?

Todos respondieron afirmativamente.

—Mr. Heathfield, le esperábamos a usted la semana pasada. ¿Qué ocurrió?

Mr. Heathfield hizo un gesto de embarazo.

—A última hora surgió una complicación y tuve que quedarme unos días más en Marstown.

—Bien, bien—. Entonces se volvió hacia el camarero—. José, ahora le acompañará el señor Richardson a su alojamiento. ¿Viene dispuesto a trabajar en seguida? Nos hacía usted mucha falta.

—No faltaba más, Dr. Palmer —repuso Fernández.

Sólo entonces el Dr. Palmer dedicó su atención a Marga y Jorge.

—¿Cómo está el profesor Santamaría? —les preguntó.

—Muy bien —repuso Jorge— me ha pedido que lo salude efusivamente en su nombre.

—Gracias. —Hizo una pausa mientras se acariciaba pensativo la barbilla —. Le vi por última vez hace siete años, en el Congreso Internacional de Roma. ¿Aún sigue tan animoso?

—Como siempre —contestó Jorge.

—Casi a cada nave de la Tierra recibo carta suya. Y yo le escribo con la misma asiduidad. —Miró a Marga—. Veo que su esposa va de luto. ¿Ha perdido a algún familiar?

—A mi madre —repuso Marga.

—Lo siento, señora.

Reinó un momento de silencio. Luego el profesor Palmer miró hacia las estanterías.

—Todo ese material está por clasificar —dijo—. Le espera un buen trabajo, Dr. Beltrán.

—¿No se prepara alguna expedición al desierto, profesor? —preguntó

Jorge.

—Pudiera ser, pudiera ser —contestó éste, enigmático. Dirigiéndose a Richardson, agregó—: Michael, acompañe a los señores a sus respectivos alojamientos. Y usted —añadió, volviéndose hacia Jorge— pase a verme dentro de una hora. Hay que empezar a trazar el plan de trabajo. Encantado de saludarles, señores, y hasta la vista.

Y con estas palabras los despidió, mientras Richardson los acompañaba hacia sus alojamientos.

Empezó entonces una vida rutinaria para Marga y Jorge. El matrimonio Beltrán se había hecho enviar de la Tierra el cromógrafo de Marga, que había llegado a la Misión Rockefeller cinco días antes que ellos y estaba ya instalado en la habitación que ella convertiría en su estudio. El aparato, desmontado, había efectuado el viaje con ellos en el "Orión" y por suerte no recibió daños en el choque con el meteorito. Marea comprobó inmediatamente su funcionamiento y, después de hacer dos o tres pequeños ajustes, empezó a interpretar y componer, olvidándose por completo de deshacer el equipaje.

Jorge se encargó de esta tarea. Les habían asignado un dormitorio con dos camas, coquetonamente decorado, con cuarto de baño adjunto, y un pequeño living. El comedor de la Misión era colectivo, como les informó el servicial Richardson, y en él se reunían tres veces al día las diecisiete personas que componían la Misión que, con ellos cuatro, ascenderían a veintiuna.

El trabajo no era abrumador, pero más bien resultaba monótono. La parte de la Arqueología que menos atraía a Jorge era precisamente la clasificación de materiales. En cambio, le fascinaban las excavaciones en los yacimientos arqueológicos... la emoción del descubrimiento... de poder acariciar con las manos un objeto que había permanecido miles de años oculto a la mirada de los hombres. Pero a todas sus preguntas acerca de una expedición al desierto, el profesor Palmer respondía con evasivas: "Tal vez... más adelante... ya veremos... es posible..." Jorge se armaba de paciencia y seguía inclinado sobre los fragmentos de cerámica, recomponiendo las vasijas rotas y clasificando el ajuar funerario y pegando etiquetas a todas las piezas.

Marga, algunas veces, iba a ayudarle en esta tarea, en la que pronto llegó a adquirir gran destreza; hasta tal punto, que su ayuda era acogida con agrado por el profesor Palmer, quien la animó para que se dedicase a la Arqueología.

Hasta que de pronto un día, sin el menor preámbulo, el profesor Palmer espetó estas palabras a Jorge:

—Dr. Beltrán, prepare usted un pequeño neceser de viaje. Mañana a las seis de la mañana salimos de expedición.

Jorge no pudo evitar un respingo de sorpresa y casi se le cayó de las manos la vasija que estaba recomponiendo.

—¿Hacia dónde, profesor?

—Hacia el Sur... a ver si por fin damos con ella.

—¿Se refiere usted a la ciudad perdida?

—Sí, a ella misma —repuso el profesor Palmer con irritación—. En alguna

parte tiene que estar.

—A menos que la hayan cubierto las arenas del desierto... —observó Jorge.

—¿Por qué el desierto no cubrió también las pirámides y las mastabas? En mi opinión, la ciudad tiene que hallarse en un oasis. Esta vez exploraremos el Peneus, en la región de Helias. Precisamente donde desapareció la expedición británica de 2015... Así, nuestro viaje tiene un doble objetivo... descubrir la elusiva ciudad marciana y averiguar qué fue de esa expedición.

—¿Podría acompañarnos mi esposa, profesor? —preguntó Jorge.

El profesor Palmer se acarició la barbilla.

—Hace quince días, le hubiera respondido con un rotundo no. Pero ahora... su esposa ya va entendiendo de Arqueología y puede resultar útil para clasificar materiales. En principio no estaba previsto que figurasen mujeres en la expedición, pero ya que se trata de su esposa y usted irá con ella, no veo inconveniente en que nos acompañe.

—Gracias, profesor —dijo Jorge, radiante, levantándose y estrechando ambas manos del profesor Palmer.

—De nada, muchacho, de nada —repuso éste sonriendo ante el entusiasmo del joven “technicus”.

CAPITULO VII
LA EXPEDICION

Aquella misma tarde el profesor Palmer reunió en su despacho a los que integrarían la expedición, para exponer el plan de la misma y escuchar sus sugerencias. La expedición la formarían doce personas en total y se realizaría en dos coches-oruga tipo “Weaver”, dos tractores Ferguson dotados de media tracción de oruga en las ruedas posteriores, y un jeep estanco. Los doce componentes de la misma ya se conocían, por haberse reunido todos los días durante tres semanas en el comedor común de la Misión. Además, del profesor Palmer, Marga y Jorge, formaban la expedición Mr. Heathfield, que se encargaría de manejar los aparatos de radio; José Fernández, el camarero, que prepararía las comidas calientes y las serviría; los conductores de los dos “Weavers”, llamados Smith y McLaughlin, con sus respectivos mecánicos, DuPont y Reeves, los conductores de los dos tractores, Whittaker y Adams (este último era también arqueólogo) y por último el conductor del jeep estanco, el arqueólogo italiano Moravia. Por las noches, Marga y Jorge dormirían en un “Weaver”, separados por un tabique de Smith y DuPont; el profesor Palmer, Mr. Heathfield y Fernández dormirían en el otro “Weaver”, con McLaughlin y Reeves y los demás miembros de la expedición dormirían en los respectivos vehículos que conducían. Durante el mes y medio que durarla aproximadamente la expedición, al frente de la Misión se quedaría Richardson.

Después de limpiar su mesa de objetos y libros con ayuda de Marga y Jorge, que los fueron depositando en una estantería de la derecha, el profesor Palmer extendió sobre la mesa un enorme planisferio de Marte. Tomando un lápiz, rojo, trazó una cruz en un punto occidental de la Gran Sirte.

—Aquí está la Misión —dijo a las once personas que rodeaban la mesa, contemplando atentamente el mapa—. Aproximadamente a los 20° de latitud Norte y a los 290 de longitud Este. Seguiremos esta ruta hacia el Sur, siguiendo casi exactamente nuestro meridiano... o sea el 290, remontando todo el lado occidental de la Gran Sirte hasta llegar al desierto de Helias, a los 30° grados de latitud Sur, aproximadamente, siguiendo hasta los 40° por el mismo meridiano, hasta alcanzar el oasis de Peneus. La expedición británica de 2015 no siguió este camino; utilizó la ruta oriental del Mare Hadriacum y tenía su base en el desierto de Eridania, situado aún más al Este.

—¿Qué cree usted que pudo haberles su cedido, profesor? —preguntó Reeves, el mecánico.

—Si lo supiese, no habría necesidad de averiguarlo —repuso Palmer—. Esto es lo que intentaremos hacer nosotros.

—¿Eran muchos? —preguntó DuPont, el otro mecánico.

—¿Exactamente, corno nosotros: doce, con la diferencia de que en la expedición figuraban dos mujeres y no una: Mrs. Elphinstone, la arqueóloga, y una tal miss Joyce, cuya pre-sencia en la expedición nunca me expliqué satisfactoriamente.

—Quizás los raptaron los marcianos —dijo Whittaker en son de chanza.

Nunca una broma estuvo más cerca de la verdad.

La expedición partió a las 6,10 de la mañana siguiente, provista de toda clase de pertrechos, equipo arqueológico y víveres para tres meses, pues era norma del profesor Palmer que el margen de seguridad duplicase siempre el tiempo calculado para una expedición. Los vehículos estancos llevaban su propio equipo generador de aire, depósitos de calsodada para la purificación de la atmósfera y fijación del C02 residual, y un modernísimo equipo para la regeneración y aprovechamiento de los residuos orgánicos, en especial de los líquidos, con lo que el problema del agua quedaba prácticamente resuelto. Así, la expedición gozaba de una autonomía prácticamente ilimitada, pues con las raciones de emergencia que transportaba podía sobrepasarse incluso ampliamente el límite de tres meses fijado como margen de seguridad.

La expedición se alejó de la Misión en fila india. Abría la marcha el jeep, con Moravia al volante, seguido por un tractor Ferguson, conducido por Whittaker. Luego venían los dos "Weavers", en el primero de los cuales viajaba el profesor Palmer, y cerraba la marcha el tractor conducido por Adams. Los vehículos seguían la orilla occidental de la Gran Sirte, inmensa extensión cenagosa, cubierta de musgos y líquenes, que se extendía a su izquierda hasta perderse de vista en el lejano horizonte. A su derecha se extendían las rojizas arenas del desierto y entre éste y la Gran Sirte quedaba una faja de terreno relativamente sólido y liso, que utilizaban los vehículos de la expedición Rockefeller. Según había dicho el profesor Palmer a Marga y Jorge, la Gran Sirte era el fondo semidesecado de un antiguo mar, cuyas orillas ellos entonces recorrían.

A la noche del primer día los expedicionarios ya se hallaban a 350 millas de la Misión, habiendo hecho sólo una breve parada de tres cuartos de hora para almorzar. El paisaje no había cambiado: a su izquierda se extendían las cenagosas aguas de la Gran Sirte, de un color verdoso y amoratado, y a su derecha las rojizas arenas del desierto, levemente onduladas. La orilla de la Gran Sirte se extendía recta ante ellos, hasta perderse en el infinito. Por occidente, el sol se ponía entre unas alargadas nubes violáceas. Todo el horizonte parecía de fuego, por aquel lado. Por el Este brillaban ya las estrellas en un cielo intensamente negro. Una súbita brisa vespertina hacía remolinear a la arena y la lanzaba en súbitas ráfagas contra las paredes blindadas de los vehículos, en las que rebotaba como granizo. Las aguas de la Gran Sirte, heladas, despedían reflejos cegadores, heridas por los débiles rayos del sol poniente.

—Ahí afuera debe de haber por lo menos una temperatura de 30° bajo cero —dijo Jorge a Marga—. A la caída de la noche, la temperatura desciende con

rapidez en Marte, y de los 10º sobre cero diurnos bajamos sin transición a estas temperaturas polares.

Ambos se hallaban cómodamente arrellanados en las dos butacas fijas del "Weaver", gozando de una agradable temperatura de 22° centígrados. Smith paró el vehículo, y levantándose, abandonó el puesto del conductor, seguido por DuPont. Ambos pasaron a la parte posterior del vehículo y se sentaron en los bancos adosados a la pared.

—Debe de estar cansado, ¿eh? —dijo Marga a Smith—. Ha estado conduciendo durante diez horas, casi sin parar.

—¡Psché! —exclamó Smith—. Aún podría conducir otras diez más.

Smith era un hombre recio y corpulento, a diferencia de DuPont, el mecánico, un hombrecito enteco, natural de Nueva Inglaterra.

A los pocos momentos, DuPont miró por la ventanilla lateral del vehículo.

—Creo que ahí viene José con la cena —dijo.

Una figura enfundada en un traje del espacio y transportando una especie de maleta se acercaba al vehículo. DuPont se apostó junto a la pequeña escotilla provista de doble compuerta que se utilizaba para entregar y recoger objetos, y esperó. A los pocos instantes se encendió una luz verde sobre la escotilla. Abriéndola, DuPont retiró de su interior una caja cuadrada, que se cubrió instantáneamente de escarcha. Apretando un botón en uno de sus lados la caja se abrió y de ella el mecánico sacó cuatro termos y otras tantas fiambreras calientes.

—José ha trabajado bien —dijo, satisfecho, abriendo una de las fiambreras y olfateando su contenido.

Después de cenar, los cuatro tripulantes del vehículo evacuaron por turno sus más urgentes necesidades fisiológicas en el cubículo estanco, desodorizado y a prueba de sonido, colocado en la parte trasera del "Weaver". Cada vehículo poseía un dispositivo semejante, de más reducidas proporciones en los tractores y el jeep, pero igualmente útiles y conectados directamente con el sistema de regeneración de desperdicios y heces.

Después, todos se acomodaron en las reducidas literas, para pasar la noche lo mejor posible.

Así prosiguió el avance, día tras día, hasta que la Gran Sirte dio paso al desierto marciano de Helias. La expedición avanzó siguiendo la orilla de un antiguo canal, que cruzaba en línea recta el desierto de Norte a Sur, para unir el Pencus con la gran Sirte. Al segundo día de marcha por el desierto les sorprendió la tempestad de arena. Esta avanzaba como un muro amarillo, impelida por los vientos del Oeste.

—Es como la que vimos desde el avión, con la diferencia de que entonces estábamos en un palco —observó Marga— y ahora la vemos desde una butaca de platea, en primera fila.

Las gigantescas nubes de arena no tardaron en abatirse sobre ellos. El viento silbaba de una manera ensordecedora a su alrededor y la arena crepitaba de un modo seguido al golpear las paredes del "Weaver". La luz se

hizo amarillenta y mortecina, como de crepúsculo, a pesar de que eran las once de la mañana. La visibilidad se redujo hasta tal punto, que Smith sólo podía distinguir a un par de metros frente al vehículo y terminó por detenerlo completamente, para no caer al fondo del canal, que se extendía a un centenar de metros a su izquierda.

—Es peor que el peor “smog” londinense —musitó DuPont.

Los vehículos estuvieron detenidos dos horas a causa de la tempestad. Cuando la atmósfera se aclaró, el “Weaver” se hallaba medio enterrado en la arena, que por uno de sus lados ascendía en suave declive hasta el techo. Smith probó de ponerlo en marcha, pero la tracción de oruga no consiguió desatascarlo, pese a los repetidos intentos que hizo.

—Tenemos toneladas de arena encima —dijo Smith—. Hay que tomar las palas y salir afuera.

Por suerte, la compuerta estanca se abría en el lado que miraba al canal, relativamente libre de arena.

A los pocos instantes se hallaban los cuatro en el exterior, enfundados en sus trajes del espacio y manejando activamente la pala para librar al vehículo de la arena rojiza que lo cubría. Vieron que los del otro “Weaver” hacían lo propio, así como Whittaker y Adams, que se esforzaban por desenterrar a los dos tractores. Moravia y el jeep no se veían por parte alguna.

El profesor Palmer se acercó a Jorge y, pegando su casco al suyo, gritó:

—¡Hay que ir a ver qué ha sido de Moravia!

Jorge, Marga y el profesor se dirigieron al frente de la caravana de vehículos, pasaron junto al Ferguson de Whittaker, quien se hallaba muy atareado con la pala, y continuaron adelante.

Jorge señaló con su mano enguantada una pequeña duna arenosa.

Sin pronunciar palabra, los tres se acercaron a ella y Jorge introdujo su pala en la arena, hasta topar con un objeto duro y metálico.

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y los tres se pusieron a excavar con denuedo.

A los pocos instantes aparecía la parte superior del jeep estanco. Por la portilla circular una cara los miraba sonriente, un rostro de facciones atezadas y que exhibía dos perfectas hileras de dientes blancos.

—¡Nuestro primer descubrimiento arqueológico! —gritó Marga juntando su casco con el de Jorge—. ¡Un arqueólogo enterrado!

Después de un buen rato de trabajo, que los dejó a los tres jadeantes y sudorosos —Whittaker se les había unido después de limpiar al tractor de arena— el jeep de Moravia estuvo totalmente desenterrado y en disposición de continuar la marcha.

Pero era ya la hora del almuerzo y como todos se hallaban agotados por el ejercicio realizado, el profesor Palmer ordenó un descanso de dos horas. Todos almorzaron encerrados en sus respectivos vehículos. Pasada la tempestad de arena, el cielo era radiante, de un azul desvaído y, a pesar de que era mediodía, se distinguían algunas estrellas y el pequeño disco de Fobos,

que cruzaba rápida mente el cielo de Oeste a Este, contrariamente al movimiento de todos los cuerpos celestes naturales.

Por último penetraron en el Peneus, al un décimo día de marcha. Los llamados "oasis" marcianos eran extensiones cenagosas, por las que los vehículos tenían que avanzar con precaución, buscando zonas de terreno sólido en las que no hubiese riesgo de hundirse ni atascarse. Más avanzada la estación, durante el breve verano marciano, el paraje aún se hubiera hecho más intransitable a causa de la fusión de los hielos que moteaban por doquier el paisaje. Pero aún faltaban tres semanas para que aquello ocurriese.

Al tercer día de marcha por las desoladas llanuras del Peneus, los expedicionarios penetraron en terreno más sólido y seco, y que parecía ascender ligeramente. El ascenso, imperceptible al principio, se fue acentuando, hasta que por último los vehículos corrieron libremente por una altiplanicie reseca y polvorienta, que se extendía hasta perderse de vista. Aquella noche acamparon allí —si es que al sólo hecho de detenerse podía llamársele acampar— y, después de consultar las cartas y tomar la posición, el profesor Palmer comunicó por radio a sus compañeros de los distintos vehículos que estaban muy cerca del punto desde el cual la expedición británica comunicó su última posición antes de desaparecer misteriosamente.

Marga, aquella noche, no podía conciliar el sueño, tendida en la estrecha litera del "Weaver". Cuando por fin se durmió, tuvo un sueño lleno de sobresaltos y pesadillas, por el que desfilaban extraños monstruos, marcianos altos de tres metros, con seis brazos y un solo ojo ciclópeo y deformes criaturas que se arrastraban abriendo enormes bocas amenazadoras provistas de numerosas hileras de dientes.

Cuando despertó, tenía una ligera jaqueca, la lengua pastosa y las ideas confusas. Refirió sus sueños a Jorge y éste, sonriendo, le respondió que los tiempos de la Fantasía Científica ya habían pasado. Acto seguido le hizo tomar una tableta calmante.

La expedición reanudó la marcha y a media mañana, avanzando siempre rumbo al Sur, vieron a lo lejos lo que parecía un ligero otero o eminencia del terreno. Al irse acercando a ella vieron que se trataba de una colina rocosa en uno de cuyos flancos, orientada al nordeste, se abría la boca de una inmensa caverna... una arcada regular de por lo menos doscientos metros de luz. En su lado derecho, cuidadosamente alineados, había cinco vehículos: tres coches de un tipo parecido al "Weaver", un tractor con ruedas de oruga y un jeep.

Moravia fue el primero en apearse de su vehículo y, provisto de su traje del espacio, se acercó a examinar el extraño hallazgo. Los vehículos tenían el aspecto de haber estado abandonados mucho tiempo; junto a sus ruedas se apilaba la arena transportada por el viento y una espesa capa de polvo los cubría. Moravia les dio la vuelta, atisbando en su interior después de limpiar de polvo con su mano enguantada las ventanillas de lucita transparente.

Por la radio de su traje comunicó:

—No hay nadie. Están abandonados desde hace mucho tiempo. Los

neumáticos del jeep se han deshinchado.

Todos le oyeron, pues tenían la frecuencia de sus radios individuales conectada con la de Moravia. A los pocos instantes estaban todos reunidos a la puerta de la caverna, oteando su oscuro interior.

—Vamos a buscar lámparas y entremos —dijo la voz de Moravia—, Hay que explorar la caverna.

Uniendo la acción a la palabra, dio media vuelta para dirigirse al jeep.

—Espera —le dijo Jorge, poniéndole la mano en el brazo—. Pensemos bien lo que vamos a hacer.

Todos le miraron. El profesor Palmer le preguntó:

—¿Crees que no es prudente entrar, Jorge?

—Exactamente, profesor —repuso Jorge—. No lo digo por miedo, sino por prudencia. —Señaló con el índice a los coches abandonados de la expedición británica—. Miren esos vehículos. Sus ocupantes tuvieron probablemente la misma reacción que Moravia: proveerse de lámparas y entrar a explorar la caverna. No salieron de ella jamás.

Un pesado silencio siguió a las palabras de Jorge.

Moravia, nervioso, observó:

—¿Qué hay que hacer, pues? ¿Renunciar a explorarla?

—No —repuso Jorge—. Unicamente, hacer las cosas con calma y utilizando la cabeza para pensar y no únicamente como sostén del casco. "Algo" desconocido y probablemente muy peligroso espera ahí dentro. Puede ser algo de lo que no tengamos ni siquiera idea. Si penetramos todos juntos e irreflexivamente en ese antro, probablemente nuestros vehículos quedarán ahí fuera haciendo compañía para siempre a los de la expedición británica. Por lo tanto, profesor Palmer, le propongo lo siguiente: en primer lugar, vamos a dividir nuestras fuerzas. Penetrará en la caverna un grupo para explorarla, formado por voluntarios. Yo me ofrezco para dirigirlo, si a usted le parece bien, en compañía de Moravia. Otro grupo se quedará fuera a esperar. Ambos grupos estarán unidos por las radios portátiles. Como no podemos arriesgarnos a perder el jefe de la expedición, el profesor Palmer se quedará fuera, esperando. En segundo lugar —y esto es lo más importante, en mi opinión— no entraremos a pie, sino utilizando un par de vehículos... el jeep y uno de los tractores, por ejemplo. De este modo estaremos más protegidos contra los peligros desconocidos que nos aguardan en el interior. ¿Qué le parece, profesor Palmer?

—Me parece bien —repuso el arqueólogo—. Pero a mí también me gustaría ser de la partida.

Jorge movió negativamente la cabeza dentro del casco transparente de su escafandra.

—No, profesor. Es mejor que usted se quede aquí. Creo que mis compañeros opinarán igual que yo.

Los demás hicieron gestos de asentimiento.

—En ese caso, me inclino ante la mayoría —dijo el profesor Palmer.

—En cambio, a mí no puedes rechazarme, Jorge —dijo Marga—. Yo quiero compartir tu suerte. Y te ruego que no trates de disuadirme, porque no lo conseguirás.

—Pero Marga, tú... —empezó a decir el profesor Palmer.

—Es inútil, profesor. Si le ocurre algo a Jorge, yo tengo que estar a su lado. Prefiero esto al dolor inenarrable de esperarlo en vano aquí fuera, suponiendo que las cosas fueran mal. Yo iré con ellos.

—Gracias, Marga —dijo Jorge, sonriendo.

Penetraron en la caverna el jeep, con Moravia y DuPont, un tractor Ferguson con Marga, Jorge y Whittaker al volante, y el otro tractor con Adams y Mr. Heathfield de acompañante. Quedaron fuera, a la entrada de la caverna, el profesor Palmer, el mecánico Reeves, McLaughlin, Smith y el camarero Fernández. Esta distribución fue impuesta en cierto modo por el profesor Palmer, que no deseaba quedarse sin conductor ni mecánico para un caso de emergencia.

En el centro de la inmensa arcada abierta en las paredes de roca de la colina se abría la boca de una caverna más pequeña, que tendría unos setenta y cinco metros de diámetro. Por ella penetraron los vehículos, con los faros encendidos, que rasgaban las tinieblas seculares de aquel lugar amedrentador. Inmediatamente comprobaron que la caverna no era una obra natural, pues su piso era liso y uniforme y descendía en un suave declive hacia las entrañas de la tierra, formando una amplia calzada por la que podían avanzar todos los vehículos de frente y aún quedaba lugar para diez más.

Tras recorrer así dos centenares de metros, llegaron a una inmensa plaza rodeada de extrañas construcciones pétreas. Un mundo fantástico de torres, alminares y agujas que se perdían en las sombras los rodeaba. Estaban en un mundo muerto, la capital fantasma de una fenecida civilización, tragada por las arenas del Tiempo hacía incontables siglos. Jorge asestó en todas direcciones el faro piloto del jeep, descubriendo siempre el mismo espectáculo: atrevidas construcciones de piedra y de un material mate que de momento no pudo identificar, pasadizos colgantes, macizos templos de un estilo hierático que recordaba al egipcio, bajas mastabas de puerta trapezoidal... y sobre todo ello la luz eléctrica hacía bailotear extrañas y fantásticas sombras, poblando aquellos restos del pasado con una vida efímera y espectral.

Sobrecogidos, Marga, Jorge y Whittaker contemplaba el espectáculo.

—¡Vaya! —exclamó Whittaker, apoyándose en el volante del jeep—. ¡La ciudad marciana!

—¿Seguimos, Whittaker? —dijo Jorge.

—Sí, seguimos —dijo el conductor, accionando el cambio de marchas del jeep. Este arrancó suavemente y Jorge señaló con el dedo:

—Por esa avenida.

Avanzaron por una extraña avenida bordeada de grifos alados, seguidos por los tractores. La avenida formaba un recodo a cincuenta metros de la

plaza. Cuando el jeep lo dobló, sus faros iluminaron de pronto algo en movimiento. La avenida continuaba en una gran distancia y en el fondo de ella algo se movía... una masa grisácea, indistinta, que avanzaba rápidamente hacia ellos extendiéndose por el suelo, como una ola sucia.

Whittaker paró el jeep y los tres contemplaron en silencio el sorprendente espectáculo. A su lado, los dos tractores también se habían detenido. La masa grisácea avanzaba hacia ellos con una velocidad increíble y los faros pronto iluminaron multitud de formas grises que corrían velozmente sobre seis patas... Eran ratas monstruosas, ratas marcianas, grandes como un perro, que avanzaban con sus tres hileras de colmillos desnudos y brillando amenazadores bajo la luz de los faros.

El jeep tembló bajo la acometida de la primera masa de asaltantes. Las espantosas criaturas treparon por los costados del vehículo, saltaron sobre el techo, arañaron el parabrisas de lucita, clavaron sus colmillos en el durísimo caucho de los neumáticos y se amontonaron sobre el motor. La segunda oleada trepó sobre la primera y pronto el jeep estuvo cubierto materialmente de cuerpos grisáceos y peludos que se debatían y caían, lanzando roncos chillidos. Whittaker embragó e hizo avanzar el vehículo, aplastando docenas de ratas.

—Regresemos —le dijo Jorge—. Ahora ya está claro lo que acabó con los desgraciados miembros de la expedición británica.

—¡Jorge! —gritó Marga—, asiendo convulsivamente a su esposo por una muñeca.

—No te alarmes, Marga. Aquí estamos seguros. El jeep es blindado y esos animales no pueden atacarnos.

—¡No es eso, Jorge! —dijo desesperada Marga—. ¡Estoy en comunicación telepática con la Tierra y con Rizal! Desde el Instituto, Arturo Lloverás me comunica que ha estallado una revolución de alcance mundial contra los “technicus” y, desde Marstown, Rizal me dice que los grupos “anti-technicus” de Marte y Venus se han echado también a la calle, intentando apoderarse del gobierno. En estos momentos, se lucha desesperadamente en la Tierra, Venus y Marte. Nuestro deber es ir a luchar también.

Whittaker los miró, extrañado.

—¿Es verdad eso, señora?

—Absolutamente —repuso Marga—. Además, Rizal me dice que ha sido nombrado asesor del gobernador Clarke, y que se encarga de organizar a todos los “technicus” de Marte para coordinar sus esfuerzos con los de la policía y tropas afectas al gobernador. ¡Tenemos que regresar inmediatamente a Marstown, Jorge.

—¿Y de la Tierra, qué te dice Arturo? —preguntó Jorge.

—No gran cosa... Sólo que los grupos neo-nazis se han hecho los dueños del poder en la Europa Central, y que la rebelión se extiende a Africa y al continente americano... en Atlanta la situación es muy tensa. Dice que seguirá en contacto constante con nosotros, para informarnos, y nos ordena que nos

unamos a Rizal.

Entre tanto, el jeep se abría paso entre una masa apretada de ratas, que trataban de impedir su avance. Los dos tractores también habían dado media vuela y regresaban hacia la plaza, aplastando las ratas por centenares. Los inmundos bichos los siguieron durante un centenar de metros y entonces, dándose cuenta de que sus esfuerzos se estrellaban contra las impenetrables paredes de acero de los vehículos terrestres, fueron abandonando poco a poco el acoso.

—Habrá que procurarse un ejemplar —dijo Jorge.

—¿Para qué, —preguntó Whittaker.

—Para estudiar su metabolismo. Es sorprendente que estos animales puedan vivir aquí en cantidades tan grandes... sin una aparente fuente de alimentos.

—¿Quiere una de esas ratas? —preguntó Whittaker—. Espere un momento, y la tendrá. ¿Viva o muerta?

—Muerta, pero entera —contestó Jorge.

—Se la traeré viva.

Whittaker, ni corto ni perezoso, se colocó de nuevo el casco globular, que he había quitado para conducir el jeep y, acercándose al pequeño “sas” adosado junto a la puerta del coche, se introdujo en él, cerrando la escotilla del lado interno y abriendo luego la exterior.

A los dos segundos se encontraba de pie junto al vehículo, sosteniendo una pistola paralizadora en la mano. Varias ratas rezagadas se lanzaron sobre él, pero Whittaker las tumbó fácilmente con sendos disparos de su arma. Luego, inclinándose recogió uno de los animales paralizados, regresó a la escotilla y a los pocos momentos sujetaba el velludo cuerpo sobre el motor del jeep, utilizando una cuerda que había tomado previamente. Acto seguido penetró en el vehículo, se quitó el casco, y, poniéndose al volante, dijo:

—Ya podemos continuar.

A los pocos momentos los tres vehículos reaparecían por la boca de la caverna.

El profesor Palmer y los que esperaban frente a ella habían seguido por la radio las incidencias de la exploración. Cuando los vehículos salieron al exterior, con las ruedas manchadas de sangre procedente de los millares de ratas aplastadas, todos corrieron a su encuentro. A los pocos instantes, un pensativo grupo contemplaba la gigantesca rata apresada por Whittaker.

—Es la rata común marciana —dijo Jorge— pero de un tamaño gigantesco... probablemente el resultado de una mutación.

—Una rata “technicus” —dijo Reeves.

El profesor Palmer le dirigió una severa mirada.

—Déjese de bromas, Reeves. Esto es muy serio —le amonestó.

Jorge, sin hacer caso del comentario, se inclinó sobre la rata para examinar su dentadura.

—Observen estos dientes —dijo—. Parecen pequeñas palas... Esto puede

darnos un indicio acerca de las costumbres alimenticias del animal. Tráeme los instrumentos quirúrgicos, Marga.

A los pocos instantes Jorge había efectuado la disección de la rata y, levantándose, comunicó sus resultados al profesor:

—Lo que ya sospechaba. Nos hallamos en presencia de un "comedor de tierra". Me dio el primer indicio de ello la extraña configuración de su dentadura.

—¿Esta rata come tierra? —preguntó Moravia, estupefacto—. Pero...

—En su estómago he encontrado una cantidad apreciable de tierra, medio digerida. Recuerden ustedes que la tierra de Marte es muy rica en sustancias minerales. Probablemente el metabolismo de estas ratas se basa en ellas. En cuanto a los óxidos de sílice y de hierro, sin duda los asimila perfectamente, fijando el oxígeno de manera directa en la hemoglobina de la sangre, para compensar la falta de oxígeno atmosférico. No son más que presunciones, pero estoy casi seguro de que son ciertas, pues es imposible que en esa caverna exista alimento orgánico en cantidad suficiente para los millones de ratas que la habitan. Nos hallamos ante un ejemplo más

de la adaptación al medio, que es una de las normas de la Evolución. Cuando se terminó el alimento orgánico en la superficie de Marte, esas ratas, para subsistir se adaptaron a las nuevas circunstancias, tomando directamente su sustento de la tierra. Eso no quiere decir, empero —añadió sonriendo— que desdeñen una buena ración de proteínas, cuando se les presenta ocasión de hincar el diente en un ser vivo... Aunque sólo sea por atavismo. De no ser por el blindaje de nuestros vehículos, hoy todos nosotros nos hubiéramos convertido en una agradable variación para la monótona dieta de estos simpáticos animalitos.

—Profesor Palmer —dijo Marga—. Jorge y yo tenemos que regresar inmediatamente a Marstown. Ha estallado una sublevación contra los "technicus"... y he recibido un aviso telepático reclamando nuestra presencia.

El profesor la miró en silencio unos momentos.

—Regresaremos todos, Marga —contestó—. Aquí no podemos hacer nada antes de limpiar el lugar de esos asquerosos bichos. Tengo que regresar a la Misión y pedir equipos especiales a Marstown para acabar con esa plaga. Sólo entonces podremos explorar la ciudad marciana y penetrar en sus casas. A propósito —dijo, volviéndose a Heathfield—. ¿Ha tomado usted fotografías desde el tractor?

El interpelado asintió.

—Varios rollos. Espero que habrán quedado bien.

—Perfectamente —repuso Palmer—. Les diré lo que vamos a hacer: como el día ya está muy avanzado, hoy acamparemos aquí, para emprender el regreso mañana ai amanecer. De este modo no habrá necesidad de dividir la expedición.

Alrededor de las tres y media de la madrugada, Marga se despertó con sobresalto.

Inmediatamente percibió unas voces apagadas. El "Weaver" se hallaba sumido en una oscuridad casi completa, pues por sus portillas sólo penetraba la débil claridad de las estrellas y la que esparcía el disco de Fobos, muy bajo en el horizonte oriental. Junto a una de las ventanillas cuadradas del vehículo, Marga observó las siluetas de Jorge, Smith y DuPont, que parecían observar algo en el exterior.

De pronto, Jorge susurró:

—¡Pronto! ¡Hay que ir a separarlos!

Los ¡tres se apartaron de la ventanilla y Marga vio que se vestían apresuradamente los trajes del espacio.

—¿Qué ocurre, Jorge? —preguntó Marga, incorporándose a medias en la litera.

Jorge, con una pierna enfundada hasta la rodilla en la pernera del traje del espacio, se volvió hacia ella, tratando de sostenerse Sin perder el equilibrio.

—Perdona, Marga, pero ahora no tengo tiempo. Mira tú misma lo que ocurre ahí fuera.

Y continuó vistiéndose el traje con toda prisa.

Marga se levantó y se acercó a la ventanilla. La desolada meseta marciana, que parecía irradiar una lechosa claridad, se perdía a lo lejos, bajo la bóveda nocturna, en la que se arracimaban las estrellas, diez veces más abundantes en el cielo marciano que en el firmamento terrestre. A unos tres metros del vehículo, dos figuras enfundadas en sendos trajes del espacio se revolcaban sobre el terreno polvoriento, en una lucha despiadada.

Jorge, Smith y DuPont salieron al exterior por este orden y pronto separaron a los dos contendientes. Entretanto, Marga había llamado por la radio del coche a los demás vehículos. A los pocos instantes todos los miembros de la expedición se hallaban reunidos, aturdidos y soñolientos, en torno a Heathfield y Fernández, bien sujetos por Jorge, Whittaker, Smith y DuPont.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el profesor Palmer.

—Estos dos hombres estaban luchando frente a nuestro "Weaver" —repuso Jorge, señalando a Heathfield y al camarero "technicus".

—¿Quiere usted explicarme qué significa esto, Mr. Heathfield? —preguntó el profesor Palmer al ingeniero electrónico por la radio de su traje.

—Primero que me suelten esos —repuso Heathfield por el mismo medio.

—Suéltenlo —ordenó el profesor Palmer.

—Ese individuo —dijo Heathfield, con semblante contraído y señalando a Fernández— salió sigilosamente de nuestro "Weaver" para acercarse a éste, con la intención de abrir la escotilla de emergencia y asfixiar a sus ocupantes.

—¡Mentira! —gritó Fernández, desasiéndose de los que lo sujetaban—. Fue él quien lo hizo, profesor Palmer. Yo soy "technicus" y poseo el sentido de la premonición. Así, me desperté de pronto con la sensación de que iba a ocurrir algo grave y entonces vi salir sigilosamente a Heathfield de nuestro vehículo. Me extrañó que saliese a esa hora tan intempestiva y decidí seguirlo,

sin despertar a los demás por si sólo se tratase de una alarma injustificada. Sin que él se diese cuenta lo seguí y vi que se acercaba a este vehículo. Cuando observé que empezaba a manipular en la cerradura exterior de la salida de emergencia —que como ustedes saben no tiene doble compuerta—, me abalancé sobre él y empezamos a luchar. Luego vinieron estos caballeros y nos separaron. Esto es todo.

—Muy hábil, pero falso —dijo Heathfield—. ¿Me cree usted capaz de semejante barbaridad, profesor Palmer? El verdadero culpable es él y ahora ese criminal trata de hacerme cargar a mí con la culpa.

El profesor Palmer los miró severamente.

—En la Misión no tenemos detector de mentiras, pero en Marstown hay uno—dijo—. Antes de que pueda someterles a ustedes al detector, se considerarán detenidos bajo mi autoridad.

—¡Profesor, protesto! —gritó acaloradamente Heathfield—, Le doy mi palabra que...

—Cállese —lo atajó secamente el profesor—. En los dos tractores estarán un poco más estrechos, pero hasta que regresemos a la Misión se alojarán ustedes en ellos, uno en cada vehículo. De este modo tendrán dos hombres en cada tractor para vigilarlos.

Por el horizonte oriental acababa de ocultarse en aquellos instantes Fobos, el planetoide artificial construido por la raza que edificó en siglos pretéritos la ciudad abandonada...

El primer avión estratosférico que haría escala en la Misión Arqueológica era un Supercaravelle procedente de la Thaumasia. En él regresarían a Manstown Marga y Jorge. En el mismo aparato viajarían Heathfield y Fernández, custodiados por Whittaker y Adams. Al enterarse de la sublevación de los elementos “anti-technicus”, Richardson, el ayudante del profesor Palmer, que era también “technicus”, solicitó acompañar a Marga y Jorge, permiso que le fue concedido por el profesor.

Entre tanto, la vida en la Misión seguía desarrollándose normalmente en apariencia. Heathfield y Fernández hacían su vida habitual, después de prometer al profesor Palmer que se portarían debidamente y no pelearían. Ambos se mantenían en sus trece y cada cual presentaba idéntica versión de los hechos, acusando al otro de ser el culpable.

Cuando faltaban un par de horas para la llegada del avión de línea, sonaron unos golpes apremiantes a la puerta del despacho del profesor Palmer.

Este se hallaba sentado a su mesa de trabajo, examinando varias ampliaciones de las fotografías tomadas por Heathfield en la ciudad marciana. Marga, Jorge, Moravia y Adams, de pie detrás del profesor, contemplaban con éste las fotografías.

—Adelante —dijo el profesor.

La puerta se abrió y en el umbral apareció Fernández, el camarero.

—¿Qué desea usted? —le preguntó el profesor de mal talante.

—Es algo muy urgente, profesor —dijo Fernández—. Heathfield ha huido,

después de prepararlo todo para que la Misión vuele por los aires.

El profesor se levantó vivamente.

—¿Qué está usted diciendo?

—He mantenido una atenta vigilancia sobre Heathfield. Lo único que lamento es que, debido a mi trabajo en el comedor, he estado cosa de una hora y media —tal vez más— sin vigilar sus movimientos y precisamente ese ha sido el momento que él ha aprovechado para prepararlo todo y huir.

—¿Pero qué ha preparado, hombre de Dios? —gritó el profesor Palmer, descompuesto—. ¿Quiere dejarse de rodeos e ir directamente al grano?

—Ha conectado una máquina infernal con la compuerta de salida de este edificio, de manera que así que alguien la abra, toda la Misión saltará hecha pedazos.

—¿Y cómo ha salido él —preguntó Moravia, incrédulo.

—Por una de las salidas de emergencia posteriores —repuso Fernández—. Luego ha tomado el jeep y en estos momentos —sus ojos miraron a lo alto, con expresión ausente— está cruzando el desierto en dirección al Trivium Charontis, con la intención de llegar a Marstown.

—No lo conseguirá nunca —observó Adams—. Esa ruta es muy traicionera.

—Probablemente se ha llevado una buena cantidad de provisiones de boca y agua —añadió el camarero—. Pero ante todo, profesor, hay que desconectar ese aparato infernal. Gracias a mi percepción extrasensorial, veo dónde está oculto y los hilos que hay que desconectar para hacerlo inofensivo.

Con el ceño fruncido, el profesor Palmer se apartó de la mesa, seguido por sus colaboradores.

—Vamos —dijo al camarero.

Todos se dirigieron hacia el vestíbulo de acceso a la Misión y allí el camarero les indicó un hilo casi invisible que, partiendo de la compuerta estanca, pasaba muy cerca del suelo, entre los tubos de energía eléctrica y aire comprimido.

—Un cortaplumas bastará —dijo Fernández—. ¿Puede alguno de ustedes prestármelo?

Adams le tendió un cortaplumas y Fernández desconectó el hilo conductor, cuyos dos extremos pendieron sobre el suelo.

—Ahora ya no hay peligro —dijo—. El artefacto estaba regulado para dentro de media hora. Teníamos tiempo, pero más vale haberlo hecho cuanto antes.

Luego los condujo al lugar donde estaba escondido el potente artefacto: una de las amplias tuberías del sistema de aire acondicionado del pasillo. Heathfield lo había puesto allí después de quitar una de las rejillas del techo y colocarla de nuevo en su lugar una vez realizada la operación.

El profesor Palmer contemplaba perplejo a Fernández.

—La verdad, no sé qué pensar —comentó, acariciándose la barbilla. Volviéndose a Adams, le ordenó—: Averigüe usted si es verdad que.

Heathfield ha huido, llevándose un jeep.

Heathfield, efectivamente, había huido. Adams propuso que saliesen a perseguirlo en otro vehículo de la Misión, pero el ingeniero electrónico ya les llevaba mucha ventaja y las perspectivas de alcanzarlo eran inciertas. Por lo tanto, el profesor Palmer ordenó que no se lo persiguiese.

—De todos modos, Marte acabará con él —comentó Adams—. No llegará nunca a Marstown.

A los pocos instantes el Supercaravelle aterrizaba en la pista de la Misión, para recoger los que iban a trasladarse a Marstown. En el interior del aparato les esperaba una agradable sorpresa: Hjalmar Björnson.

—Recibí una llamada telepática de Rizal —les explicó el larguirucho sueco— diciéndome que todos los "technicus" teníamos que ir a Marstown para arrimar el hombro, pues por lo visto van a bofetada limpia por las calles de la ciudad.

Marga y Jorge presentaron Bjórnson a sus compañeros Richardson, Whittaker y Fernández. El profesor Palmer, pese a lo sucedido había insistido en que el camarero fuese a Marstown, para someterse al detector de mentiras, que disiparía las últimas dudas que aún pudiesen restar sobre su inocencia.

A los pocos instantes, todos se hallaban en vuelo hacia la capital de Marte, desgarrada por un verdadero principio de guerra civil.

CAPITULO VIII
EL ALZAMIENTO

El “Supercaravelle” descendió de la ionosfera y apuntó con su proa hacia el astropuerto de Marstown, que se hallaba en poder de las fuerzas gubernamentales. El viaje desde el astropuerto al palacio del gobernador se realizó sin incidentes. Rizal había enviado una fuerte escolta armada en busca de los recién llegados.

En el palacio del gobernador reinaba una animación inusitada. Constantemente entraban y salían oficiales de la policía v funcionarios del gobierno autónomo y a la puerta montaban guardia policías militares armados con pequeños lanzallamas. Los “technicus” y Whittaker fueron conducidos por el jefe de la escolta al despacho del gobernador.

En éste se encontraba Rizal, rodeado por un grupo de oficiales, examinando un plano de Marstown extendido sobre la gran mesa de caoba.

Tenía expresión preocupada y saludó con frases breves a Marga, Jorge y sus compañeros,

—El gobernador ha muerto —fue lo primero que les dijo— y provisionalmente yo ocupo su puesto.

—¿Ha muerto Mr. Clarke? —exclamó consternada Marga.

—Sí —repuso Rizal—. Cayó aquí —y señaló un punto periférico del plano — donde se produjo el primer ataque de los elementos “anti-technicus”. Cuando se lo comunicaron, acudió personalmente para tomar las medidas oportunas sobre el terreno y fue uno de los primeros en caer bajo las balas de esos criminales. Yo me encontraba a su lado y, antes de morir, aún tuvo tiempo de traspasarme el mando.

Movió tristemente la cabeza, agregando:

—¡Era un hombre admirable! En la Tierra nos hacen falta hombres de su temple.

Después concentró de nuevo su atención en el plano.

—El ataque en ese punto fue repelido y los atacantes muertos o dispersados —continuó— pero ahora se señalan focos subversivos en cinco puntos de la periferia urbana... estos tres, muy próximos, y luego aquí, en el lado opuesto de la ciudad. El plan parece muy bien coordinado y su objeto es converger hacia el palacio del Gobierno desde cinco o seis puntos distintos.

—¿Y las armas? —preguntó Jorge.

—Al parecer, los sediciosos disponen de armas entradas en Marstown de contrabando... posiblemente por elementos afectos a las organizaciones neonazis infiltrados en los cruceros interplanetarios. Ahora se lucha encarnizadamente en los suburbios... en torno a un garito llamado “Las Siete Estrellas”, que al parecer es el cuartel general del alzamiento.

—Efectivamente —asintió el jefe de policía de Marstown, un hombre fuerte y rubicundo, vestido con un uniforme oscuro, que se hallaba de pie al lado de Rizal—. Y estamos casi convencidos de que el jefe del alzamiento es un armenio llamado Abragiadan, propietario del garito en cuestión. Nuestras fuerzas lo rodean ahora completamente y la rendición o su destrucción completa será cuestión de horas.

—¿Y la cúpula? —preguntó Björnson—. ¿No hay peligro de que los disparos la agujereen, Pepe?

—No —repuso Rizal—. Por ambas partes se emplean armas de alcance regulable y, aún en el caso de que un disparo al azar o una bala perdida la horadasen, la cúpula cuenta con un sistema automático de regeneración, previsto para el caso de que fuese alcanzada por meteoritos. Este sistema funciona tanto por el interior como por el exterior.

—Así, podéis asesinaros a mansalva sin sentir ninguna clase de preocupaciones, ¿no? —comentó el larguirucho sueco.

—Exactamente —asintió Rizal, pensativo—. Pero si ganan ellos tú también te contarás entre los asesinados.

Y volvió a enfrascarse en la consulta del plano.

El jefe de policía observó:

—Hay que concentrar más fuerzas en los dos focos contiguos al cuartel general insurrecto, Voy a dar las órdenes oportunas.

Un ayudante se acercó entonces a Rizal.

—Señor —dijo, cuadrándose y saludando militarmente— el capitán Peters, que está al mando de las fuerzas que atacan el cuartel general insurrecto, comunica que en éste han enarbolado la bandera blanca.

—¡Magnífico! —exclamó Rizal, con ojos brillantes—. Vamos allá inmediatamente.

Todos los presentes se dirigieron con gran excitación a la puerta del despacho y Rizal hizo seña a los “technicus” y Whittaker para que le acompañasen.

A los pocos momentos recorrían las calles de Marstown en un coche oficial, entre dos apretadas hileras de ciudadanos que agitaban banderitas de Marte y aclamaban al nuevo gobernador. A los diez minutos de marcha llegaron ante una barrera custodiada por fuerzas de la policía militar. El teniente que las mandaba se acercó al coche oficial, llevándose una mano al casco verde en el que se destacaban una M y una P blancas de grandes dimensiones.

—A la orden, señor —dijo al reconocer a Rizal—. Sin novedad en este sector.

—¿Qué sabe usted de la rendición de los insurrectos? —le preguntó Rizal, asomándose a la ventanilla posterior del coche.

El rostro del teniente, un muchacho imberbe casi, se iluminó.

—En efecto, se han rendido, señor. Acaban de comunicárnoslo por el teléfono de campaña.

—Gracias, teniente. Y dé también las gracias a sus hombres por su magnífica actuación.

—Así lo haré, señor, y muchas gracias —repuso risueño el teniente, apartándose para ordenar a sus hombres que levantasen la barrera.

A los pocos instantes el coche oficial volvía a detenerse a la entrada de una calle custodiada por un destacamento de la policía militar. Allí las señales de lucha eran evidentes. Los muros de las casas estaban ennegrecidos por la acción de los lanzallamas y en algunas paredes se veían boquetes causados por armas automáticas de pequeño calibre. En la esquina había una floristería, con la puerta ondulada retorcida y casi arrancada de sus guías. Por el suelo se veían cascotes, restos de todas clases y... algunos cadáveres insurrectos, espantosamente abrasados y empuñando aún las armas algunos de ellos.

Un capitán se acercó al coche.

—Le esperábamos, señor gobernador —dijo, saludando—. Tenga la bondad de seguirme.

Rizal y sus compañeros se apearon del coche y siguieron al capitán y a varios soldados, que les precedieron calle abajo. A medida que avanzaron por ella las señales de lucha aumentaban y en ambas aceras los cadáveres aparecían en número creciente. Marga caminaba arrimándose a Jorge y estrechándole fuertemente el brazo.

Jorge preguntó al capitán, que andaba silencioso a su lado:

—No hay peligro, ¿verdad, capitán?

—No, señor —repuso éste—. La lucha ha terminado. Abragiadan está prisionero y sus hombres han muerto o se han entregado. En este sector todo ha terminado ya.

Rizal, que había oído la pregunta, intervino:

—Una vez desarticulada la sede de la organización subversiva, liquidar a los demás focos es una simple operación de policía que probablemente quedará terminada hoy.

Llegaron a la puerta de "Las Siete Estrellas", demolida por los disparos de dos baterías antitanques que se habían emplazado frente a ella. El tugurio se hallaba custodiado por policías militares armados hasta los dientes. Subieron por una escalera medio derruida, de la que al parecer habían sido retirados ya los cadáveres pero que aún mostraba grandes manchas de sangre.

Frente al despacho del armenio se hallaban apostados dos fornidos mocetones de la policía militar, lanzallamas al puño. Ambos se cuadraron al distinguir al capitán de su sección, que respondió brevemente a su saludo.

En el despacho de Abragiadan todo estaba revuelto. La mesa de ébano bruñido estaba volcada, con los cajones sacados y el contenido de los mismos esparcido por el suelo, en el que se veían numerosos papeles y documentos chamuscados y quemados a medias.

—Mis hombres le sorprendieron cuando estaba intentando quemar el archivo de su organización —les explicó el capitán de la policía militar.

En un rincón, hundido en una butaca, con la tapicería medio arrancada,

custodiado por dos guardias de vista, se hallaba Abragiadan.

Llevaba su americana cruzada abierta, manchada y arrugada y una pernera de su pantalón estaba rasgada de arriba abajo desde la rodilla, dejando ver su ropa interior blanca, que producía un efecto grotesco y patético. Tenía la cara tiznada y sin afeitar y una mejilla surcada por un profundo corte, cubierto de sangre seca y coagulada. Con expresión de estupor se contemplaba la punta de los zapatos, mientras sus dos manos pendían fláccidamente a ambos lados de los brazos del sillón.

Rizal se acercó a él con paso firme. Deteniéndose a dos pasos de la butaca, lo contempló en silencio con los brazos cruzados. El armenio sólo entonces pareció apercibirse de su presencia y alzó lentamente hacia él unos ojos enrojecidos y abotargados, de mirada inexpresiva.

—Todo ha terminado, Abragiadan —dijo Rizal con voz serena—. ¿Cree usted que valía la pena cometer esta locura, que ha costado tantas vidas humanas?

La voz que salió de los labios de Abragiadan, que apenas se movían al hablar, parecía no ser suya y proceder de una remota distancia.

—Pero en la Tierra hemos ganado... Alguien me ha traicionado, aquí... Todo estaba previsto y no podía fallar.

Todos guardaron silencio, como esperando que continuase. Y, efectivamente, así lo hizo:

—Esta noche teníamos que ser dueños de Marte. ¿Qué ha pasado...? ¿Qué ha pasado...?

El plan era perfecto: contábamos con armas y con hombres entrenados...

—Yo le diré lo que ha pasado, Abragiadan —repuso Rizal—. Les ha fallado algo importantísimo: la moral. Creían ustedes que, a los primeros disparos, toda la población de Marte se pondría a su lado y no ha sido así. A partir de los primeros disparos se han encontrado solos. Tengo informes de que en muchos sectores la población civil no sólo no les ha secundado, sino que ha participado activa mente en la lucha contra ustedes. Desde el primer momento, han quedado limitadas sus propias fuerzas y la finalidad de su movimiento no ha engañado a nadie: adueñarse del poder a sangre y fuego para someter primero a los “technicus” y luego a la población en general a sus dictados y a un sistema de gobierno totalitario que ya ha pasado a la Historia.

Abragiadan meneó lentamente la cabeza.

—No sé... Es posible que tenga usted razón. En esto, como en otras muchas cosas, me engañaron los informes excesivamente optimistas que me facilitaban los que me rodeaban. Me pintaron una empresa sin dificultades... un paseo militar hasta el palacio del gobernador, en cuyo despacho me esperaba ya el sillón de mando, que hubiera cambiado por esta butaca... Pero he perdido y ahora justo será que pague mi exceso de optimismo.

Abatió bruscamente la cabeza y una de sus manos se dirigió como una exhalación a un bolsillo de su chaqueta. Los dos guardianes se abalanzaron sobre él, sujetándolo fuertemente y obligándole a sacar la mano del bolsillo.

Abragiadan tenía el puño cerrado fuertemente pero, cuando uno de los policías militares le retorció la muñeca, lo abrió lanzando un gemido de dolor.

Una pequeña cápsula de cristal se rompió contra el suelo y por la estancia se esparció un olor de almendras.

—Cianuro —comentó brevemente Jorge.

Luego se volvió hacia Rizal.

—¿Me permites que le haga unas preguntas, Pepe?

Rizal asintió.

Jorge asió a Fernández el camarero por el brazo y lo acercó a Abragiadan.

—¿Conoce usted a este hombre?

El armenio se había vuelto a hundir en la butaca y levantó sus ojos abotargados para contemplar a Fernández. Movió lentamente la cabeza en signo negativo.

—No.

—Pero sí conocerá usted a Enrique Suárez o, mejor dicho, Miguel Casado, que éste es su verdadero nombre.

La sombra de una sonrisa cruzó por el rostro del armenio.

—¿Qué se ha hecho de ese pájaro? —musitó—. ¿Aún sigue por ahí, disfrazado de Cyril Heathfield, ingeniero electrónico?

Jorge y Marga se miraron.

—Con que era Heathfield, ¿eh? —murmuró Jorge entre dientes—. Pero... hay varias cosas que no veo claras. Casado es un hombre sin instrucción, que muy difícilmente podría representar el papel de ingeniero electrónico. Además, era moreno y Heathfield es pelirrojo.

La cansada sonrisa se acentuó en el rostro de Abragiadan.

—Amigo, la Organización dispone, mejor dicho disponía de toda clase de mandos en Marte. Entre ellos se contaba con lo que nosotros llamábamos el Instituto de Belleza en realidad una clínica de cirugía estética —aunque a veces no demasiado estética— donde se podía cambiar de tal modo a una persona, que ni su propio padre la hubiera reconocido... El Dr. Hans Müller, que la dirigía, hacía verdaderas maravillas... ¿Qué habrá sido de él?

—Ha muerto —dijo secamente el capitán de la policía militar.

Abragiadan suspiró:

—Pobre Hans... El año que viene pensaba retirarse... Pero, en fin, la verdad es que hacía verdaderas maravillas. —Hablaba más bien como para sí mismo; dijérase que la evocación de aquellos recuerdos aliviaba su tensión interior—. Era capaz de convertir a un hombre rubio en moreno y viceversa; dar una nueva pigmentación a la piel; cambiar incluso el color de los ojos y el timbre de la voz... Era maravilloso...

Jorge lo atajó con un ademán.

—Pero...

—Sí, ya sé qué quiere decir... La parte psicológica... De ésta se cuidaba el Dr. Heinz Sternfeldt... ¿Ha muerto también?

El capitán asintió en silencio. Abragiadan volvió a suspirar y prosiguió:

—El Dr. Sternfeldt empleaba de preferencia los métodos posthipnóticos y oníricos... dicho de otro modo, la enseñanza durante el sueño. Gracias a ellos, el sujeto sometido a tratamiento aprendía sin darse cuenta y en el espacio de un par de días conocimientos que normalmente hubiera tardado años en asimilar. Pero, como ustedes saben, no se trata de nada nuevo... Estos métodos pedagógicos ya son de uso corriente en la Tierra. Pero dígame... —añadió, mirando a Jorge con sus ojos abotargados—. ¿Qué ha sido de Casado? No es que sienta demasiado interés en saberlo... nada me interesa ya... se trata de una pregunta puramente... formularia.

—Que no tengo ningún inconveniente en contestar —repuso Jorge—. Huyó de la Misión Arqueológica Rockefeller en un jeep estanco, con el propósito de atravesar el desierto hasta Marstown. Pero los expertos dicen que no lo conseguirá. Y aún en el caso hipotético de que lo consiguiese, el recibimiento que se le haría aquí no sería muy caluroso, como usted puede figurarse.

En aquel instante Marga lanzó un grito ahogado y su mirada se cruzó con la de Rizal, que había palidecido de pronto. Ambos permanecían inmóviles, con la vista fija en el vacío, como si escuchasen una llamada interior.

—¡La Tierra, Jorge! —dijo Marga con voz desgarrada—. Es Arturo Lloveras... La lucha prácticamente ha terminado y los “technicus” son perseguidos y muertos en todas partes por multitudes de fanáticos... Me llama desde el Instituto de Atlanta... él y un puñado de supervivientes se hallan resistiendo aún en el último reducto... pero me dice que la lucha no puede durar...

De pronto ambos lanzaron un grito.

—¡Han matado a Arturo! —exclamó Marga, sollozando.

—Sí, lo han matado —añadió Rizal, con voz ronca—. He sentido su muerte al cortarse dolorosamente el contacto telepático.

Abragiadan lanzó una histérica carcajada.

—¡Por lo menos allí las tornas han cambiado! —exclamó—. Podemos considerarlo como... ¿una venganza? —musitó, hundiéndose aún más en el sillón.

A partir de entonces se encerró en un completo mutismo, no volviendo a pronunciar palabra hasta que las fuerzas de seguridad se lo llevaron para ponerlo a buen recaudo en los calabozos del palacio del Gobierno.

Marga, Jorge y sus compañeros, abrumados, salieron de lo que había sido cuartel general de la organización subversiva. Cuando estuvieron en la calle, Marga se volvió a Jorge para preguntarle:

—¿Qué habrá sido del Dr. Gali, Jorge?

Jorge se encogió de hombros.

—No sé... ni es fácil que por mucho tiempo lo sepamos. De momento se interrumpirán las comunicaciones entre la Tierra, Marte y Venus y es posible que esta situación dure incluso años... hasta que los “sapiens” vayan desapareciendo. Es inútil intentar poner vallas a la Naturaleza.

Rizal se volvió hacia ellos.

—Yo voy a recorrer la ciudad... para comprobar personalmente que la rebelión ha sido sofocada. ¿Queréis acompañarme?

Todos asintieron, incluso Whittaker y Richardson.

—¿Y usted, Fernández? —preguntó Rizal al camarero.

—Me gustará mucho, señor, si usted me lo permite —repuso ése.

—Pues no faltaba más. Interpretando el sentir de mis compañeros "technicus" —repuso Rizal— le diré que creo que todos le debemos una reparación por haber sospechado de usted. Estoy enterado de todo —dijo sonriendo al ver la expresión de pasmo de Fernández—. Antes de su llegada a Marstown, el profesor Palmer nos puso al corriente de la situación por radio. Por ello tenía interés en carearlo con Abragiadan. Ahora ya está todo claro y, naturalmente no le someteremos al detector de mentiras.

—Gracias, señor gobernador —dijo Fernández.

El recorrido de la ciudad se efectuó sin incidentes. La noticia de la rendición del cuartel general rebelde se había esparcido como un reguero de pólvora y los dos focos de resistencia que aún subsistían no tardaron en deponer las armas. En total se hicieron cuatrocientos veintisiete prisioneros a los sediciosos. Sus bajas habían sido mucho más elevadas y pasaban del millar, entre muertos y heridos. La policía militar, las fuerzas de seguridad y el paisanaje armado habían tenido pocas bajas a proporción.

El coche oficial se detuvo en una calle sembrada de escombros y ocupada militarmente.

—Bajemos —dijo Rizal—. Aquí murió Clarke.

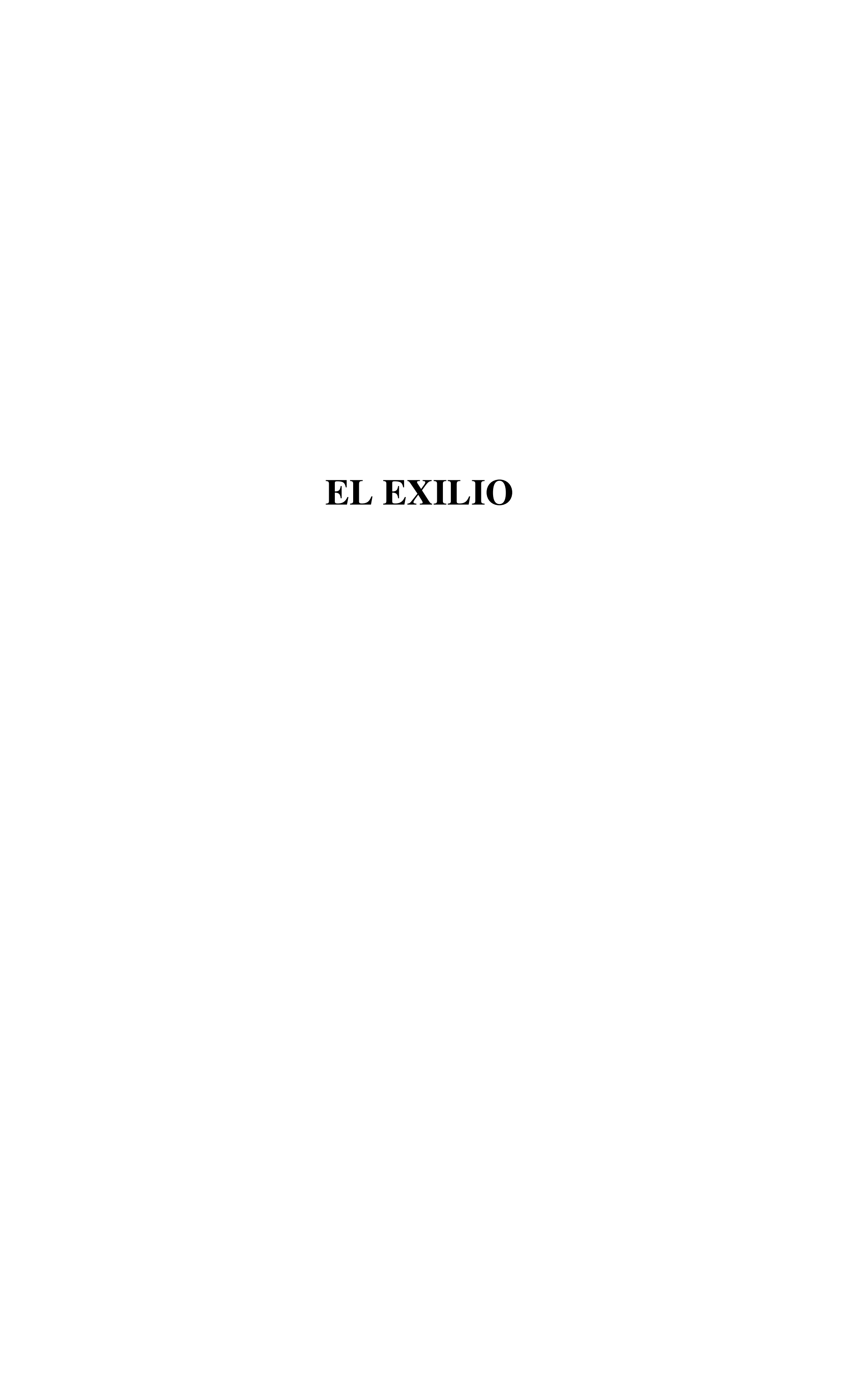
Les condujo a un lugar en el centro de la calzada, donde aún había una gran mancha de sangre seca.

—Esta es la sangre de Clarke... —dijo Rizal con tono conmovido—. La sangre del hombre, que no ha sido vertida en vano. De ella nacerá una nueva Humanidad, que ahora se está fraguando entre la lucha y el dolor. Hombres como Clarke hacen honor a la vieja especie humana que, cumplido su ciclo ancestral, ahora se retira para dar paso a una nueva estirpe. A nuestro inolvidable amigo, formado en las Humanidades y el amor a los clásicos, le parecería bien escuchar ahora aquellos versos de Virgilio: "Ya viene la última edad predicha por la Sibila... ya una nueva progenie desciende de lo alto del cielo... Ya vuelven los tiempos de Saturno..." Descansa en paz, amigo inolvidable, que reuniste todo lo mejor que "tuvo" el hombre...

Todos permanecían silenciosos, muy apretados en torno a Rizal. Este suspiró profundamente y regresó al coche, seguido por los de más "technicus".

NOTA DEL AUTOR

Los sucesos que constituyen el tema de esta novela se desarrollan en el período de transición que comienza en el primer cuarto del siglo XXI y termina aproximadamente a la mitad del mismo. En 2080 los "sapiens" eran tan raros, que se consideraban como curiosidades de museo. Casi ninguno vivió hasta el final del siglo. Los hechos descritos, "que ocurrirán inexorablemente" (así está escrito en el libro del Tiempo, que por un extraordinario privilegio —cuya fuente no puedo revelar— abrió algunas de sus páginas para mí) significan la última convulsión desesperada de la vieja especie humana antes de perecer. Su fin abrió paso a la nueva especie, más perfecta, más sabia y más prudente. La Tierra se reconquistó en 2063; Venus mucho antes, en 2037. En Marte, sofocada la primera rebelión, perduró siempre la paz, primero bajo el justo gobierno de Rizal y luego bajo el de su sucesor, Hjalmar Björnson. Entretanto, la enorme capacidad intelectual de los "technicus" aportó beneficios sin cuento a la Humanidad y le abrió el camino de las estrellas, donde esperaban a sus hermanos, desde hacía millones de años, las altas y resplandecientes civilizaciones "humanas" del centro de la Galaxia. "Ita diis placuit". Así plugo a los dioses.



EL EXILIO

I

Los cinco hombres que formaban el tribunal permanecían inmóviles, ceñudos tras la larga mesa. El presidente era un hombre alto, enjuto, de cabeza rapada, como sus cuatro compañeros. Todos vestían la larga hopalanda azul con los emblemas de oro del Imperio, distintivo de los magistrados planetarios. Frente a ellos, en el centro de la austera estancia de paredes grises, se sentaba Zohar, el reo; un joven moreno, de ojos negros y ardientes como carbunclos, esbelto y bien proporcionado a pesar de no ser muy alto. Vestía la leve túnica escarlata de los altos oficiales telépatas y se hallaba custodiado por dos guardias. La tela estaba rasgada ligeramente en los hombros; le faltaban las charreteras y los distintivos de su rango, señal inequívoca de que había sido degradado.

Con voz monótona, el relator, sentado al extremo izquierdo de la mesa, procedió a la lectura del pliego de cargos:

—Se inicia el juicio sumarísimo contra el llamado Angus Zohar, ex-comandante telépata de las fuerzas imperiales del Sistema, división de Sol III. Que la infalible sabiduría de nuestro emperador, el gran Kálmicos VIII, se digne iluminarnos.

E hizo una leve inclinación ceremoniosa, volviéndose a medias hacia un gran retrato tridimensional que presidía la estancia, y representaba a un hombre de media edad, calvo y de expresión cruel, ataviado magníficamente con un uniforme rutilante de oro v pedrería. Luego prosiguió, tomando unos folios de encima de la mesa:

—Los cargos que se hacen al acusado son los siguientes: Primero: incitación a la rebelión. Segundo: desobediencia deliberada a cumplir órdenes de sus superiores. Tercero: intento de deserción. Cuarto; actividades subversivas y contactos con los execrables Riisli, que Kálmicos confunda. Todos estos delitos traen aparejada la pena de muerte cuando son cometidos por un oficial en servicio activo, como era el caso de Zahor. Sólo por pura fórmula, le haré la pregunta de ritual: ¿Tiene algo que alegar en su descargo antes que el Tribunal pronuncie su sentencia?

El joven moreno lo fulminó con la mirada, antes de responder secamente:

—No.

—Entonces —prosiguió imperturbable el relator— el juez decidirá.

Y con estas palabras tomó asiento, recogiendo los holgados pliegues de su hopalanda.

El juez apoyó ambos codos sobre la mesa, mientras cruzaba los dedos de las manos al juntarlas. Antes de hablar, examinó inquisitivamente a Zohar por unos instantes. Un miembro del Tribunal carraspeó. Terminado su examen, el juez habló con voz pausada, sin quitar la vista encima de Zohar:

—Lo que más lamento, Angus —dijo con suavidad, casi con dulzura—, es

que tenga que ser yo quien debe sentenciarte. Aún me parece ver a tu padre, el coronel Zohar, con quien estudié en la Academia. ¡Si pudiese ver lo que tú has hecho con su glorioso apellido...! No contento con arrastrarlo por el lodo, te has atrevido a convertirte en el cabecilla de una rebelión contra nuestro amado emperador y Dios nuestro. Y —¡horror de los horrores!— has buscado la alianza de los impíos Riisli. ¿Crees que todo esto se paga con una muerte? Yo creo que no, Angus; es demasiado fácil y demasiado cómodo morir. ¿No te parece?

Viendo que Angus guardaba silencio, prosiguió, en tono aparentemente conciliador:

—Vamos, hombre; habla. Di por lo menos que estás arrepentido. La sombra de tu padre se merece por lo menos esto.

Angus Zahor respiró profundamente. Con voz baja y contenida, sin mirar a nadie, como si hablase consigo mismo, empezó a decir:

—Hubo un tiempo en que estos discursos me impresionaban. En que la simple invocación del nombre de nuestro sacrosanto emperador hacia correr un escalofrío de temor y veneración por mi espinazo. Pero esto fue antes... antes de que ¡se abriesen mis ojos y comprendiese que nuestro emperador no es más que un borracho cruel y ambicioso... —El juez, sin apartar la vista de Zahor, contuvo con un gesto suave a un miembro del tribunal, que iniciaba un ademán de protesta— un déspota entregado a una continuada orgía de sangre. Hace muchos miles de años, cuatro o cinco mil, no recuerdo exactamente —la historia antigua nunca ha sido mi fuerte— existió un tirano parecido... se llamaba Hitler. Vosotros podéis matarme, pero la llama de la libertad no se extinguirá. La semilla ya ha sido sembrada y la odiosa tiranía que habéis implantado tiene los días contados. Ahora, podéis matarme.

El juez le miró en silencio por unos instantes. Luego dijo:

—Os creéis superiores a nosotros, ¿verdad? Es cierto, nosotros no poseemos vuestras maravillosas facultades telepáticas. Teniendo en cuenta eso, nuestro emperador ha distinguido a todos los de vuestro grupo, dándoles cargos importantes y prebendas, y vosotros se lo pagáis con la traición más solapada. He reflexionado, y he llegado a la conclusión de que la muerte es poco para ti. Es demasiado cómodo y demasiado fácil morir. No, no morirás. Tu castigo será peor, infinitamente peor. Vivirás lo que te resta de vida pero... no aquí, en tu mundo y en tu época, sino en el pasado. El castigo que te impongo será enviarte al pasado remoto, para que, entre gentes bárbaras e incultas, puedas meditar el resto de tu vida sobre tu gran crimen y sobre lo que has perdido para siempre.

Con un gesto, ordenó a los dos guardias que custodiaban a Zohar:

—Lleváoslo.

II

La celda de paredes blanquecinas tenía por único mobiliario una mesa baja y una cama de campaña. Como todas las habitaciones de las casas que se construían a mediados del siglo XXXIII, estaba bañada de una luz uniforme que no parecía proceder de ninguna parte.

En la cama se hallaba sentado Zohar, con las manos cruzadas y la vista fija en el suelo. Después de serle comunicada la sentencia, los guardias lo habían devuelto a su celda para que esperase allí a que los técnicos pusiesen a punto la máquina temporal-espacial que debía enviarle al pasado. Sólo existían dos de aquellas máquinas en el Sistema: una se bailaba en Sol III (planeta que los antiguos conocían por el nombre de Tierra) y la otra en Sol IV, o sea el planeta antiguamente conocido por Marte. Sol II (la antigua Venus) Sol III y Sol IV formaban el Imperio Planetario que en la actualidad regiría totalmente Kálmicos VIII, de no haber sido por la rebelión de los oficiales telépatas, que había sido sofocada en Sol II y en Sol III pero no en Sol IV.

En estos hechos pensaba cabizbajo el joven Zohar, y en las posibilidades de triunfo que tenía una rebelión. Si al menos pudiese entablar contacto mental con sus amigos que habían conseguido triunfar en Sol V... Pero los tecnócratas que se hallaban al servicio de los sicarios de Kálmicos VIII, habían establecido barreras mentales en torno a Sol III y todos los mensajes mentales que enviaba Zohar se estrellaban contra estos muros, sin conseguir tampoco captar nada.

Si antes de que lo enviasen al pasado pudiese establecer contacto, aunque fuese una sola vez, con su amigo Ralf Glinn... Pero sus sondas mentales se perdían en el vacío.

De pronto levantó la cabeza, alerta. Una vocecita parecía llegarle, desde una distancia remotísima. Escuchaba palabras confusas en el interior de su cabeza. Súbitamente, la voz se hizo fuerte y clara y era la voz de Ralf Glinn:

"Zohar... Zohar... ¿Me oyes? Soy Ralf. Hemos conseguido anular la barrera mental. Pero sólo será por unos momentos. Sin embargo, bastarán para que podamos comunicarnos. ¿Cómo estás? "

"Bien, contestó Zohar. ¿Me oyes también tú? "

"Sí, te oigo fuerte y claro. ¿Has sido condenado ya? "

"Sí. Y a algo peor que la muerte. Seré desterrado al pasado, a una época remota."

"Lo hacen porque no se atreven a matarte. Tu popularidad es demasiado grande y ese miserable de Kálmicos no se siente seguro. Pero mira, no pierdas las esperanzas. Uno de los guardias que te custodian está de nuestra parte. Es un hombre alto y rubio, de ojos azules. Tú le comunicarás mentalmente el año y el siglo a los que te enviarán (supongo que podrás saberlo) y el lugar de la Tierra. Nosotros haremos el resto. No olvides que en Sol IV tenemos la

segunda máquina del tiempo.

“Así lo haré, Ralf”.

“Ahora debo cortar la comunicación. El gasto de energía que ha sido necesario para anular por breves momentos la barrera mental no puede seguirse manteniendo por más tiempo. Recuerda: comunica esos datos al guardián. Nosotros ya nos arreglaremos para hacernos con ellos merced a nuestra red de espionaje que Kálmicos no ha podido desbaratar totalmente. Adiós, Zohar, y buena suerte.”

El “Adiós” mental de Zohar se estrelló contra un muro de silencio. La comunicación se había cortado.

La puerta de la celda desapareció silenciosamente en la pared. Como absorbida por ella. Entraron dos guardias. Uno de ellos era un hombre fornido de facciones atezadas, pelo crespo y rasgos negroides. El otro era un hombre alto y rubio, de aspecto nórdico. Inmediatamente Zohar le miró a los ojos, pero la expresión del guardia era imperturbable y no hizo el menor signo de reconocimiento. Por el contrario dijo con voz indiferente:

—Síguenos. La hora ha llegado.

Zohar sondeó con intensidad la mente del guardia, pero éste parecía haber corrido un velo sobre sus pensamientos. Aquel hombre no debía de ser telépata. Sin embargo, como todos los seres humanos corrientes, podía captar y entender los mensajes. Asimismo, cuando no corría un velo sobre su mente, sus pensamientos podían ser leídos por un telépata de primera clase como Zohar. Pero aquel hombre era inescrutable, en su rostro y en su mente.

“¿Me oyes? ¿Me oyes?, repetía una y otra vez Zohar. Si es así, hazme una señal cualquiera: por ejemplo, mírame y parpadea.” Los tres avanzaban por los pasillos del palacio-fortaleza de Kálmicos en la antigua Pretoria. El guardián rubio caminaba imperturbable a su lado. Sólo una vez se volvió para mirarle con sus fríos ojos azules y un levísimo parpadeo los ocultó por un instante.

Así llegaron ante una nueva puerta baja, que daba paso a una enorme sala, todo el centro de la cual se hallaba ocupado por un gran tubo translúcido a través de cuyas paredes se distinguían confusamente objetos brillantes y dos grandes lentes convexas hechas de una sustancia ambarina.

Junto a la extraña construcción se hallaban reunidos el juez y los magistrados que le habían condenado, con los que se encontraban dos hombres que lucían el uniforme de los técnicos cibernéticos.

—Aquí está el reo, señor —dijo el guardia rubio, dirigiéndose al juez con su misma voz indiferente.

El juez se volvió hacia uno de los técnicos, para preguntarle:

—¿Está todo a punto?

—Podemos empezar cuando quiera Vuecencia —repuso el técnico.

—Acércate, Zohar —dijo el juez, sonriendo extrañamente—. Acércate, y no temas, que no vas a morir.

Zohar se acercó al juez. Desesperadamente, su mente sondeó de nuevo la

del guardia. ¿Por qué interpondría aquel hombre un velo tan tupido ante sus pensamientos? ¿Sería por temor a delatarse mediante un gesto involuntario, suyo o de Zohar? ¿Y si no fuese aquel el hombre que le había indicado Ralf? En Sol III abundaban los hombres rubios y altos. Desde que, hacía siglos, el planeta tenía un solo gobierno, los hombres del bloque eurasiático, de las dos Américas y de Africa, que antaño fueron tres Estados distintos, se mezclaban libremente. El racismo era una cosa del pasado... del pasado remotísimo.

Con esta duda en su corazón, Zohar siguió avanzando. Sin embargo, aquel levísimo parpadeo del pasillo... Claro que podía haber sido una simple casualidad. Después de todo...

—Zohar —le dijo el juez—. Dentro de pocos instantes ya no estarás entre nosotros. ¿Tienes algo que decir antes de abandonarnos para siempre? ¿Algún ruego que hacer? Si no es algo exagerado o imposible, te lo concederemos muy gustosos, para que veas que no somos tan tiranos como tú crees.

—Sí, una cosa —repuso Zohar—. ¿A qué año y a qué lugar me enviaréis?

El juez le miró por unos momentos como reflexionando. Luego se volvió hacia el técnico:

—¿A qué año y a qué lugar se enviará al reo?

—De acuerdo con sus instrucciones, hemos ajustado la máquina para enviar al reo al siglo XX. También de acuerdo con ellas, hemos escogido un lugar remoto y salvaje: el país que entonces se llamaba España.

El juez hizo un movimiento de asentimiento.

—Ya lo has oído —dijo, volviéndose de nuevo hacia Zohar—. Siglo XX y España.

Zohar denegó con la cabeza.

—Quiero saber también el año y el día.

El juez miró al técnico. Este dijo:

—Él 7 de mayo de 1960. El lugar, las afueras de una ciudad llamada Barcelona... La Barcia moderna. Zohar se materializará en el interior de la casa de unos indígenas. Más, no puedo decirte.

—¿No correré el riesgo de materializarme en el interior de un muro, por ejemplo? —preguntó Zohar.

—No —repuso el técnico—. Esa probabilidad ya está prevista. Las estructuras moleculares se rehuyen automáticamente. La materialización siempre se efectúa en un espacio aéreo—. Con una sonrisa sardónica, dijo—: No te materializarás con una silla metida en el cuerpo, amigo. No temas.

Con un gesto, indicó a Zohar que le siguiese.

Este se encaminó a la máquina. Con el rabillo del ojo, observó al guardia rubio, que se mantenía a un lado, imperturbable como siempre, en compañía de otro guardia. Desde luego, había oído toda la conversación y sabía que la fecha era el 7 de mayo de 1960. ¿Llegaría a saberlo también alguna vez su amigo Ralf?

En el centro del cubículo transparente había una pequeña plataforma redonda, sobre la que convergían, a unos tres metros de altura sobre la misma,

las dos grandes lentes ambarinas.

—Colócate ahí —dijo a Zohar el técnico que le había acompañado, indicándole la plataforma.

El otro técnico se hallaba sentado ante un tablero de mandos en el que parpadeaban luces rojas y verdes. Con hábiles dedos de pianista ajustaba llaves, abría conmutadores y hacía girar diales. Un leve zumbido se elevó. Al propio tiempo, los dos grandes discos que tenía sobre la cabeza empezaron a adquirir un brillo fosforescente.

—Pronto estarás sometido a la acción de un potente campo de fuerzas —le explicó el técnico con volubilidad—. Este campo provocará una distorsión en el continuo espacio tiempo, proyectando todo cuanto encierra el cubículo al hiperespacio, o sea proyectándote fuera del espacio y el tiempo actual. Entonces, mi compañero —e indicó con un gesto al que accionaba los mandos — te "recogerá", por así decir, para enviarte al complejo cuatridimensional que deseamos, aunque sea a veinte mil años de distancia. Pero no, no temas —dijo irónicamente, alzando una mano— sólo te enviaremos al siglo XX.

De pie sobre la plataforma, Zohar levantó la cabeza. Las dos grandes lentes habían adquirido un brillo que casi le cegaba. Tuvo que apartar la vista. De pronto oyó un agudísimo silbido y empezó a caer, a caer, en un abismo sin fondo, mientras todo se disolvía en un fantástico estallido de luces y colores, dentro del cual resonaba, burlona, la voz del técnico; sólo te enviaremos al siglo XX... al sigo XX...

III

—¡Eleonor!

—¿Me llamabas, mamá?

—Sí, hija; era para decirte que yo me voy a dormir. Son las once y media.

Eleonor dejó el último plato que acababa de lavar en la repisa y se volvió hacia la puerta de la cocina. De pie en ella vio a su madre, con su rostro bondadoso, sus gafas y sus blancos cabellos, que la miraba.

—¿Tardarás mucho en ir a acostarte?

—No, mamá; es decir... me gustaría esperar que volviese Claudio.

—¿Por qué?

—Mañana es fiesta, y me gustaría decirle que él y su novia están invitados a casa de los Costa, conmigo. Me han telefoneado hace un rato para decírmelo.

—Puedes decírselo mañana, ¿no? Ya sabes que cuando va al cine con Juana y sus padres, luego se van por ahí a tomar algo y viene tarde.

Eleonor se quitó los guantes de goma conque había estado lavando los platos. Luego, en gesto maquinal, se arregló su hermoso pelo color caoba. Mientras se quitaba el delantal dijo:

—Tú vete a dormir, mamá. Yo ya me arreglaré.

—Bien, hija, buenas noches.

Y la anciana señora desapareció de la puerta.

Tarareando una cancioncilla, Eleonor dejó el delantal y los guantes en su lugar, cerró fuertemente el grifo que goteaba y pasó de la cocina al comedor, después de apagar la luz de aquélla.

En el comedor, encendió una lámpara de pie colocada junto a un diván y, tras apagar la lámpara principal, se acomodó en el diván, tomando un grueso libro y un paquete de cigarrillos. Doblando las piernas bajo el cuerpo, encendió un cigarrillo y se dispuso a leer.

Su madre cruzó por la estancia como una sombra.

—Creía que te habías ido a dormir, mamá —dijo Eleonor, quitándose el cigarrillo de los labios y lanzando una bocanada de humo.

—Esas chicas modernas... —dijo su madre—. Cuando yo tenía tu edad, ni por asomo se me hubiera ocurrido fumar. ¿Sabes dónde he dejado el cesto de la labor?

—Lo tienes ahí, mamá —dijo Eleonor sin volverse, y levantando el brazo, con la vista fija en la lectura—. Sobre la mesita.

Su madre recogió el cestillo y, de paso echó una mirada al libro que leía su hija:

—¿Todavía estás con “Un Millón de Muertos”? Hace dos meses que lo lees.

—Ya casi lo termino, mamá. Estoy en el muerto setecientos veintisiete mil ochocientos cuarenta y cinco.

—Buenas noches, hija.

—Buenas noches, mamá.

Eleonor siguió leyendo, y lanzando de vez en cuando bocanadas de humo. El reloj de cuco dio las doce. En el cenicero colocado en la mesita había ya las colillas de tres cigarrillos. Eleonor cambió dos o tres veces de postura y siguió leyendo. Por último se tendió en el diván con la cabeza apoyada en el almohadón y el libro alzado en ambas manos. Eleonor notaba que sus ojos se le cerraban, pero hacía esfuerzos por no dormirse. Los brazos le dolían de sostener el pesado libro. Lo dejó apoyado de canto en el suelo y sus pensamientos se hicieron vagos y soñolientos. Su hermano... probablemente aún tardaría una hora... y ella no resistiría tanto. ¿Qué película había ido a ver? Ah, sí, “Ben Hur”... a ella le hubiera gustado ver la primera versión, la de Ramón Novarro. ¿Por qué no vienes?, le había dicho Juana por teléfono, aquella misma tarde cuando la llamó a la oficina. Yo ya lo vi con unas amigas, había dicho ella, y hace muy poco tiempo para que me apetezca verlo de nuevo. Charlton Heston... un hombre muy apuesto... Si alguna vez ella se enamoraba, tendría que ser de un hombre así... Tenía sueño... mucho sueño... Los cuentos de Andersen... aquel hombrecillo, Ole Lukoje, que echaba arenilla a los ojos de los niños... ella había creído en él, cuando tenía ocho años... su padre, su padre querido le contaba estos y otros cuentos, sentándosela sobre sus rodillas... pero ya hacía once años que había muerto... cuando ella tenía doce... a veces lo echaba de menos de un modo terrible... Ole Lukoje... arenilla...

Y se quedó dormida.

Algo, una sensación extraña e indefinible, la despertó de pronto. ¿Qué hora sería? Sobresaltada, miró hacia la pared opuesta, pero estaba sumida en sombras y no distinguió el reloj de cuco. Un círculo de luz blanca bañaba medio cuerpo de la joven. La mesita colocada junto al diván, el libro caído en el suelo y el cenicero del que se exhalaba el olor rancio y desagradable de los cigarrillos fumados.

Eleonor tendió la mano hacia el libro para recogerlo. A unos centímetros del libro, algo brillaba. Eleonor miró... miró... Dos pies humanos, calzados con algo plateado y brillante. La mano de Eleonor se detuvo a medio camino, entre el diván y el libro. Como hipnotizada, su mirada fue ascendiendo por unas piernas cubiertas también de una sustancia plateada... unas rodillas... luego, nada. El cono de luz de la lámpara cortaba bruscamente aquellas piernas de plata. Eleonor sintió que se le paraba el corazón. Quiso hablar, y no pudo. Vio que su mano temblaba. La fuerza parecía haberla abandonado. No podía gritar ni levantarse del diván.

En aquel momento el reloj de cuco sonó una vez. Tanto podían ser las doce y media, como la una, como la una y media... Pero el sonido familiar del cuco pareció galvanizar las energías de Eleonor. Con un grito ahogado, trató de levantarse.

Una mano blanca y fuerte, de dedos largos y aristocráticos, penetró en el

cono de luz y se acercó al libro para recogerlo. Tras la mano apareció un rostro... un rostro de hombre, de facciones regulares y varoniles. Al propio tiempo, Eleonor creyó oír una voz que le decía:

“No temas... Soy amigo. No quiero hacerte daño.”

Y aquel rostro desconocido se acercó al suyo, para mirarla con una benévola expresión de curiosidad.

Eleonor, medio incorporada, consiguió al fin tartamudear:

—¿Quién... quién es usted...? ¿Qué quiere? “No temas”, repitió aquella voz que pareció resonar en el interior de su cerebro. Y era curioso... no debía de ser el desconocido, por-que sus labios no se movían. Como si hubiese captado su pensamiento, la voz continuó: “Sí, soy yo quien le habla... Es un contacto mental, de cerebro a cerebro. Yo también capto tus pensamientos. Soy un hombre del futuro, desterrado a tu época. No temas. No quiero hacerte daño.”

Con gesto vacilante, Eleonor levantó lentamente una mano hacia aquel rostro benévolo inclinado sobre ella, y lo tocó. Efectivamente, era real... sus dedos se hundieron en la carne elástica del hombre, notando el duro hueso de la mandíbula bajo la piel.

El desconocido sonrió:

“Sí, soy de carne y hueso; no soy una aparición. Me he materializado hace unos instantes a tu lado. Tú estabas dormida y no he querido molestarte. ¿Me permites que me siente a tu lado para explicártelo todo?”

Haciendo un gesto mudo de asentimiento, la joven terminó de incorporarse, dejando sitio a su lado. El desconocido se sentó junto a ella. Eleonor observó que sus piernas estaban totalmente enfundadas en una sustancia plateada, que se las ceñía estrechamente. Su cuerpo se hallaba cubierto por una túnica escarlata, desgarrada en una de sus mangas. El joven era alto y apuesto.

“Me llamo Zohar, Angus Zohar. Era primer oficial telépata en la división de Sol III. Los oficiales telépatas constituimos... perdón, constituíamos... mejor dicho, constituiremos... (oh, es difícil acostumbrarse a esta situación) una casta privilegiada en el imperio. En realidad, yo creo que el emperador Kálmicos VIII nos temía. El, y toda su camarilla, eran hombres vulgares, que no poseían facultades telepáticas. Nos temían, pero nos necesitaban. Sin nosotros era imposible la comunicación instantánea de astronave a astronave. Tienes que saber que cada nave del espacio transportaba a bordo a un oficial telépata. Los contactos telepáticos son instantáneos, al realizarse fuera del complejo cuatridimensional en que estamos sumergidos. Por lo tanto, para ellos no existen los años luz ni las distancias más aterradoras. Actualmente (oh, qué difícil es expresarse en el pasado) en que estamos explorando la Galaxia, nuestra aportación es absolutamente imprescindible. Pero Kálmicos era un tirano, un tirano de la peor especie. Ahogó en sangre toda oposición e hizo que le rindiesen culto como un dios. Entonces nosotros, los telépatas, nos rebelamos. En los planetas que vosotros llamáis Venus y Tierra, la rebelión

fue aplastada. En Marte, triunfó. Yo mandaba las fuerzas rebeldes de Sol III... es decir, Tierra, y caí prisionero de los secuaces de Kálmicos. Me juzgaron y me condenaron a ser enviado al pasado. Y ahora te diré algo que para nosotros ya no es un secreto: la verdadera razón del odio que siente por nosotros Kálmicos y los hombres que son como él, es que conocen nuestra superioridad. Nosotros somos los adelantados de la nueva especie humana que substituirá al "Homo sapiens". Este siente por nosotros el mismo odio irracional que el hombre de Neanderthal debía de sentir por los primeros "sapiens". Y trata de defenderse a toda costa, apelando a la fuerza. En realidad, esto es mucho más que una simple lucha política: es la lucha de una raza por su supervivencia, que se siente amenazada por los que han de substituirla."

Eleonor miraba fascinada a aquel semblante impasible y de nobles facciones, mientras en el interior de su cerebro resonaba aquella voz tranquila. De pronto Zohar la miró a los ojos y la voz mental preguntó;

"¿Me crees? ¿Crees todo cuanto te he contado?"

Eleonor asintió imperceptiblemente con la cabeza.

Sus labios musitaron:

"Si... te creo."

"¿Cómo te llamas?", preguntó Zohar.

—Eleonor...

Por primera vez, los labios de Zohar se despegaron, para murmurar el nombre de la joven:

—Eleonor... Eleonor...

Su voz era grave y musical, de un tono aterciopelado.

"¡Qué nombre tan bello! Tiene un sonido arcaico para mis oídos..."

Captó un pensamiento de la joven, y dijo: "Para comunicarte conmigo, puedes hablar. Yo no enriendo tu lenguaje, pero capto los pensamientos que expresas mediante el mismo. Y sé que para ti resulta más fácil hablar que pensar solamente lo que quieres decir. Ibas a preguntarme algo. Dilo."

—Zohar... —dijo Eleonor—. Creo todo cuanto me has contado, pero... la situación es muy exraña. ¿Cómo se lo explicaremos a mi madre, a mi hermano? Este va a regresar de un momento a otro y hay que prevenirle antes de que se alarme en exceso.

"Ya he pensado en ello. Por suerte, he conseguido encontrarte, Eleonor y sé que me ayudarás, ¿verdad? "

La joven asintió.

—Sí, pero surgirán una serie de complicaciones... De momento, podrás quedarte aquí, en la que había sido habitación de mis padres, pues ahora mi madre ocupa una habitación más pequeña desde que murió mi padre. Además, tendremos que proporcionarte ropas modernas... Creo que algún traje de mi hermano te irá bien de momento. Luego, está la dificultad del lenguaje: no puedes ir por ahí comunicándote telepáticamente con todo el mundo. Tienes que aprender nuestro idioma.

Zohar la miró con admiración.

“Me habían dicho que me enviaban a una época de gente bárbara e inculta. No creía encontrar en ella a una persona tan inteligente, serena y juiciosa como tú, Eleonor”.

La joven se ruborizó ligeramente.

—Gracias por el cumplido, Zohar. Mi madre siempre me dice que tengo mucho sentido práctico.

“En cuanto a lo del idioma, no te preocupes —dijo mentalmente Zohar. Lo aprenderé en un par de días.”

Eleonor le miró, pasmada.

—¿En tan poco tiempo?

“La estructura lógica de vuestro idioma es muy, sencilla. Casi me atrevería a hablarlo ya.”

Abriendo de nuevo la boca, dijo:

—Eleonor... eres... muy inteligente. No creía que en el siglo XX... hubiese personas... como tú.”

“¿Qué te parece? ”, pensó.

—¡Maravilloso! —exclamó Eleonor.

“Si fueses telépata, sabrías que esto no tiene mucha importancia.”

En aquel momento, sonaron pasos en el vestíbulo y alguien entró en el comedor.

IV

Claudio Reynals, hermano de Eleonor, era un muchacho fuerte y deportivo, muy aficionado a leer novelas de Colección Nebulae. Así, no se sorprendió demasiado cuando su hermana, con cierto nerviosismo, le dijo que aquel desconocido cubierto con un extraño traje que se encontraba con ella en el comedor de su casa, era un hombre del futuro, concretamente del siglo XXXIII, que había sido desterrado a nuestra época por un delito que de momento no comprendía bien.

Con la prontitud con que los jóvenes se adaptan a todo lo nuevo e imprevisto, aceptó la situación sin demasiada sorpresa, pasado el primer momento de estupefacción.

Además, aquella voz mental que resonaba en su cerebro y que sin duda procedía del desconocido terminó de convencerle de que no era objeto de una broma.

—¿Y qué vamos a hacer, Eleonor?

Eleonor miró a su hermano, pensativa.

—De momento, dormirá en la antigua habitación de nuestros padres. Luego, tú le dejarás uno de tus trajes... junto con zapatos, calcetines, etc. Creo que le irá bien. Diría que sois de la misma estatura.

Claudio la miró, enarcando las cejas.

—¿Y qué más?

—Mañana, afortunadamente, es día festivo y podremos pensar en algún plan con calma. Creo que lo mejor que podríamos hacer todos ahora es irnos a dormir.

Claudio ocultó un bostezo con la mano.

—En efecto, yo tengo mucho sueño.

El reloj de cuco dio las dos.

—Son las dos —dijo Claudio.

Zohar había asistido silencioso a esta conversación. En su fuero interno se felicitaba por encontrarse entre aquellos seres del pasado. Había caído en buen lugar.

Luego su mirada se posó en el libro, que había dejado sobre la mesilla, y volvió a recogerlo.

“¿Esto es un libro, verdad?”, preguntó mentalmente.

Ambos jóvenes le miraron sorprendidos.

—Naturalmente —respondió Eleonor—. ¿No tenéis libros, en tu tiempo?

“He visto algunos, en museos, pero son rarísimos.”

—¿Qué utilizáis, pues, en lugar de libros? —preguntó.

Zohar esbozó un ademán vago.

“Nuestra cultura parte de unas premisas muy distintas de la vuestra —repuso—. Supongo que sería como si un antiguo babilonio os preguntase por

qué no utilizáis tablillas de tierra cocida con caracteres cuneiformes. Para él, un libro sería algo tan raro e incomprensible como nuestros memorizadores portátiles para vosotros. Nosotros asimilamos directamente los conocimientos por medio de unos métodos emparentados con la hipnosis y la telepatía, pero mucho más perfeccionados.”

—No niego la eficacia que puedan tener estos métodos en el terreno pedagógico —arguyó Eleonor—, ¿pero es que no tenéis... o tendréis... literatura de imaginación? Este libro que yo estaba leyendo, por ejemplo, es una novela.

Zohar dio vueltas al pesado mamotreto entre sus manos, examinándolo con curiosidad.

“¿Una novela? Tenía entendido que la novela como género literario había muerto en el siglo XXVII, poco más o menos, coincidiendo con el invento del memorizador. ¡Una novela, qué curioso!”

—¿Pero es posible que no os interese la fantasía... la ficción? —exclamó asombrada Eleonor.

Zohar lanzó una risa breve.

“Muchos de nosotros consideramos que nuestra vida ya es lo bastante fantástica para no necesitar aditamentos novelescos. Tenemos, eso sí, algo que podríamos comprar a vuestra antigua poesía épica... pero no escrita, sino oral, con muchos fragmentos mentales. ¿Y este libro —agregó, mirando el grueso volumen— sólo trata de hechos imaginarios? ”

—En parte, sí —esta vez fue Claudio quien respondió, amagando un bostezo—. Es una novela que tiene por fondo la guerra civil española... vista desde ambos bandos contendientes. Los personajes, naturalmente, son ficticios.

“No lo entiendo —resonó fuerte y clara la voz telepática de Zohar—. No entiendo este deseo... este interés de vivir vidas ajenas. Esto sólo tiene una explicación: que vuestras vidas deben de ser muy grises. Cuando se vive plenamente la vida, no se tiene necesidad de sucedáneos. Los héroes de la epopeya griega vivían en poesía... las generaciones posteriores, prosaicas, la leyeron. Nuestra época vuelve a ser... o será, mejor dicho, una época de acción. No hay lugar en ella para los sentimientos blandengues ni las palabras ociosas. De todos los poetas prehistóricos, el único que nuestros jóvenes aún memorializan —más adelante os explicaré lo que significa este neologismo— es el viejo Homero, y de éste, especialmente la “Ilíada”.

Claudio volvió a bostezar, esta vez ostensiblemente.

—¿Y si nos fuéramos a dormir? —dijo—. Mañana podremos continuar estas disquisiciones sobre literatura comparada. Yo me caigo de sueño, con el viejo Homero o sin él.

Angus Zohar esbozó una sonrisa e hizo un gesto de asentimiento.

“Yo también me siento algo cansado después de saltarme alegremente tantos siglos. ¿Dónde está mi dormitorio?”

A la mañana siguiente, la anciana señora Reynals se quedó sorprendida al

entrar en el comedor y encontrar a un apuesto caballero, vestido correctamente con un traje de su hijo desayunando en compañía de éste y de Eleonor.

—Mamá, te presento al señor... Angel Zohar... Es un amigo de Claudio que pasará unos días con nosotros. Llegó anoche con Claudio cuando tú ya te habías ido a dormir.

La señora contempló extrañada al intruso, mirándolo por encima de sus antiparras.

—¿Cómo está usted, señora? —dijo Zohar con voz clara y dicción perfecta, levantándose respetuosamente.

—Muy bien, ¿y usted? —respondió la señora Reynals, haciendo una leve inclinación de cabeza.

—¿Vas a desayunar, mamá? —preguntó Eleonor con desparpajo—. Si es así, te dejamos toda la mesa, porque nosotros acabamos de terminar.

Con estas palabras Claudio y ella se levantaron para dirigirse a la puerta del comedor, seguidos por Zohar.

Meneando la cabeza, la señora Reynals empezó a recoger platos y tazas de la mesa, para llevarlos a la cocina.

Los Reynals ocupaban desde hacía treinta años una casita de dos pisos de la calle Mayor de Sarriá, antiguo municipio independiente y a la sazón distrito de la Gran Barcelona. A la puerta de la casa estaba aparcado el Seat 600 de Claudio, nuevo y flamante, pues sólo hacía tres semanas que el jefe de la empresa de rodamientos a bolas donde él trabajaba se lo había facilitado —en plazos a deducir de su sueldo— para que visitara a los clientes de la plaza y la región.

—Había pensado que podríamos llevar nuestro amigo al Tibidabo —dijo Claudio.

—Buena idea —observó Eleonor.

“¿Qué es el Tibidabo? Cuando habláis de él, percibo también la idea asociada de montaña.”

—Sí, es una montaña —repuso Eleonor— desde la que se domina toda Barcelona. Supongo que subiremos por la carretera de Vallvidrera, ¿verdad, Claudio?

Este hizo un gesto de asentimiento y abrió la portezuela del pequeño automóvil, bajando el respaldo del asiento delantero derecho e indicando a Zohar que se acomodara en la parte posterior del vehículo.

Zohar contemplaba el automóvil con extraordinaria curiosidad.

“Es fabuloso —dijo su voz mental—. Tiene ruedas... Es extraordinario. La rueda desapareció de la Tierra en el siglo XXIX, o tal vez a comienzos del treinta, no recuerdo bien ahora. Pero durante un tiempo, se utilizaron vehículos mixtos.”

—¿Mixtos? No te entiendo, Zohar —dijo Claudio.

“Es decir, dotados de antigravedad pero también de ruedas auxiliares.”

Atisbando al interior del cochecito, Zohar señaló la palanca del cambio de

marchas.

"¿Acaso es mixto, este vehículo? ¿Esta palanca... es la de antigravedad?"

—Qué más querríamos —suspiró Claudio—. No, es la palanca del cambio de velocidades. Nosotros aún nos arrastramos por el suelo.

Después de estas palabras, todos se introdujeron en el coche y éste se puso en marcha, ascendiendo hacia la cumbre del Tibidabo. Zohar, sentado en el asiento posterior, miraba con curiosidad por las ventanillas. Se cruzaron con el arcaico y estrepitoso tranvía que aún subía por la calle Mayor de Sarriá hasta la plaza Borrás.

"¿Qué es ese armatoste?", resonó la alarmada pregunta telepática de Zohar.

—Un tranvía —repuso Claudio—. De los pocos que quedan ya en Barcelona. Este es de los llamados de vía estrecha... va por esas vías, ¿te das cuenta?

"Yo creía que los tranvías eran contemporáneos de la Revolución Francesa... no suponía que aún existiesen en el siglo XX. Claro que la Historia Antigua nunca ha sido mi fuerte. Me interesa más la Prehistoria... especialmente todo lo relativo a Egipto, Sumer y Babilonia."

—No hace falta que digas que estás pez de eso que tú llamas Historia Antigua —comentó Eleonor, sonriendo.

Así llegaron a la carretera que unía Vallvidrera con el Tibidabo. Claudio detuvo una vez el 600 en un paraje de singular belleza y sus tres ocupantes descendieron para con-templar el magnífico espectáculo que ofrecía la gran urbe mediterránea, tendida a sus pies.

—"Tres veces las ceñiste, tres veces las saltaste" —musitó Claudio, mirando la ciudad.

"¿Qué dices?", preguntó Zohar.

Fue Eleanor quien respondió:

—Mi hermano cita un verso de Jacinto

Verdaguer, nuestro gran poeta vernáculo... Se refiere a las tres líneas de murallas con que se rodeó Barcelona en el pasado y que por tres veces saltó para proseguir su expansión incontenible.

"¿Cuántos habitantes tiene?"

—Unos dos millones, aproximadamente —respondió Claudio.

"Es inconcebible".

—¿Qué es inconcebible? —preguntó Eleonor.

"Vuestro mismo concepto de "ciudad" es inconcebible. En mi época no hay nada parecido... La gente vive desperdigada, en el campo, entre los bosques o en las montañas. Lo mismo ocurre en Marte y Venus."

Los dos hermanos se miraron, impresionados.

—¿Habéis llegado ya... a Marte y Venus? —preguntó Claudio.

"Hace muchos siglos. La única esperanza de salvación para mí reside precisamente en Marte, donde la rebelión contra Kálmicos triunfó. Mis compañeros saben que estoy en el pasado, conocen con precisión el año y el día, e intentarán venir a rescatarme, pues disponen de una de las dos máquinas

de deslizamiento temporal que existen.”

—¿Y tú querrás... volver? —le preguntó Eleonor, mirándole fijamente con sus grandes ojos verdes.

“Sí... claro. Aunque el exilio, de momento, no ha sido lo que yo temía. Me habían hablado de una época bárbara y salvaje y la impresión que me voy llevando de ella es algo distinto. Vuestra época está muy atrasada técnicamente, desde luego, pero supongo que las personas como vosotros no serán una excepción.”

—¡Oh, no, en absoluto! —exclamó Eleonor—. Somos de lo más vulgar. Clase media tirando para abajo más bien que para arriba.

“Observo en vuestra época la existencia de unos valores humanos que en la mía escasean: simpatía, humor, hospitalidad, bondad... En parte, por todo ello nos alzamos contra Kálmicos y su cruel dictadura.”

Después de esta breve conversación montaron nuevamente en el coche y prosiguieron su camino hacia la cumbre del Tibidabo.

Claudio dejó al coche aparcado en la plazuela situada al pie de la iglesia del Sagrado Corazón y luego los tres deambularon entre la animada multitud cosmopolita que poblaba él parque de atracciones. Se acercaron al mirador para contemplar de nuevo la ciudad, el mar y la lejana y brumosa línea de la costa, junto a la que se alzaban colinas de suaves perfiles. Zohar, asiendo con ambas manos la barandilla, contemplaba el paisaje y dirigía algunas miradas de soslayo a Eleonor que, con su cabello castaño al viento, se erguía a su lado. De pronto la joven puso su mano derecha sobre la izquierda de Zohar y con la izquierda señaló hacia abajo. Zohar notó una especie de descarga eléctrica que ascendía por su brazo.

—Mira... Nuestro observatorio astronómico... El Observatorio Fabra... Es esa cúpula plateada que se ve entre pinos. Sin duda a ti se te antojaría anticuadísimo y te morirías de risa si pudieses ver su interior.

Continuaron luego el recorrido del recinto. Subieron a varias atracciones; el brazo gigante de la metálica atalaya los alzó hasta cincuenta metros de altura. Cuando el brazo basculante se detuvo en lo alto, Zohar rió como un muchacho ante los chillidos de espanto que lanzaban tres mujeres que se hallaban con ellos en la barquilla, que se balanceaba peligrosamente (aunque sólo era una ilusión, pues no podía volcar de ninguna manera). Hicieron luego un vuelo figurado en el pequeño avión suspendido, con gran alborozo por parte de Zohar, quien les comunicó mentalmente que sentía lo que ellos sentirían en el interior de un barco egipcio de la XVIII dinastía. Luego pasaron a los sótanos del Tibidabo y se detuvieron ante un puesto del tiro al blanco, donde Zohar no acertó ni uno solo de los veinte disparos que hizo, pero se divirtió enormemente. Su mirada se cruzaba con frecuencia con la de Eleonor y entre ambos había empezado a establecerse un nuevo lenguaje que no era telepatía, pero resultaba tan instantáneo y silencioso como ésta.

El “clou” final vino cuando los tres se apretujaron en el interior de un minúsculo cochecito eléctrico y empezaron a recorrer la pista circular,

haciendo eses y riendo como unos niños. Zohar, sentado en un lado, rodeaba con su brazo derecho los hombros de Eleonor, muy satisfecho por la pequeñez del vehículo, que le permitía tener a la joven tan cerca.

Claudio, muy contento, iba pagando sin darse cuenta de nada.

—Como despedida —dijo, consultando su reloj— pues os participo que ya son las dos y cuarto, podríamos subir a las montañas rusas.

E indicó con el índice la alta estructura metálica, por la que se lanzaban como exhalaciones los diminutos coches, en caídas impresionantes y virajes inverosímiles. Se hallaban los tres casi junto a las taquillas y, sin esperar respuesta, Claudio se adelantó a sacar tres billetes.

"¿Ahí?", sonó la alarmada voz telepática de Zohar en el cerebro de Eleonor. "Pero... esos chismes no tienen antigravedad, ¿no es cierto? "

—¡Claro que no la tienen, hombre! —exclamó divertida Eleonor—. Ahí está la gracia, precisamente... En la sensación de caída libre que producen.

Zohar tragó saliva.

"¿Y... es seguro? Una caída desde esa altura sería..."

—Nunca se ha caído nadie —respondió Eleonor—. Anda, sube.

Venciendo su temor, Zohar se sentó en la parte delantera de un cochecito, con Eleonor al lado, entre él y Claudio. El coche se puso lentamente en marcha y ascendió por la rampa inicial remolcado por el sistema de cremallera. Luego se estabilizó y recorrió a poca velocidad un breve tramo horizontal... antes de lanzarse bruscamente por la primera caída, de la que salió tomando una curva de cuarenta y cinco grados de inclinación. Zohar, asiéndose fuertemente a la barra delantera, con los dientes muy apretados, cerró instintivamente los ojos. Una mano gigantesca pareció arrancarle el estómago. De pronto todo pasó y Zohar abrió los ojos, encontrándose con el cochecito de nuevo estabilizado en un tramo horizontal. Pero... ¡un nuevo abismo se abría ante ellos! Otra vez experimentó Zohar la espantosa sensación de caer como una piedra; otra vez volvió a cerrar los ojos y a asirse convulsivamente a la barra delantera. A su lado resonaban las cristalinas carcajadas de Eleonor y los gritos de deleite de Claudio. Cesó de nuevo el suplicio y... ¿Pero era de verdad un suplicio? Una vez pasada la primera impresión, a Zohar le empezó a gustar aquello. Llegaban ya a la tercera caída y esta vez se hizo el firme propósito de no cerrar los ojos. Con un gran esfuerzo, los mantuvo abiertos, viendo cómo la vía se hundía ante ellos y el coche ganaba velocidad en un par de segundos. Así, de salto en salto y de caída en caída, dieron toda la vuelta al circuito de las montañas rusas. Cuando el cochecito finalmente se detuvo, Zohar siguió sentado, sin moverse.

—Ha terminado —dijo Claudio—. Si no te apeas, nosotros no podemos salir.

"¿No sería... posible... dar otra vuelta?", preguntó la voz telepática de Zohar.

Los dos hermanos soltaron la carcajada.

—¡Claro que sí, hombre! —exclamó Claudio—. Ahora mismo. Con que te

ha gustado, ¿eh?

Zohar movió afirmativamente la cabeza, con los ojos muy abiertos y tragando saliva.

Aquella tarde, los dos hermanos llevaron a Zohar a dar un paseo por la ciudad antigua... visitaron el barrio gótico, las excavaciones romanas de la plaza del Rey, que interesaron enormemente a Zohar y luego fueron a ver algunas exposiciones de pintura, para terminar cenando en un típico restaurante de la Barceloneta. Zohar estaba maravillado.

"¡Qué vida tan llena es la vuestra —decía—. Yo imaginaba esta época como unos tiempos yermos, salvajes, en los que las gentes se perseguirían con hachas de sílex, con venablos o mosquetones... como una época escenario de feroces luchas entre las tribus, para robarse las mujeres o tener acceso a unos pastos. Y en lugar de eso, veo unas gentes correctas, civilizadas, animadas por bellos sentimientos, que se interesan por las artes, por la pintura, la música, la arqueología... ¡Qué sorpresa!

—¿No tenéis arte, en tu época? —le preguntó Eleonor.

"No —repuso Zohar—. En mi época sólo existe la Ciencia, con su infinita complejidad y belleza, que acapara totalmente el espíritu humano. En realidad, vuestras artes, si bien bellas y agradables a la vista y al oído, son visiones parciales del mundo, atisbos de la gran síntesis de las artes y las ciencias que se realizará en siglos venideros. En mi época todo científico es un artista y todo artista es un científico. Es difícil que lo comprendáis, pero así es. Incluso vuestra pintura más avanzada —eso que llamáis arte abstracto y que hoy me habéis hecho ver en una exposición— no es más que un balbuceo infantil a la puerta de unas verdades que sólo podéis entrever. El hombre alcanzará su madurez cuando realice plenamente en sí mismo todo cuanto hoy vuestros artistas esparcen en cuadros, esculturas y sinfonías. Pero de todos modos esta época tiene un encanto maravilloso... el encanto de lo primitivo, de lo ingenuo, de lo juvenil... Nosotros somos muy viejos, Eleonor —dijo, moviendo tristemente la cabeza—. A veces demasiado viejos y sabios. Estamos de vuelta de todo... Nada nos ofrece novedad. Somos una cultura encerrada en sí misma, que se mira el ombligo. Hemos perdido el aliciente de la novedad... No podemos hacer experimentos ni pruebas de ninguna clase, porque todo ha sido ya experimentado y probado. Nuestro último gesto juvenil y románico —por emplear una palabra de vuestra época— ha sido nuestra rebelión contra Kálmicos. Creo que somos una cultura condenada a la fosilización. Vosotros aún podéis seguir probando y experimentando. Los figurativos se pelean con los abstractos, y los abstractos llaman momias a los figurativos, mientras la música dodecafónica pone los pelos de punta a los admiradores de los clásicos. ¡Así da gusto vivir! La vida es lucha, es combate y es búsqueda. Así que la vida se inmoviliza, comienza la muerte."

El camarero les trajo entonces una inmensa fuente con una parrillada de pescado, que Zohar contempló boquiabierto.

—¡Por Kálmicos! —exclamó—. ¡Son pescados... únicamente cocidos!

Y sin más comentarios desdobló la servilleta y se dispuso a atacarlos.

Fue al cabo de dos días cuando Zohar recibió la llamada telepática. Eran las siete de la tarde y se hallaba sentado con Eleonor en el diván de la salita, mirando ambos, muy juntos, una colección de los “Caprichos”, de Goya. Desde el domingo, la intimidad de Zohar y Eleonor había crecido enormemente y los dos jóvenes se sentían unidos ya por unos vínculos que no eran puramente telepáticos. Claudio se hallaba ausente durante casi todo el día, apareciendo sólo a las horas del almuerzo y la comida, y ello permitía que Zohar y Eleonor diesen largos paseos por los alrededores de Sarriá, sostuviesen animadas conversaciones sobre todos los temas y conjugasen, al principio de una manera vacilante y luego con más decisión, el antiquísimo verbo “Amar”.

Fue entonces cuando Angus Zohar, ex comandante telépata de las Fuerzas Imperiales del Sistema, división de Sol III, recibió la llamada telepática:

“Zohar, soy Ralf Glinn. Finalmente hemos conseguido localizarte. Estoy con otro compañero en tu época... Danos tus coordenadas para que vayamos a buscarte. ¿Te encuentras bien?”

Eleonor notó la súbita tensión que se apoderó de Zohar. Este se incorporó en el diván, con el rostro contraído y la mirada perdida en el vacío.

—¿Qué te pasa, Angus? —le preguntó, tomándole una mano entre las suyas.

—Nada... Son ellos, que me llaman... Han venido a buscarme...

—¿Y tú, qué les responderás? —preguntó ella, angustiada.

“Podrás oírlo, porque voy a contestarles ahora mismo y mi mente también estará abierta para ti. Óyeme, Ralf: Os agradezco infinitamente que hayáis venido a buscarme, pero yo no os acompañaré.”

Eleonor también captó la sorprendida exclamación telepática de Ralf Glinn:

“¿Por qué, Zohar? ¿Por qué no nos acompañarás?”

“En primer lugar, porque Kálmicos se equivocó de medio a medio al creer que me castigaba enviándome a esta época, que sus secuaces consideraban atrasada y salvaje. No solamente no es salvaje, sino que en ella abunda lo que nosotros ya no poseemos: el espíritu de búsqueda, el entusiasmo, la ingenuidad y la bondad desinteresada... la juventud del alma, en una palabra. Nosotros somos viejos, terriblemente viejos, Ralf, y el regreso a esta época ha sido para mí como un baño en la legendaria Fuente de Juventud. Aquí aún hay gente que discute, que se acalora defendiendo puntos de vista contrarios sobre arte, literatura, política... En nuestra época sólo existe una odiosa y uniforme tiranía, una masa robotizada y unos cuantos rebeldes como nosotros, que nos rebelamos más para sacudirnos nuestro mortal aburrimiento que por otra cosa... aunque afirmemos lo contrario. Incluso la exploración de las estrellas se ha convertido en algo rutinario y monótono. Una dosis diaria de maravilloso y fantástico llega a embotar el gusto. De modo que lo siento mucho, Ralf Glinn, pero yo me quedo en esta época bárbara. Y es que,

además de todo lo que te he dicho, he descubierto a... Eleonor. Y ahora ya no podría dejarla."

"Como tú desees, Angus —llegó la respuesta telepática de Ralf Glinn—. Ya sabes que la voluntad ajena para nosotros es sagrada. Yo, como tu amigo, lamento que no puedas regresar con nosotros, pero ni quiero ni puedo obligarte a ello. Que tengas suerte, Angus."

"Suerte igualmente, Ralf, en vuestra lucha contra el tirano."

"Adiós."

"Adiós."

La voz mental cesó. Zohar comprendió que se había cortado definitivamente el tenue hilo que aún lo unía al futuro. Estaba solo para siempre en el siglo XX... con Eleonor.

Con un suspiro, se volvió hacia ella.

—Gracias, Angus —musitó Eleonor, con los ojos empañados por las lágrimas—. Gracias.

Y sus labios se unieron en un beso.